

Mujeres sin tacones que vuelan alto



Yolanda Muñoz

Género femenino, contemporáneo y de humor, con sarcasmo de lo más necesario

[Amiguis y sus Repertorios](#)

[Aparentar, siempre aparentar](#)

[¿Olivia?](#)

[Bienvenida, Mía](#)

[Terapia – Fase 1](#)

[Descansos Necesarios](#)

[Siniestra Bella Durmiente](#)

[Un libro, una vida](#)

[Estados de ánimo dañinos](#)

[¿El karma vendrá a por mí, seguro!](#)

[Terapia – Fase 2](#)

[Dolores varios](#)

[Dietas Varias](#)

[Amor Sin Fin](#)

[La crueldad de nuestro espejo interior](#)

[Sexo sin amor](#)

[La adolescencia y su cuarentena](#)

[Treinta Cuarenta](#)

[Boda de soltera](#)

[¿No sin mis hijos o no sin mi pareja?](#)

[Alias, Las Pringadas](#)

[Autoengaños añorosos y amigas](#)

[¡Viva las Malas Madres!](#)

[Empatía o simpatía](#)

[Seis meses de terapia despues](#)

[Vacaciones en el mar](#)

[Los ex y La Jaula de Las Locas](#)

[Madres diferentes](#)

[Las propias leyes de la vida](#)

[Relaciones Falsas](#)

[Anillo de compromiso](#)

[Mis divinas chicas](#)

[Cada rincón de tu ser](#)

[Las Madres justificadoras](#)

[Terapia estancada](#)

[Expectativas Alarmantes](#)

[De la Montaña a los Tacones](#)

Dedicado a Teo y a Miguel, mis dos chicos preferidos.

A Teo, mi hijo, porque es el motor, la energía que lo mueve y lo renueva todo; su alma recorre la mía entera, de arriba a abajo, y me hace estremecer de amor. Sin él la vida sería demasiado simple.

Ya no me imagino la vida sin esta personita que me llama «mamá» y que aún hoy me emociona al oírlo. ¡No dejes nunca de llamarme!

A Miguel, sin él y su paciencia, su dedicación a la causa perdida de mi escritura, y su confianza infinita en mí, este libro y todos los proyectos que llevo a cabo, y de cabeza, no hubieran podido existir.

Por tantas horas de silencios mientras escribo, por esos momentos de absorción y concentración absoluta, aislada en mi maravilloso mundo de fantasía del que a veces me cuesta desconectar.

Por su empatía y comprensión, al entender que este arte me hace tremendamente feliz y me llena el alma, enriqueciendo mi esencia y, en consecuencia, mi persona.

¡Os amo en grande!

Agradecimientos a la Vida

Agradezco a tantas personas en mi mundo, en mi vida, en mi entorno, que casi necesitaría otro libro

Pero no quiero olvidarme de agradecer a mi familia, la heredada (que siempre está ahí), y a los que ya no están, pero se les presencia. Y a la familia escogida, una delicia tenerlos en vida.

Y ante todo quiero dar un canto de luz y amor hacia todas las Mujeres,

¡Somos lo Más, Chicas!

Mujeres Emprendedoras, mujeres Valientes, mujeres que huyen de la Cobardía, y luchan contra lo Cotidiano y lo Mundano, mujeres Creativas, mujeres Formadas, mujeres Forjadas, mujeres Forzadas por Hombres (muchas veces de su entorno), mujeres Vivas, mujeres que Sobreviven, mujeres que Sufren, mujeres que Luchan, mujeres que se Caen y se Levantan sin Pestañear, y eso no las hace Temblar sobre sus Tacones, eso las hace más Especiales.

Mujeres Limpias de Mirada y Claras en Palabras, mujeres Concisas en Decisiones, mujeres que son Madres Sacrificadas, mujeres que no Son Madres, mujeres Decididas, mujeres Divertidas, mujeres que Escuchan y mujeres que Hablan, mujeres que Gritan y mujeres que se Protegen.

Mujeres que Lloran y mujeres que Ríen, mujeres con Zapato Plano y mujeres Descalzas, mujeres Elegantes, mujeres Sofisticadas, mujeres que visten Cómodas y, aun así, no pierden su Clase más Alta...

¡La de Ser Grandes Mujeres!

¿Qué se hace cuando todo se acaba? ¡Volver a empezar!

Amiguis y sus Repertorios

Hartita me tienen de tanta palabrería inútil y tanto consejo inocuo. ¿Para qué sirven los consejos? Si tampoco les hacemos caso... Si, al final, acabamos haciendo lo que nos sale del «arco de triunfo». Y qué necesidad más absurda de compartir y confesar nuestros sentimientos.

Porque digo yo, ¿no sabemos de antemano qué va a pasar? En muchos casos sí. En muchas ocasiones sospechamos cómo va a acabar y acostumbramos a acertar. Así que para qué tanto de todo y tan poquito de nada. ¡Qué pérdida de tiempo, por Dios!

Siempre he pensado que inconscientemente recurrimos a las personas (amigas/os) que sabemos de antemano qué nos van a decir, cuál va a ser su consejo. Porque los conocemos, para eso son nuestros amigos y por eso nosotros los escogemos. Sabemos cómo son y qué compartimos con cada uno de ellos.

En un sinfín de relaciones, a cuál más variopinta y entretenida, vamos con los tipos de amistad:

Hay amigas para divertirse: noche, drogas, sexo y *rock and roll*.

Hay amigas de los tés relajados y las conversaciones de una profundidad absoluta: sobre la vida, la familia, los hijos y, luego, un poco de hombres, como el que no quiere la cosa ni interesa demasiado; lo comentas de pasada, tocamos el tema *muuuuuuy* por encima.

Luego están las amigas de las que no seguirías nunca un consejo porque son un desastre con sus propias vidas, pobres; que más que contarles tus penas, te compadeces.

También tenemos de las que quedan contigo para que les cuentes, pero las que no callan son ellas, y para cuando se dan cuenta, solo quedan cinco minutos para irnos, y luego todo son prisas. Así que te dejan esos raquíticos minutos para contar tu súper traumática experiencia y, ¡hala!, tiempo más que suficiente. ¡No vayas tú a pensar!

Tenemos las súper *cuquis* megafelices, pero súper, súper, ¡eh! No poco, no, ¡son SÚPER FELICES! A lo que me digo a mí misma (a nadie más, criticar por criticar..., no): ¿Tú me estás viendo cara de idiota? ¿Tú te crees que me voy a tragar que nunca tienes un mal día, una incoherencia, un «me tiro por la ventana que hoy no puedo más»? Porque, ¿a quién quieres engañar, aparte de a ti misma, claro? Con tres niñas pequeñas; una de ellas, complicadita, por decirlo dulcemente; un perro; un marido que trabaja tanto y está tan poco en casa que, a veces, te sorprendes cuando entra por la puerta, porque lo reconoces de milagro. Y que cuando tiene algo de tiempo y está en casa, es para mirarse su propio obbligo, no para ayudarte, que tu maridito es para echarle de comer aparte. Y que ella, mi amiga, por si fuera poco, también trabaja fuera de casa y tira con todo. ¡Y ES SÚPER FELIZ! ¡Anda ya!

Luego están las súper incoherentes, que depende del día o del novio que tengan en ese momento, te cambian de teoría y, lo que es peor, se la creen. Y la teoría de cada vez acostumbra a ser la antítesis de la anterior, pero la debaten hasta la saciedad, como si les fuera la vida; aunque les recuerdes que hace tres meses pensaban justamente lo contrario, te dicen que lo interpretaste mal. Y siguen intentando convencerte como si no hubiera un mañana. Y nunca sabes si están contentas porque van dopadas de ansiolíticos, porque se están leyendo un libro de autoayuda, porque se están follando a un tío de Meetic, Tinder, Darling, o lo que sea, y están de subidón. O

porque aquel día su cerebro y su melatonina están equilibradas. Pero que te alegran la tarde, te hace reír e ironizan de todo lo que se mueve, se imagina y se habla. Tienen un sentido del humor negro que, sin quererlo, te acabas deshaciendo a sus salidas. Una gran terapia de *risoterapia*, tan necesaria.

Y luego, y no menos importantes, están las más auténticas; las que la compenetración entre ambas es total. La complicidad llega hasta el infinito, las que solo con tenerlas al lado ya te sientes mejor, segura, protegida. Las que, aunque les digas por teléfono que todo está bien, que lo llevas bien y estás tranquila, se presenta en casa con la botella de vino correspondiente, porque sabe que estás hundida en la miseria y regocijándote en tus heridas.

«Amigas Magas», las llamo yo. ¡Y a estas se las quiere un *huevo*! O casi mejor decir un ovario, ¿no? Por encima de todo, del bien y del mal. «Amor verdadero», lo llamaremos.

Las que cuando comienzas la verborrea explícita del mega-trauma que has vivido, te ven venir antes de empezar, y te detectan el autoengaño en el minuto menos uno. Y digo yo..., cómo jode cuando te frenan y te dicen que *nanai de la china*; que no se creen nada y te lo exponen de tal manera que parece que sean ellas las que han estado con el tío, follando y todo, sí. Porque lo clavan. Cabronas adorables amorosas.

Y digo *amorosas*, porque cuando te desmontan (que te desmontas, no lo dudes), con la mejor intención, y empiezas a llorar a moco tendido y lo sueltas todo, es cuando te dan ese abrazo milagroso y te recuerdan todas las cosas maravillosas que ven en ti y que el imbécil de turno se ha perdido, aunque en ese momento no seas capaz de ver ni tu nombre para identificarte, porque te sientes como una mierda. De estas hay pocas, estas son las «hermanas escogidas». ¡Cuánto bien te hacen! Qué recogida te hacen sentir. Es un «vuelvo a casa por Navidad».

También existe la negativa, agresiva, feminista por mil. A esa es mejor que la dejes despotricar y, en todo caso, ya mañana o cuando tengas otra hora libre, con un poco de suerte, la semana que viene, quedas con la que te va a escuchar, intentar entender y ayudar. Es decir, la «maga» o «hermana escogida».

Y entre otras, también están las que te leen los ojos, al estilo el lector de iris; que una vez conocí a un tipo que lo hacía y casi me caigo de la silla. Me puse las gafas para que no me robara nada, no fuera a absorberme algo del cerebro mediante la lectura de ojos. No fuera yo a perder mi esencia, con lo que me ha costado reconocerla; que eso seguro que cuesta mucho de recuperar.

En fin, un sinfín de diferentes amistades, a lo catalogo IKEA, pero muchas de ellas de construcción maciza, no de Pladur. ¡Hágame usted el favor!

¡Pues como os decía, tenemos la suerte de tener amigas a la carta para escuchar en cada momento lo que sabes te van a decir, *of course*! Y escoges lo que te interesa, sin ir más lejos. Según la decisión previa inconsciente que tú ya sabes vas a tomar, pero necesitas que te lo reafirmen.

Así que les cuentas el súper trauma y decisión de vida o muerte que tienes entre manos. Tipo: ¿Me hago el láser en el bigote o me lo van a quemar? ¿O mejor un tatuaje en el pie? ¿Me corto el pelo dos o tres dedos? Total para llegar al asunto en cuestión: Llamo o no llamo al follador desaparecido hace tres semanas? Tanta vuelta para ir a lo interesante: el tío en cuestión.

Que, por supuesto debe de haber perdido mi teléfono, por eso no me ha llamado. Le deben de haber robado el móvil en mitad de la noche, cuando volvía hacia su casa. Lo acecharon tres encapuchados y lo tuvieron retenido dos horas a lo secuestro exprés.

Y cuando hubieron pasado por dos cajeros y vieron que era un pringado que no tenía un duro en las cuatro tarjetas que llevaba luciendo en su cartera de Loewe; eso sí, debe de haberla pagado a plazos. Con su chaqueta de cuero de marca, sus botines de piel a trescientos euros y su 4x4

aparcado mal delante del cajero, al estilo «no me importa nada; me compro tres coches como ese cada semana si me apetece y a conjunto con la estación del año». Al estilo: ¿Me habéis visto bien? ¿Vuelvo a pasar?

Pues vieron que lo único que tenía de valor era el móvil, y se lo robaron. ¡Pobre, por eso no me ha llamado! No tuvo tiempo de memorizar mi teléfono...

Chicas, estos personajillos son los menos recomendables; ojo, porque son de los que más abundan. Intentan aparentar al mundo lo que no son, pero que es muy importante para ellos que crean que sí son. Su chapa y pintura de apariencia es de calidad, ya que es lo primero que entra por la vista. Y se les va la vida fingiendo para ser aceptados en una sociedad, en un entorno al cual quieren entrar, pero al que muy pocos pertenecen. Por lo que quieren ser y nunca serán. ¡Lo que se suele decir... «un quiero y no puedo»!

HAY UNA PLAGA DE ESTOS PERSONAJES ¡Y en este caso, no solo se llevan el Oscar los hombres! Las mujeres y sus mil complementos varios (bolsos, joyas, relojes, zapatos...) que les dan cierto estatus...

Me estoy yendo de tema, como os decía de los *pringaos* que van de lo que no son...

Una vez tienen tu confianza (y eso pasa por unos cuantos polvos practicados después), son de los que te dicen lo que no debes pedir en la carta en un restaurante, porque es demasiado caro; y con una sonrisa y una caricia en la mano, al más puro estilo cortés, parece que lo hacen por tu bien, para que no te sienten mal las gambas frescas a la sal gruesa (que eso es *muuuuyyy* indigesto).

Y con ese comentario y sus DOS COJONES, queda explícito que va a pagar la cuenta y espera de ti que seas simpática, agradable, dulce y picantona y, sobre todo, te abras de piernas después. Que según él es lo que se merece la mierda de cena que te va a pagar. Pero ante todo..., muy, pero que muy sutil, y lleno de atenciones hacia ti y hacia tu... *ejem*.

Y no se entera de que su cena te la pasas por el «arco del triunfo», que no necesitas que un *mindundi* te pague nada; por cierto, una cena en la que tienes limitada la carta. Digo yo que es una cuestión de galantería o generosidad, ¿no? Claro que no es obligatorio que un hombre pague ni cena ni *na* de *na*. Es una cuestión de formas, generosidad y galantería. Paga el que más tiene y si no que salga con sus amigos y se los folle a ellos.

Y para los malentendidos..., voy a aclararlo:

Resulta que, en este país de pandereta, los hombres cobran un POQUITO más que las mujeres, por desempeñar exactamente la misma función; solo entre el 17% y el 30% más, y ya no digamos si eres madre. Que como en la mayoría de los trabajos dan tantas facilidades y flexibilidad horaria; además, no vayas a pedir una subida de sueldo. Desagradecida que es una.

—¿Qué se habrá creído esta? Encima que está todo el día en el médico con los churumbeles, ahora dice que se merece un sueldo superior.

Bueno, como decía, claro que no es obligatorio; es una cuestión de generosidad, ética, elegancia y un poco de caballerosidad. A mí me gusta que me abran las puertas cuando entro en un restaurante y se saquen la chaqueta para dejármela si tengo frío. Sí, lo confieso. ¡Quemadme en la hoguera! Soy una feminista-machista, o lo que viene siendo lo mismo..., ¿una mujer normal?

Igual que también me gusta tener ese sexto sentido que tenemos las mujeres; sí, repito, las mujeres, no los hombres, en saber si algo está a punto de pasar; que si quito la ropa del balcón que está a punto de caer la de San Pancracio; que si ese olor extraño de dónde viene... ¡Ah, nada!, que se está quemando la pizza que hace tres horas puso él en el horno; y espera, esa mancha de la americana de él, pueden pasar seis meses más hasta que determina que debería llevar el traje a la tintorería, no por la mancha que ha paseado por media España y unos seis aeropuertos europeos,

sino porque no le queda bien, le hace bajones raros aquí y allí. Y eso es porque ya anda sola; las mangas no están dadas, no..., son mangas de masa de churro y ni forma de *na* tiene. La parte trasera tiene tantas arrugas que parece que esté haciendo un plisado de falda, y los pantalones..., punto y aparte.

¿Y los zapatos? Entre otras cosas que los limpian desde que descubrieron la esponja limpiadora; dicho sea de paso, un grandísimo invento. Pero que, si el tacón está carcomido de un lado, tipo Torre de Pisa, que ya no es que se haya comido una tapeta, sino que va por la tercera capa del tacón. Y si no eres tú quien los lleva al zapatero, hasta que no roce con el talón del pie por las aceras, ni cuenta se da. Pues esas son las diferencias, entre otras muchas, de hombres y mujeres. Si una mujer está contenta y se siente bien tratada, no te faltará detalle, en nada, no solo en tus trajes y tus zapatos. ¿Supongo que se ha entendido? O habrá alguno que me compare las tintorerías con el vino y las gambas a la sal del restaurante. Un poquito de por favor. Que hay mucha tontería, de *tontuno*, pero mucho listo que va de tonto por la vida. Y si cuelea, *chimpón*... ¡Coló!

O como aquello de...

—Cuando una mujer te pida que hagas algo en casa, hazlo mal; así ya no te lo vuelve a pedir, porque tiene más trabajo en arreglar lo que has hecho que en hacerlo ella tres veces seguidas.

O como el novio de una amiga; que el tío se quejaba porque cuando estaban todos juntos, las dos familias (él y sus hijos, ella y su hija), esperaba que ella fuera la «chacha» de todos, sin excepción. Y el tío, con sus dos huevos, un día hasta se lo expuso. Con lo que no contaba era con los dos *megaovarios* que tiene mi amiga, que no se achanta ni ante Donald Trump.

—Amor, cuando están mis hijos, no me ayudas en nada, todo lo tengo que hacer yo, y no quiero que mis hijos tengas esa imagen de la familia.

¡Acabáramos! Si una mujer lo hace todo, no hace daño a los ojos, ni da mala imagen, estamos acostumbrados. Ahora, si lo hace solo el hombre, habiendo mujeres cerca. Uy, ¿qué ha pasado?

—Sí, claro, amor, lo has dicho muy bien. Si tú se lo haces todo a tus hijos, que tienen ya pelos en los huevos, no esperes que yo levante un dedo, o sea tu sucesora. Yo seré tu invitada y eso es lo que quiero que vea mi hija. Aquí, o nos arremangamos todos o no cuentes conmigo. Yo no estoy educando a mi hija para que sea criada de nadie. La estoy educando para repartirse las tareas del hogar y, entre todos, tirar la casa adelante.

REPITO: GENERALIZAMOS..., NO VAYAN A OFENDERSE.

Yo hablo de lo que sé, de lo que veo, de lo que he vivido, de lo que me explica mi entorno cercano; con lo cual es real, no ficticio. ¡No lo he visto en Instagram ni leído en el *Qué me dices!* No creo que haya nacido feminista, me he hecho; me ha convertido tanto abuso del género femenino. Y, NO, no tiene nada que ver con la igualdad de condiciones humanas, salariales, responsabilidades maternofiliales y paternofiliales, con ser caballero y galán, y la mujer dulce y femenina.

¡Que no! Que no me van a convencer.

Una mujer *caballero* y *galán*, que abra la puerta y pague la cuenta, a un hombre le parece *sexy*, atractiva y le pone. NO, para nada. Ellos las quieren modositas, sonrientes y, sobre todo, que siempre estén de buen humor para todo.

A una mujer, un hombre le gusta dulce (¿pesado, empalagoso, hablador sin cesar, risueño sin parar y femenino?) Venga, tócame los pies y baila. Queremos sentir que tenemos a un HOMBRE al lado, no a un mequetrefe; que si algún día necesitas ayuda, te va a ayudar, cuidar, proteger, si viene el caso.

Quien diga que es una cuestión de igualdad de condiciones y todos somos iguales, no hay por

dónde cogerlo. Que, casualmente, ese discurso lo dicen los hombres (que, por supuesto, ganan más) o las mujeres empresarias y directivas (que, por supuesto, ganan más que la media).

Me hace a mí mucha gracia cuando hablan así, y de ese concepto, cuando no tienen problemas económicos. Que a una mujer, a veces, pagarse la cena le puede descuajeringar toda la semana o medio mes. Piénsenlo, señores y señoras.

¡QUE NO SOMOS IGUALES! Entérense, señores y señoras. Y NO PASA NADAAAA.

Y ahora, voy a generalizar para los sensibles y de fácil ofensa: los hombres acostumbran a tener más fuerza física que la mayoría de las mujeres. Los hombres no pueden hacer muchas cosas a la vez (dos o tres máximo, y apurando); no tienen (la MAYORIA) ese sexto sentido que acostumbramos a tener las mujeres. Los hombres no se organizan ni organizan la casa, ni la economía como las mujeres (aparte de algunos hombres que su dinero, su dinero y su dinero, lo administran ellos. Los de las cenas que comentábamos antes).

Está comprobadísimo que las mujeres, aún hoy, y con muchísimos más hombres involucrados en el hogar que antaño, hacen muchísimas más tareas del hogar que ellos. ¿Cuántos hombres conocéis que hagan el cambio de armario cada temporada? ¿Que pase el polvo de los muebles? ¿Que limpie baldosas y rincones? ¿Que limpie el cristal del baño después de liar la de San Quintín después de afeitarse? ¿Que planche? ¿Que prepare mochilas para las colonias de los niños? ¿Que lleve a los peques a los médicos? Y sepa qué tienen y qué deben tomar. ¿Que haga los deberes con ellos? ¿Que hagan la compra, pensar menús semanales y cenas diarias?

Repito: generalizando. Porque hay hombres que sí lo hacen y a veces mejor que muchas mujeres. PERO SE PUEDEN CONTAR CON LOS DEDOS DE UNA MANO.

Y ahora, llamadme lo que queráis, ya me he analizado yo y mis terapeutas, no sufráis. Soy normalita, un poquito feminista y otro poquito machista. Eso es como las religiones, coges de cada cosa lo que te convence, te sirve y te funciona, pues con esto igual; soy un poquito de sal y otro de azúcar.

Y después de todo esto que hacen las mujeres de más, no de menos que los hombres. Y que además trabajan, la mayoría, ocho horas laborales, cobrando bastante menos..., tienen que ir a una cita con un desconocido. ¿Y qué? ¿Ese tío no tiene madre, hijas, hermanas, sobrinas...? ¿Y no ve como de injusto está el mundo? Pues tiene los santos cojones de proponer pagar la cuenta a medias. Eso es lo mucho que valora, admira y entiende a todas las mujeres, incluidas las de su familia. Que, si no trata y respeta a los suyos, no cuentes que lo haga contigo.

En otros casos, se hacen los locos: que si la tarjeta, el efectivo, las prisas, no quería llegar tarde..., y acabas pagando tú la cena. Eso sí, te ha venido a buscar con Mercedes 500 o en un Porche Cayenne. ¡Y no ha pasado una, ni dos veces... ¡Existen a mansalva!

¡Vigilad, mujeres y gais románticos!

No es una cuestión de necesitar que te paguen la cena, es una cuestión de formas y respeto. Antes de la primera cita, ya se han intercambiado *wasaps*, llamadas y algunas conversaciones de descarte e interrogatorio (hijos, tiempo sin pareja e independencia económica, o lo que es lo mismo, un a «¿qué te dedicas?» que queda claro es un: soy cajera del Mercadora o soy directora de Marketing, ¿no?).

Por supuesto, cuando quieres, ya vas con tus amigas a los restaurantes que os apetece, os han recomendado, están de moda o han abiertos nuevos en la ciudad. Y que sí, claro que entre las mujeres nos ayudamos, apoyamos y colaboramos con la causa; bueno, unas más que otra, no nos engañemos.

Hay un tipo de mujeres que tienen un perfil muy masculino. Me explico. Tienen altos cargos o son empresarias, todo ello en un mundo de lobos hombres. Y han tenido que lidiar con

especímenes de alto riesgo en todos los sentidos y han salido ilesas (aparentemente), pero su empatía, sensibilidad y cofradía, quedaron en el patio de la escuela. No sé si es porque le ha costado mucho llegar hasta ahí o que se han transformado en la subida de escalones. Como la fama que sube a la cabeza. Y cuando vuelven a lo cotidiano, a los encuentros de amigas de siempre, es como que todo lo que no esté en su perspectiva de mira (que ahora está muy arriba), hayan perdido empatía.

Y no se hacen ni cargo, ni entienden, ni bajan un ápice su compañerismo y amistad por ponerse al lado del que menos tiene. Siguen negociando en las alturas y si resulta que el 85% del grupo de amigas no han prosperado (económicamente hablando) y su estatus no es, ni de lejos, el que ellas ahora tienen, se la suda tres pueblos y son incapaces de poner diez céntimos de más en una cuenta, ni proponer hacer un bocata o una pizza en los encuentros, donde muchas, la mayoría, tienen que hacer auténticos milagros para llegar a final de mes, en el mejor de los casos, otras se van embargando con las deudas.

Y yo me pregunto, ¿eso también es amistad?

He tenido diferentes etapas económicas en mi vida, en algunas he ido más holgada y en otras he ido francamente muy mal; viviendo de VISA y sufriendo angustia por todo. Pero lo que sí tengo (quizás porque he estado en los dos extremos) es un paladar jodidamente muy refinado. Me encanta la buena comida, los mejores vinos, los sitios lujosos, de diseño, encanto, confortables. En resumen, bonitos a la vista y donde el entorno se te haga agradable y estés en la gloria. Pero jamás he dejado de comprender la situación de otras amigas y me he adaptado a la QUE MENOS TIENE, para poder estar juntas. Ya iré a los sitios exclusivos y carísimos, con quien pueda y no pongo en compromisos desagradables al resto. ¡Empatía, amistad..., señoras mías!

De vez en cuando deberíamos hacer revisión y limpieza de *amigotas*. Si no nos ayudamos entre nosotras, el mundo sería una guerra abierta y no queremos eso.

Y por supuesto, el caso anterior, aunque existe, por suerte, es aislado; porque damos apoyo a la que menos tiene. Se la ayuda, se la invita o se va a sitios donde todas puedas pagar su cena. Que no necesitamos a los hombres para eso (quizás para otras cosas sí, pero para esto no). Ya no tenemos edad para buscar *pagafantas*, ni de estar en las discotecas esperando encontrar algo interesante. Si tenemos una cita y aceptamos dedicar un tiempo que nos escasea y que valoramos muchísimo, es porque nos apetece conocer a ese personajillo que demuestra tener muy poco de todo.

Yo he decidido, a partir de ahora, levantarme de la mesa en cuanto detecte al personajillo en cuestión. Una ya tiene experiencia y con cuatro detalles ya sabes del pie que calza. Así nos ahorramos disgustos posteriores; así puedo dedicar mi tiempo escaso a lo que de verdad me apetece y a quien lo merezca.

A mis amigas, las buenas, las mejores...

Íbamos con que estábamos en los restaurantes de moda o donde hubiéramos decidido ir...

Que, con un poco de suerte, después de la fantástica cena y mejor compañía, algún conocido de alguna de las glamurosas amigas nos pone en alguna lista divina, de esas mágicas, que entras en el súper local de moda por la puerta grande y te sientes una reinona toda la noche.

Existen.

Y si detectas que el chico de tu cita, si cree que debe pagarte la cena, porque es lo que toca o es el camino para llegar a donde pretende ir contigo (la cama), entonces huye despavorida como si no hubiera un mañana, porque te hará pagar hasta el papel del wáter, con el tiempo. A la vez, esperará de ti que cocines, planches, laves, seas educada simpática, sociable... ¡Pero muy sutil todo, eso sí!

Y resulta que él no sabe, o no quiere saber, porque a nuestra edad ya hablamos *clarito clarinete*, que tú vas a cenar para saber si conociéndolo un poco más vas viendo si te apetece follar o no. Depende de su habilidad de verborrea, su inteligencia y, a su vez, de lo cabezón o *qualité* del vino que haya pedido el caballero y lo entonada que te esté dejando. Si es capaz de preguntarte si te gusta el Lambrusco, entonces sal como si te hubieran llamado los bomberos porque tu casa está ardiendo, y ni despedirte; sal corriendo como si te persiguiera el diablo.

Si se va comportando (hay mucho profesional suelto) y te vas poniendo cachonda con su conversación, sentido del humor...; pues al ruedo, que al final el sexo es un juego y un disfrute de dos, o tres o cuatro, ya vas viendo también, según los gustos de cada uno. Yo con uno ya tengo de sobra; qué faenón no saber qué le toca a quién..., ¿cómo hacemos?, ¿quién va primero?, ¿por dónde...? Al final, yo creo que me pongo a grabar, que luego os querréis ver, y ya, si eso, voy preparando el desayuno.

Para ti, la cena será el preámbulo del el después. Y él cree que debe pagar si quiere follar. Es una cuestión de conceptos. ¿Aún no se han enterado de que se folla solo si dos quieren? ¡Porque si uno no quiere, no se folla y *sanseacabó!* Eso, a algunos, aún les cuesta de entender.

Porque hay un concepto que quiero aclarar:

Aquello de que las mujeres no follan porque no quieren, para mí, es una mentira relativa y os voy a explicar por qué, según mi propia experiencia.

Las mujeres, a veces, no siempre salen con esa finalidad (la de: ¡Hoy follo fijo!). Resulta que entre las amigas nos lo pasamos *repipa*, ¿para qué vamos a salir con la antena puesta a ciertas edades? Con el estrés que llevamos a diario de trabajo, casa, niños, ex, *gym*, compras, Instagram, Facebook, Twitter..., algunas decepciones, pocas esperanzas depositadas en el amor externo, y muchos proyectos por realizar con nosotras mismas. Y ante todo, querernos mogollón. ¡Ya tocaba!

Lo del físico, que todo cae, que la tersura de la piel, que si los brazos tienen vida propia y se mueven cosas que cuelgan de ellos; que si la celulitis se reproduce a velocidad supersónica, que el pelo pierde fuerza, brillo; los párpados cualquier día me tapan los ojos y ya no veo, las patas de gallo, parece más un gallinero en plena acción y guerra de gallos; las manchas en las manos, los dedos de los pies que tienen formas distintas... Ya, si eso..., este tema otro día, ¿no?

Lo que queremos es pegarnos una buena cena; copa de calidad, no de botellón; muchas risas, más confesiones inconfesables, más risas y para casa..., que mañana hay que madrugar.

Aunque, a veces, cuando nos place y nos apetece, sí que se sale con esa finalidad, somos humanas y estamos vivas, nos pica igual o más que a los hombres. ¿Dónde está el problema? Pero no es tan sencillo como puede parecer; no hacen cola por nosotras, en plan «coger número en la charcutería» y tú escoges con qué pibe te quedas. ¡Nada de eso!

O pensáis que llegamos a un lugar de moda, donde te gusta el ambiente y la música; y en cuanto entras, el portero te pregunta:

—Buenas noches, ¿cuál es su plan para hoy?

Y tú contestas:

—Hoy quisiera pegar un polvo, en un par de horas. Primero quiero tomarme un par de copas, bailar como si no hubiera un mañana, descojonarnos de los demás y de nosotras mismas (deporte nacional, al menos español), y luego, quiero: Hombre de unos 45 años, ni guapo ni feo, atractivo; con cierto talante, sentido del humor, que me mire con cara de deseo, pero no de degenerado ni baboso, que sea caballero y generoso (este punto es fundamental, que aún voy a tener que pagar el *parking* de su estupendo coche, que solo puede pagar la letra y come mes sí, mes no; pero queda fenomenal). Que viva por la zona, me pegue un polvo tridimensional y galáctico y luego, si eso, que me lleve a casa, flipando de alegría. Porque yo, dormir acompañada... como que no.

¿Sabías que a medida que cumplimos años y nos vamos haciendo mayores, vamos roncando? Si ellos ya roncaban con treinta, imaginad ahora. A mí, de momento, no me han dicho que ronco, entre otras cosas, porque no acostumbro a dormir con hombres, me encanta dormir sola, pero quiero alargar ese momento hasta el final de mis días. Con los femenina que soy yo, ¿cómo voy a roncar? Ni pedos, ni eructos, ni ronquidos. ¡Faltaría más! Yo desprendo perfume por todos los orificios y poros de mi piel. Se ha entendido, ¿no?

Pues no funciona así la cosa.

A veces, vuelves a casa con frustración, porque el que te ha gustado (más bien, pocos, y cada vez menos) ni te ha mirado; o peor, ha mirado a tu amiga, y ella ni se ha dado cuenta, porque tiene pareja y está servida y contenta. La frustración aumenta. Y te ves en casa, cogiendo tus amiguitos de tu mesita de noche (Roger Rabbit, o en mi caso un Gusiluz o parecido, el mío de color fucsia monísimo). Los hay con piedras de Swarovski; que digo yo que habrá que tener cuidado por si se te queda un diamante dentro; a ver cómo se lo explicas al médico joven, acabando del MIR de turno. Pero si no pasa nada de esto, estos instrumentos maravillosos de tocar el cielo y volver a la realidad, relajada, tranquila, en tu casa, sola y feliz..., ¿qué más se puede pedir?

Tu actitud determina tu futuro

Aparentar, siempre aparentar

Y luego están los *enviadores* de flores. Yo los llamo «*enviadores* profesionales» y «oficiales de flores». Suéltalos a estos, también.

Te mandan las flores cuando les place, cuando consideran que el golpe de efecto que eso provocará en ti será inmediato y se te caerán las bragas al suelo.

Pero resulta que esas flores ya deberían de haber llegado hace semanas, no cuando se han acabado los planes que ha tenido durante todo ese tiempo; tanto de fines de semana, como las vacaciones de Semana Santa, como de esquíadas y barbacoas varias..., porque están a nuestro alrededor incesantes (oigo voces, veo sombras...).

Y después de ver en sus redes sociales lo feliz que es, lo bien que se lo pasa, la cantidad de amigos y familiares que lo acompañan y lo SÚPER que es su vida (porque se encarga de vender eso por los cuatro costados); entonces te envía el ramito de los cojones, después de todo este despilfarro de salidas.

Y a ti lo que de verdad te apetece es hacer unas fotos a este ramillete (que tampoco se ha dejado la muela con el ramo) y colgarlo en las mismas redes sociales donde sabes que él te sigue y decir:

«Perdonad, pero he recibido este ramo y no sé de quién es, ¿se puede manifestar el autor de dicha proeza?».

Una que es buena, o tonta, depende por dónde se mire, se abstiene, aunque no por ganas; ya que las risas y los comentarios durante unos días con las amigas serían para recordar. Es muy tentador. Aunque, ¿para qué? Ya ha quedado claro hace tiempo que *huevos* era justo lo que le faltaba.

Empieza la mejor estación del año, mi vida

¿Olivia?

H

ola, me llamo Olivia Cirera, tengo 45 años y muchas cosas que contaros. Espero que aún estéis por aquí, porque empieza mi vida y su carrusel.

Trabajo en una pequeña editorial que está dentro del Grupo UOC (Universidad Oberta de Catalunya), o lo que es lo mismo, estudios universitarios *online*. Nosotros, básicamente, producimos libros de contenido académico, científico y técnico para escuelas y universidades. Y dentro de mi empresa hay una micro editorial, que produce contenidos de otros géneros, en nuestro caso, de ficción, casi todo de romántica, algo de juvenil y en los últimos tres años hemos incorporado intriga, y está teniendo salida.

Llevo casi doce años trabajando aquí y aunque entré como administrativa y soporte al departamento editor y corrector de romántica, poco a poco, me fui abriendo camino y cogiendo un puesto que ahora mismo disfruto de lo lindo. Estoy de *assistant* de editor jefe.

Dicen que soy lista, rápida, hábil e inquieta. Aunque no pueda firmar nada con mi nombre porque no estoy titulada, ni tenga estudios reglados sobre lo que hago actualmente. Sí, aún vivimos así en este país de pandereta. Da igual lo que eres, demuestras y trabajos (*Titulittis* al cuadrado). Es lo que tienen los países ignorantes y atrasados. Y yo vivo en uno de ellos.

Aunque sea culta, leída, viajada, curiosa y me interese casi todo, sepa un poco de algunas cosas y nada de muchas; desde política, a biología, el mundo animal, geografía, salud, psicología; menos, deportes, que no me han interesado demasiado nunca, por el resto, puedo moverme por el mundo sin hacer el ridículo o como diría un amigo: «Te puedo sacar de paseo».

Con mi inquietud, la pasión por la lectura y la escritura, la entrega absoluta a la causa cuando algo me gusta, vieron cómo vivía y transmitía el mundo de las letras. Y aunque siempre llevé escondida mi pasión secreta, mi trabajo oculto en la intimidad, poco a poco fue saliendo a la luz.

—¡Una escritora en serie! —me dice siempre mi jefe.

Tengo un ojo clínico para ver qué libros pueden tener buenas ventas, qué libros pueden arrasar y a qué libros se les ha de dar una oportunidad. Apostar por los autores, la gran mayoría noveles, y lanzarlos al ruedo.

Entre mi jefe y yo existe mucha confianza y complicidad, me deja hacer, y me firma aquello que le postro en la mesa, así de sencillo. Por él, me siento valorada, apreciada y para los momentos que corren, podríamos decir, que hasta bien pagada.

Me da alas y me deja volar un poco libre, me envía a ferias, a las que él no puede o no quiere ir: Frankfurt en octubre, París en marzo, Londres en abril, Praga en mayo, Madrid en junio. He ido a todas, aunque no cada año. Confía en mi criterio, que suele decirse, hablamos el mismo idioma editorial, nos entendemos profesionalmente; así que es agradable trabajar en estas circunstancias.

Y sin olvidarnos de Barcelona, en abril, nuestro tan querido y representado Sant Jordi. En nuestra ciudad natal actuamos diferente; no vamos de visita, queremos que nos visiten a nosotros, que los propios autores se pasen por la parada, firmen sus libros. Hacemos una gran campaña publicitaria, es un día muy especial para la empresa. Podríamos decir que es la fiesta grande de la editorial.

Así que ponemos una gran parada en el centro, con las novelas que hemos editado durante el año y algunas de gran éxito de años anteriores.

Este año tuve sorpresita, ¡qué mala pata! El Ayuntamiento, que es quien distribuye los espacios distribuidos entre paradas por todo el centro de la ciudad, nos concedió la licencia para poner

nuestra parada, justo delante, no dos calles más abajo o tres más arriba, no, justo, justito delante de la oficina de mi ex.

¿Se puede ser más desgraciada?

Hacía unos meses que habíamos roto, yo estaba aún rabiosa y enfadada, y lo que menos me apetecía era verlo ni pasar, o que él me observara desde su ventana. No nos habíamos visto desde entonces, y habíamos acabado mal.

Así que mi amigo, el señor Murphy, se estaba partiendo de risa a mi costa. Su ley de la coincidencia, casualidad y la mala suerte era un clásico en mi vida, que no me soltaba ni con aguarrás, siempre hacía acto de presencia cuando menos lo esperaba.

Aunque os vaya contando, de manera desordenada, como soy, estoy segura de que al final de este libro y con mi vida en vuestras manos, os habréis hecho una buena descripción de quien soy; cómo vivo, cómo siento y cómo expreso mis convicciones, enrazadamente y nada estériles, como veréis.

Hacía unos meses que estaba soltera y eso no sé por qué me hacía estar eufórica; lo que viene siendo en posición *Flower Power*. Siguiendo con mi vida de loca, entre el trabajo, la niña, las *amiguis* y los entretenimientos varios, no tenía mucho tiempo para tristezas. Al contrario de muchas personas cuando rompen alguna relación, que se quedan apáticas, tristes, insolubles; a mí me pasaba lo contrario, tenía un subidón de adrenalina, ganas de cambios, estaba de subidón..., o soy muy fría o ya soy perro viejo; las cosas me las intento tomar con diferente intensidad, si no me agoto.

Además, yo había decidido aquella rotura, tenía asumido y muy claro que así no quería continuar. No me gusta entrar en dramas y pesimismo. Al romper, dejé de estar como no me gustaba, y volví a estar donde estaba hacía cuatro años. Eso me daba una ilusión añadida para hacer nuevas cosas en mi vida. Soy muy inquieta y necesito estar en proactivo siempre; absorbo la vida a grandes tragos, siempre tengo proyectos entre manos y miles en la cabeza, y si me paro temporalmente, ruego encarecidamente que la vida me haga mover de nuevo.

Vivía en Barcelona con mi hija Mía, en un barrio un poco alejado del centro, aunque con ese encanto de pueblo que a mí me apasiona, ya que yo vengo de pueblo y emigré a la gran urbe por amor hace diez años. El amor se acabó, pero yo me quedé y más tarde llegaría mi retoño y, con ella, afiancé mi vida aquí.

Hacía muchos años que trabajaba en Barcelona y adoraba esta ciudad; su olor, su color, su temperatura, su diversidad, su ambiente siempre festivo, ya que había turismo todo el año, y eso me trasportaba a mis fantasías, imaginándome que era una turista en esta gran urbe. Me preguntaba qué deberían sentir esos paseantes por mis calles, sentía muy mía esta ciudad.

Después de varios tratamientos de fertilidad y muchos meses de espera, infinidad de pruebas, meses hormonada y algún que otro disgusto al perder las primeras opciones, por fin, llegó mi amada y deseada hija.

Llegar a ti es el mejor principio

Bienvenida, Mía

E

El nacimiento de mi hija fue poco menos que un ritual femenino y mágico.

Llegamos al hospital una mañana de lunes, seis mujeres preparadas y dispuestas a acompañarme para darle la bienvenida a nuestra pequeña; el próximo miembro de la familia.

Llevaba placenta previa desde la mitad del embarazo, así que ya me habían informado de que no iba a ser un parto fácil, ni mucho menos el que yo deseaba. Me había preparado para un parto natural, deseaba ayudar a salir a mi hija de mi interior, darle la bienvenida desde mis manos, no un médico desconocido o unos fórceps.

La cuestión es que mi parto, al final, casi fue de sueño, o como ir a la peluquería, con hora concertada y salir peinada y con un bebé en brazos.

Entramos las seis en la habitación que me habían asignado, me dieron el atuendo verde horroroso; digo yo, que no haría falta un último modelo de Versace, pero un respeto por los tonos de la estación del año, ¿no? Y no este verde horroroso de papel, que no favorece ni a la mismísima Cindy Crawford de joven, y ahora también, para que engañarnos, divina está.

Y que el gorrito y las pantuflas ya son para morir de pena o de una depresión. El truco es hacer pipí antes de vestirte y ni mirarte al espejo. Y cuando salgas de quirófano con tu hija, como te la sudará el mundo entero porque no podrás dejar de mirar a tu retoño; pequeña, calentita, arrugadita, en posición de conejito y que te caerían las bragas y ni te enterarías.

La putada es que las amiguitas, la prima, la tía..., te hacen fotos y bien que hacen, ya que luego agradecerás no haber perdido ni un detalle, porque entre otras cosas ni te acuerdas de cómo te llamas un año después. Que se te va la memoria, el tiempo, el sueño y casi el hambre. La vida es otra cosa una vez llega el retoño a tu vida, innombrable.

Maravilloso, sí; pero agárrate que vienen curvas. Tú te transformas en otra cosa, sin nombre, te cambia el ritmo en un doscientos por cien. Solo importa lo que necesita la niña; todo lo demás ya no cuenta, qué más da, no es ni secundario, pasa a un quinto plano.

Hasta ir al baño, si estás en la calle, se convierte en una aventura de alto riesgo. ¿Lo habéis pensado alguna vez? Si estás sola con el cochecito, y el baño es pequeño, como en la infinidad de locales de nuestra ciudad, ¿qué haces?

Pues es un problema: aguantarte o pedir a un alma caritativa que te vigile al bebé. No has hecho pipí tan rápido en tu vida, porque mientras estás en el inodoro a toda pastilla, te imaginas que la han raptado, ya están cruzando la frontera y te pasaras los próximos cinco años en platós de TV, rogando que te ayuden a encontrarla.

¡Cuánto cine barato he visto, por Dios!

Al final, nos dejaron entrar en el quirófano, con cámara de vídeo, y se pudo grabar el gran nacimiento, sabían que me hacía una ilusión bárbara tener ese recuerdo.

Fue un parto rapidísimo; cortar, sacar, coser, ponerme a la niña sucia y ensangrentada encima del pecho, que casi me da un infarto... Mi bebé, mi personita, mi HIJA.

Qué sensación más grande, más fuerte; es indescriptible. No tengo palabras para explicar cómo me sentí en aquel momento. Aunque lo tengo todo grabado en la retina de mi alma, y daría la vida por no perder jamás esa sensación. Fue sencillamente maravilloso. Y eso que yo iba medio grogui.

Me la cogieron de los brazos, la lavaron y la pusieron en una manta térmica y me la volvieron a dar. Guau, no la iba a soltar nunca más; era mi yo, mi vida, mi ser, había salido de mí y estaba viva, tenía vida, era un ser pequeño, indefenso, y estaba allí para empezar nuestro camino juntas.

Al salir del quirófano para trasladarme a la habitación, vinieron a buscar a mi pequeña, para llevarla a medir, pesar... No hubo manera humana de convencerme. No la soltaba ni pensaba hacerlo, durante un buen rato. Me la acababan de sacar de la barriga y la llevaba envuelta encima de mi pecho.

Aún estaba estirada en la camilla que iba pasillo con pasillo, cruzando pasos, ascensores, hasta llegar a la planta. El Matriarcado, al ver que llegaba la madre y la hija, fliparon. Todas preguntaban cómo era. Y mi tía, que había entrado en el quirófano, acompañándome y grabándolo todo, entre risas y lágrimas, porque aquello había sido mágico, les decía que no había manera de quitármela. Y yo entre lágrimas y risas les decía que nos estábamos adaptando y que no iba a crecer durante unas horas, bien la podrían pesar en un rato. No se extrañaron tanto, mi tropa ya me conoce.

Entramos juntas, y lo primero que hice fue acercarla a mi pecho, por si tenía hambre y para comunicarme con ella, que ella supiera que estaba allí, a su disposición. Que era su madre y que, aun habiendo salido de una bolsa de agua calentita, estaba conmigo, cerca de mi corazón.

No tardó en buscar mi pezón, aunque yo no tenía ni idea de cómo hacer aquello. Poco a poco aprenderíamos juntas, todo. Juntas al fin del mundo.

En los próximos días pasaron hasta cuatro enfermeras para enseñarme a alimentar a mi hija, a cuál más dulce, paciente y comprensiva.

Nos trataron de lujo, y sabiendo que en esa habitación del final del pasillo donde entraban hombres (familia y amigos), estaban y se quedaban siempre mujeres; de madrugada, a dormir, a comer, a ayudarme, a coger a la niña.

Aquella noche, como os debéis imaginar, se querían llevar al bebé a la *Nursery*, para que la mamá descansara. Yo no estaba cansada; estaba llena de amor y no quería perder de vista a mi hija. Nos quedamos, por supuesto, con ella en la habitación, y la fuimos contemplando, acariciando, vigilando y alimentando durante el resto de su vida.

El marido de una amiga fue volando, porque era otra obsesión que yo tenía, a registrar al nuevo miembro del clan y de la familia.

Cuando me trajo el libro de familia; MI libro de familia, la mía, la propia, la que acababa de crear, la que empezaba a construir. Subiríamos montañas, escalaríamos cimas, nos hundiríamos en el yodo, nadaríamos a contracorriente, pero siempre juntas. Pongo mi mundo a tus pies y lo cuidaré para ti; mi vida será un soldado en guardia para protegerte siempre, Mía.

Uno de los mejores regalos que he recibido nunca, aquel librito delgado. Abrirlo, leer mi nombre y a continuación el nombre de mi heredera, Mía. Mi ser, mi amor, mi vida.

Otra cosa indescriptible y muy grande.

Ahora empiezo a querer de verdad, ahora sé qué es el amor incondicional, ahora siento el miedo a que sufras, a que te hagan daño, a no estar ahí siempre para enfrentarme a los monstruos.

¡Qué majestuosa la Vida, gracias!

Terapia – Fase 1

Los prejuicios pesan demasiado, los arrastramos y nos llevan de la mano adonde no deseamos llegar. Justamente para inmovilizarnos, no avanzar, pararnos, y, además, para más inri, te llenan de dudas, inseguridades y miedos. Vaya miércoles de prejuicios.

Todo esto lo digo, por supuesto, por muchos momentos que he vivido ese sinsabor de moralina barata, pero hoy estoy pensando en una en concreto; en una que, aunque de entrada y en su inicio puede dar risa y tiene hasta su gracia, sobre todo, para mis amigas que tuvieron su *cachondeito* durante días con el temita, a mí, que sabéis, quienes me conocéis, que cuando algo lo veo claro, claro, clarinete, me la trae al paio la opinión ajena, y esto fue sin lugar a duda uno de esos casos... Os cuento

Lo había dejado con Pablo hacía unos meses, porque un día dije que ya bastaba de sus innumerables tonterías, no quería más de esa sopa; o me cambiaba el menú o me iba en busca de nuevos horizontes.

Y así lo hice, me fui a probar nuevas gastronomías.

Quise poner tierra de por medio y me lancé a los brazos de un pretendiente de las redes, que hacía años me rondaba, pero nunca me pillaba soltera. Y sacando todo su plumaje, de atenciones y risas, mientras yo intentaba gestionar la rabia contenida con la que salí de esa última relación importante, me dejé querer.

Duró muy poco, ni yo estaba por la labor, ni me apetecía empezar nada serio con nadie. Había quedado escaldada, me sentía estafada, y necesitaba una buena dosis de soledad para recuperarme.

La relación con Pablo había durado casi cuatro años, para mí, toda una vida. En la última década, mis relaciones habían sido de un mínimo de dos semanas y un máximo de tres meses. Pero de él me enamoré y ahí me quedé. Su personalidad me había convencido; sus valores, su bondad, su positivismo, su alegría, su adaptación a todo. Me parecía una relación de las buenas, de las reales, de las auténticas. De las que puedan tener final feliz. En las que te imaginas envejeciendo, e incluso en la que hablábamos haciendo planes de futuro de ancianos. Quizás ese fuera uno de nuestros grandes problemas.

Durante esos años, que fueron intensos, nunca pasó nada. Todo eran palabras, no avanzábamos un ápice, todo quedaba en cuando nuestros hijos fueran mayores y nosotros ancianos. Y nuestro presente y futuro medio perdía realidad y valor. ¡No existía!

¿Qué clase de relación es la que no piensas en ti más que a ratitos? Compartíamos cenas románticas y cama, pero nunca hablábamos de nosotros. En las que me empecé a plantear si él tenía expectativas de futuro a medio o inmediato, o me estaba tomando el pelo. En el que me planteé si a él ya le estaba bien no avanzar. Que su construcción ya la había levantado y derruido con su antiguo matrimonio y del que salieron dos maravillosos hijos. Pero yo ahí no encajaba, ni existía.

Cuando vi eso claro, lo dejé, sin más. Me parecían motivos más que suficientes. Ser transparente o una compañía en los ratos libres no era mi expectativa ni mi finalidad con ninguna relación.

Cada uno tiene derecho a sentir, andar y vivir la vida como le plazca, pero, para mí, una pareja

tiene que construir algo, y no tiene por qué pasar por lo típico ni lo tópico (boda, niños, convivencia), no necesito eso, ya tengo eso y soy feliz con mi vida.

Si estoy con alguien, quiero ver algo diferente en mi vida, no un mueble más, o un postizo más, o un trabajo añadido más. Para mí, el amor es otra cosa.

¡Y por supuesto, pasa por echarle huevos a la vida!

Había puesto grandes expectativas, mucho amor, grandes proyectos de futuro en los que yo estaba preparada para andar, pero necesitaba de su parte. Él necesitaba que sus hijos se hicieran mayores.

¿Qué clase de amor es ese? ¿Qué clase de relación es esa? ¿Qué permiso te das para vivir, actuar, construir y ser feliz?

Me cansé de las tonterías..., demasiadas a nuestra edad. No me gustan los hombres sin huevos.

REFLEXIÓN:

Éste último párrafo, me lleva a otra reflexión. Ha habido muchos hombres, aventuras, comienzos que pintaban una cosa; tipo un paisaje maravilloso al óleo, pero que acabaron siendo unos esbozos o tachones en una libreta vieja. Relaciones de todo tipo, largas, cortas, medias, historias que no sé ni cómo definir ahora que las veo en la distancia y casi ni recuerdo. Que una cosa os voy a decir, y sin que se mal interprete, o sí... No recuerdo algunos nombres de esos seres maravillosos que pasaron por mi vida, ni decir tiene que tampoco algunas caras; en resumen, que no recuerdo a algunos hombres que han sido parte de mi vida. ¿Eso es grave? Si no fuera porque mis amigas tienen una memoria prodigiosa, que me recuerdan muchas anécdotas graciosas; las cabronas lo hacen para reírse de mí. Nooo, para reírnos juntas, las adoro.

Yo soy una desmemoriada. Y ellas, a veces, me tienen que recordar, benditas son.

¿Será que no fueron importantes? ¿Será que soy una pendona? ¿O quizás fueron demasiados? Noooo, esta última no, mal pensados...

Será, será... como dice la canción. Sí, algunos en su momento fueron traumáticos y dolorosos, pero te reinventas o te amargas, y yo soy muy de endulzarme la vida tanto como pueda. Debería inventarme alguna herramienta para no amargarme, o quizás ya la tenga.

Es que si no, pensadlo. Tendríamos que contratar una tarifa plana en un centro de psicólogos, e ir variando dependiendo de la temática del momento. Así que mi subconsciente debió de decidir en algún momento: «mejor olvido la historia y me regenero más rápido». Que como dice mi amiga Mari Carmen, y me encanta oírla (a lo largo de nuestros veinticinco años de amistad): «Nena, no conozco a nadie que tenga esta capacidad de acabar y empezar, caerte y levantarte con tanta facilidad como tú. Eres una superviviente, te regeneras con una rapidez apabullante». Y yo sonrío porque, no sé, viniendo de una amiga, me parecen hasta bonitas esas palabras.

Descansos Necesarios

La vida, muchas veces, es maravillosamente bonita. Y la mía continúa en su búsqueda.

Cuando os uente donde estoy, sin ser una *influencer*, ni nada *Fashion*, ni mucho menos bloguera top..., vais a flipar.

Lo que podría ser un sábado más, incluso de los aburridos y monótonos, resulta que está al límite de la perfección y de parecerse a una postal bucólica. Os sitúo: hotel maravilloso en Sitges, un pueblecito de costa con un microclima todo el año y donde siempre hay un ambiente muy agradable, de fácil acceso por proximidad a Barcelona y por la estructura del pueblo con muchas zonas peatonales y un mar maravilloso rodeándolo, y su puerto lleno de restaurantes y gente bonita.

Para que os hagáis una idea, os adjunto textualmente la descripción del hotel en su web:

El hotel ocupa dos villas de estilo modernista que conservan la decoración del siglo XIX. Su jardín es uno de los lugares con más encanto de todo Sitges: un espacio de ensueño donde relajarse entre palmeras, hiedra y madreSelva. Con música de fondo, bulerías, flamenco, romántico español.

Estoy en uno de los salones compartidos y repartidos en la zona baja del hotel, a cuál más acogedor. Me ha costado decidirme por uno de los saloncitos. Y finalmente he escogido el del fondo y más escondido, cómo no, buscando siempre mi rincón de silencio, intimidad y soledad escogida, que adoro. En este saloncito hay un piano oscuro muy antiguo que lo envuelve, en su parte posterior, un espejo enmarcado en madera trabajada y tallado en flores a sus lados; una lámpara centrada en la pared, justo encima del piano, otra lámpara de pantalla Tiffany, y al lado izquierdo, una lámpara de pie moderna de madera clara, casi natural y tulipa grande, redonda y blanca.

En la parte izquierda de la sala hay una ventana de madera enorme que va desde el techo hasta dos palmos del suelo. Como sé que supondréis, los techos son altísimos y tienen incrustaciones, dibujos salmón, terrazo, madera y dibujos de cuadros y flores azul y rojo..., simplemente maravillo. Las paredes de la sala están llenas de platos de cerámica y barro con dibujos de peces, frutas, verduras y en cuatro bandejas de barro hay cuatro paisajes de representaciones caballerescas.

Me llama la atención la que hay de un caballero de rodillas frente a una dama, y a su espalda le queda casi tendida en el suelo, con la postura de rezo, que tiene hacia la belle mujer de cabello largo, oscuro y ondulado. Mientras ella mira al frente si mirar a su caballero, él tiene la barbilla en alto, observando embelesado a su amada. Me transmite tantas cosas esa imagen, ahora que estoy en pleno proceso de duelo, en el que anhelo que mi amado Pablo hubiera hecho justo lo que está pidiendo este caballero a su doncella; su mano, para siempre, ante todos y sin miedo a la vida y al dichoso «qué dirán», tan importante para Pablo y tan insignificante para mí.

Un siglo más tarde, el amor eterno, la admiración al hacerse de rogar, las expectativas, la comunicación, la necesidad de amar y creer y saber, siguen perenes, porque el ser humano necesita amor para poder vivir. Tan importante como el oxígeno para respirar. Esa es parte de nuestra existencia.

En la sala hay dos mesitas de madera claras, redondas y pequeñas; en una de ellas estoy yo, frente a la ventana, y escribiendo, feliz de estar donde estoy y sentirme tan cómoda y comfortable. No querría estar en ningún otro lugar del mundo ahora mismo.

Frente a la ventana, con luz natural, hay una palmera que veo desde aquí, al otro lado de la calle, en la casa privada de enfrente, en su maravilloso jardín. Ocupa media manzana, por encima de su muro de piedra de metro y medio, solo se ve verde, flor, color, vegetación. Tengo que conocer a los propietarios de esa casa y estar en ese jardín. ¡Eso ya será otro sábado, en todo caso! Pienso repetir.

¿Se puede ser más feliz? Ahora mismo, estoy viviendo esos pequeños (grandes) momentos de inmensidad que se tienen en la vida, y que hay quien les llama felicidad. Pequeños momentos llenos de grandísimas sensaciones y todas buenas. No necesito más, es mi momento, único, mío, intransferible, no compartido, mío. Lo tengo todo y estoy tocando el limbo.

Necesitaba desconectar de la urbe, y como aún no es temporada alta, puedes disfrutar de buenos hoteles, restaurantes y paseos, sin tener que vender algún órgano para pagarlo. Y como yo sigo con mi pasión por las letras, me apetecía hacerlo en otro ambiente al conocido.

He aprovechado que mi hermana se ha llevado de *camping* a Mía, con mi sobrina, y yo... Libertad, divino tesoro. Estoy soltera, animada, feliz y con muchas ideas para transcribir de mi cerebro a mi portátil.

Voy a ello... Si me dejan, claro...

Si no fuera porque me ha pasado a mí..., si me lo explican, no me lo creo.

Estaba yo encantada con mi descripción bucólica, cuando aparece un huésped, igual que yo, sí, tiene el mismo derecho; pero sin mirarme ni darme los buenos días, se sienta frente al piano y empieza a tocarlo. ¿Perdona?

Que a mí me encanta el piano, pero ahora estoy aquí con mi música suave de fondo y mi inspiración, y un mal tocar de piano no es lo que necesito para seguir concentrada. Menos mal que, según él, el piano no estaba afinado y su interpretación, supongo que para impresionar a la mujer que lo acompañaba, ha terminado en una crítica al pobre piano y se han ido, hablando en mi idioma, el catalán y sin decir un *adéu* (adiós).

En fin, que me vuelvo a ir de tema.

Después de haber pasado tres meses de la ruptura con Pablo, yo seguía muy enfadada, tenía rabia interior, que es una sensación muy desagradable y que no me gusta tener, pero que no podía evitar.

Él seguía insistiendo en que me quería y que las cosas podían mejorar. Yo no lo creía, porque era la segunda vez que lo habíamos dejado y exactamente por los mismos motivos. Ya no confiaba en él y lo daba todo por perdido. Yo me veía con fuerzas de mejorar cosas y aceptar premisas para poder avanzar, pero no creía que él fuera capaz por sí mismo, y tenía mis dudas de que quisiera hacerlo. Sus palabras ya no tenían valor para mí porque eran repetitivas y éramos reincidentes, exactamente en las mismas cosas.

REFLEXIÓN:

Ahora suena Amor sin fin; hoy voy a acabar llorando de felicidad o de orgasmo emocional por tanta belleza. Esta canción me traslada a los quince años, en casa de Alexia, con Cristina y Anna, y las tardes que nos pasábamos riendo, fumando y llorando al ver aquellas películas de amor interminable, tan doloroso como precioso, tan intenso como imposible, tan impactante como esperanzador. Y nosotras todas alocadas, atrevidas, llenas de vida, encerradas como estábamos aún en un caparazón de colegio de monjas; éramos como una caja de pólvora a la espera de que alguien se atreviera a abrirla. ¡Qué recuerdos maravillosos!

No parecía que la cosa tuviera mucho arreglo, la verdad, y había mal augurio sobre nosotros.

Con todo y con eso, él iba insistiendo. Pablo era un hombre estable, de raíces muy atrapadas por convencionalismos y entorno encorsetado, donde él se desenvolvía y se sentía cómodo, pero

de un mundo poco auténtico y muy de aparentar e hipócrita. Pero de sentimientos auténticos y equilibrados.

Pablo cuando ama, solo ama a una mujer y se centra en eso y nada más. No acepta ni ve los *inputs* de su alrededor. Eso lo hacía un hombre de confianza en cuanto a su amor hacia mí. Y lo admiraba por tanta seguridad y claridad en cuanto a eso. Pero, aunque solo hacía que decirme cuánto me amaba, sus actos no iban encaminados exactamente en esa dirección. Sus creencias y raíces sociales lo hacían actuar muchas veces de manera contraria. Yo soy tierra, transparente, clara y hago lo que digo, y digo lo que voy a hacer. Si se me escucha, se me conoce, yo misma facilito mi mapa de ruta, porque para suerte o desgracia me conozco demasiado bien y se dónde están mis límites, a veces, hasta casi los inconscientes.

Soy pura emoción, y cuando estoy bien y feliz se me nota en la cara, y cuando estoy mal, enfermo, mimetizo; soy esencia pura, para desgracia mía. Ojalá fuera más plástica, más oscura, estaría más protegida ante los momentos y personas malvadas que hay en la vida, y sufriría menos en todos los sentidos. Pero me tocó ser esto. Por algo será.

Total, que viendo que él insistía, y que yo no me podía creer ya sus promesas, aunque lo intentara, le propuse, sí yo, eso he dicho, que tuviéramos un canal neutro para podernos comunicar, para hacernos llegar el uno al otro desde otra perspectiva. Es decir, un terapeuta de pareja. Sin ser pareja, sin estar juntos y sin habernos visto durante tres meses. Con un par de huevos, porque en la vida, sin huevos, ¿qué nos queda? Pues el cesto vacío para los huevos, pero sin ellos, con lo cual, no podemos hacer tortilla. ¿Qué vamos a comer?

Ahora suena una canción de Jeannette... *Por qué te vas.*

Todas las promesas de mi amor se van contigo...

Va como anillo al dedo, ¿no? Qué fuerte la vida y sus causalidades. Cuántos símbolos esta mañana: plato de terrazo con un caballero arrodillado suplicando amor a una dama; ahora la canción diciendo «todas las promesas de mi amor se van contigo», hotel mega romántico. A ver qué más pasa esta mañana.

Mientras tanto, sigo escribiendo, feliz por este descubrimiento de rincón, que me parece voy a hacer mío.

Total, que el día acordado, nos encontramos en la consulta, tal cual; surrealismo al cuadrado...

«Almodóvar, ¿dónde estás? Creo que te gustaría conocerme. Tengo mucha *chicha* para tus películas. Llámame, Pedro, que nos haremos grandes amigos».

En fin, que nos vimos allí, yo estaba tranquila, pero incomoda; él estaba muy nervioso. Para él y para la mayoría de las personas era una situación tan desconocida que supera a cualquiera. Yo, en cambio, soy un poco rarita y el hecho de poder trabajar de verdad las carencias, avanzar y solucionar, o romper algo que no nos hacía felices y nos hacía sufrir mucho, pesaba ante la incomodidad de la situación.

A mí, que soy un poco masoquista, me encanta trabajar en mi interior, hacerlo reflexionar, remover para solucionar y poder avanzar, para ser mejor y para superar temas dolorosos y encallados. Pero entiendo que enfrentarse a uno mismo, a tus miedos y fantasmas, da mucho pavor, impresiona y asusta.

Allí estábamos, un miércoles a mediodía, ante una terapeuta que tampoco conocíamos ninguno de los dos, y que hasta la propia profesional se sorprendió cuando le dijimos que ni siendo matrimonio, ni teniendo hijos en común, no habiendo convivido nunca y llevando una media de cuatro años de relación (para un proyecto familiar parece ser que es poco), pues estábamos allí, poniendo toda la carne en el asador, a ver qué salía de todo aquello.

Me encantó que no nos separara, que no hiciera privados; todos a una desde el primer momento,

todo claro, todo encima de la mesa y todo de los tres.

Nos preguntó nuestros objetivos: el mío era solucionar nuestros problemas para ser una pareja normal, que hasta ahora no habíamos sido, y sobre todo mejorar su implicación y generosidad hacia mi persona y mi vida. Él reclamaba buscar una solución para poder dormir juntos, que, a su entender, era un tema muy importante de unión, intimidad y amor, y debido a su problema con los ronquidos, yo no podía conciliar el sueño y siempre dormíamos separados. A él esto le pesaba, le entristecía y le dolía.

También consideraba que yo valorara poco los esfuerzos que él realizaba hacia mí, y tenía razón; debido a mi enfado y a mi percepción de que no se entregaba en todos los sentidos y al cien por cien, sentía que siempre era insuficiente. Y así se lo demostraba.

Empezamos a trabajar desde el primer momento; nos hacían hablar y abrir nuestro corazón. Hubo reproches, lloros, más por mi parte que por la de él. Nos ponían deberes semanales, los hacíamos. Los dos nos entregamos en cuerpo y alma a la causa.

Poco a poco, fuimos teniendo contacto fuera de la consulta, primero algún mensaje, después algún café rápido y alguna comida exprés.... Hasta que un día, sin saber bien por qué, supongo que el amor es caprichoso, bajé la guardia. Empecé a relajarme y a no reprocharle más; a sonreír, a bromear y ahí me dio un primer beso. Lo acepté casi como el primero. Era curiosa y graciosa la situación. Dulce y embriagadora. Era el inicio de algo. El comienzo de otra relación, el principio para hacerla distinta.

Una sensación peculiar, porque nosotros nos conocíamos bien, nuestra personalidad, nuestros cuerpos y nuestras reacciones, pero era como volver a empezar sin ser un inicio. Me es difícil de explicar, pero me encantaría hacerme entender, para que pudierais comprender lo diferente y mágico de la situación.

Es decir, si las cosas iban bien y hacia adelante, que de momento eso parecía, era como si la parte que teníamos de conocimiento el uno del otro, la utilizásemos para cosas buenas, para agradar y contentar a la otra persona. Porque conocíamos, como he dicho, nuestras reacciones, nuestros gustos, nuestros cuerpos. Y las cosas malas, como nos conocíamos, las evitábamos; si algún comentario podía ofender al otro, se obviaba, y si se escapaba (somos muy humanos y muy imperfectos), rápidamente se arreglaba, tirando hacia el lugar contrario, sabiendo cómo llegar hasta allí, porque nos conocíamos.

Era curioso y a veces hasta gracioso.

Era un aprendizaje muy interesante y para mí muy enriquecedor, mejor dicho, sobre todo para mí misma. Porque me enfrentaba a mi yo, a mis fantasmas, a mi ego, a mi egoísmo, a mi primario. Quiero pensar que para mejorar.

Siniestra Bella Durmiente

Cuando una mujer expresa libremente que le gusta dormir sola, que no le gusta la compañía de nadie en su cama, que descansa bien y cómoda, sola; sí, sola. ¿Es rarita? Y hala, ya es una mala mujer. Eso me recuerda a la canción...

Si no soporta al lado de su amor, sin dormir el resto de su vida, aunque este sea un rinoceronte en celo todas las noches de su vida, contando moscas y sufriendo insomnio por dormir al lado de su amado, es una vez más... una mala mujer.

Que no quiere decir que no le guste el sexo, ni que sea lesbiana, ni travesti, ni nada parecido. Hablamos de dormir.

¿Tan raro es de entender eso?

Pues parece ser que sí, que las que abogamos por defender nuestro descanso, tan necesario, porque no somos la Presley ni la Obregón y necesitamos trabajar para vivir; además de llevar la casa, los niños y hasta el marido a cuestras, las que lo tengan, pues necesitamos dormir para poder arrancar y llevar todo eso para adelante. Y no, señores, no es tan raro.

El dormir lo inventaron como descanso; «sueño reparador» lo llaman, pues eso. Debemos reparar nuestro cuerpo y mente para poder seguir, y no dormir bien o no dormir puede llegar a enloquecer, que me lo digan a mí. Y además tenemos la mala costumbre de descansar cada día, que no es de vez en cuando. Con lo cual, o te haces un buen plan de sueño o acabas enferma y envejecida en *cerocomia*. Y los telómeros a tomar por culo.

Imagínate dormir con alguien que ronca, ¿os sueña? Seguro que sí.

Pues como una vez me dijo una suegra que tuve, que a Dios gracias me saqué de encima en cuanto pude. Uy, eso ha sonado mal, ¿no? Está viva, no me la cargué. Quería decir que, cuando su maravilloso hijo y yo rompimos nuestra perfecta e inmejorable vida, pues eso, que de regalo me cargué dos pájaros de un tiro. Que la vida, a veces, te da agradables sorpresas. Sus comentarios eran del tipo:

—Los hombres siempre han roncado, ¿y qué vamos a hacer nosotras?, pues aguantarnos.

Puedo hacerme una idea de lo que entendía ella por una relación estable...

No, señora, no. No tenemos por qué aguantar una vida entera de mal sueño y poco descanso para que su *santo* marido duerma a pierna suelta.

No, señora, no. No tenemos por qué aguantar todo lo que nos echen, y a eso incluso malos tratos psicológicos y físicos.

No, señora, no. No tenemos por qué hacernos cargo de todo y recibir migajas en los mejores de los casos por nuestros *santos* maridos.

No, señora, no. No tenemos por qué abrirnos de piernas todas las veces que a nuestro *santo* marido le pique sus bajos y a nosotras sin saber siquiera dónde queda el clítoris porque nunca les interesó ni buscarlo, ¿para qué va a servir?

Pero, en el fondo, con casi todas las mujeres que hablo y me dicen que sus *santos* maridos roncan, lo hacen con parsimonia y dignidad, como asumiendo que es lo que hay y no existe otra cosa. Sí existe, señoras. ¿Podemos ya dejar de aguantar lo que no nos gusta, por favor? De una vez

por todas.

Aquí, las creencias y los valores impuestos en casa, los que vienen de serie, las costumbres, el «qué dirán» y, sobre todo, la vergüenza a expresar tal cosa, porque... «Qué mala mujer, qué egoísta, qué poco aguante». Así que se acostumbran a vivir así y se aguantan y se joden.

Pues yo no, soy así de rara, egocéntrica y antisocial. Alimento de caimanes y buena leña para las hogueras, por bruja. ¡Pues así soy, quemadme!

Digo lo que pienso y siento, defendiendo mis derechos y mis deseos. Pido lo que quiero y no acepto lo que no me gusta.

Volviendo al descanso tan necesario...

Cuando me acuesto, es un acto de amor, casi un ritual que adoro; lo deseo y pienso varias veces al día. ¿Será eso normal? ¿Os pasa?

Es un acto que hago conscientemente, feliz y diciéndome a mí misma: «Ya se ha acabado el día. Ahora sí que sí, ahora es tu momento».

Y me tiro a la cama con todo el peso de mi cuerpo, tumbándome encima de la almohada; tapándome a lo niña con miedo y sonrío feliz. Porque es un momento de felicidad suprema.

Aunque no confundamos términos. No deseo acostarme cada día, en cuanto me levanto. He tenido mis días malos, mis malas rachas, donde no veo la luz al final del camino y donde solo reconozco mi vida en un túnel oscuro y sin salida. Pero ¿quién no ha pasado por estos momentos? No mintáis.

Pues en esos momentos, sí que, cuando suena el despertador, deseo volver a meterme en la cama, porque no me veo capaz de lidiar con lo que se espera de mí ese día.

Aunque en general, amo la vida, me gusta mi vida, mi entorno, adoro a mi hija, me encantan mis amigos, y hasta mi Pablo cuando no me complicaba la vida, o cuando hacía tan poco o nada que me la hacía sinsabor. Disfruto de mi trabajo, tengo en él relaciones no profundas, pero sí cordiales, y no me cuesta en absoluto ir a trabajar.

Soy madre, como sabéis, y como la mayoría de las madres amamos a nuestros retoños por encima del bien y del mal; mataríamos sin pestañear por protegerlos y tenemos pensamientos impuros y asesinos para quien les hace daño, ya sea el mocoso de su clase o el profesor que lo riñe. Los protegemos a lo leonas en celo, los queremos ayudar, mimar, entender, educar y tener un montón de risas y bromas de complicidad, a lo película americana rosa chicle de domingo tarde en Tele5 o Antena3. Todo eso nos hace creer que tenemos una maravillosa relación con ellos y somos buenas madres, o al menos no tan malas como muchas veces nos creemos también.

Porque ser madre es deliciosamente complicado, señores. Hay millones de dudas, incertidumbres, miedos, tantas decisiones que debemos tomar durante toda su vida, desde que nacen. Incluso en su propio nacimiento ya tenemos que tomar un montón de decisiones: hospital, tipo de parto, nombre del bebé, amamantar con tu pecho o no, darle biberón o no, chupete o no, brazos o método Estivill; y luego llegan más decisiones: bautizarlo o no, tipo de guardería, de escuela y con ello escoger la metodología de estudio que quieres que practique, amistades, extraescolares... y miles de preguntas y dudas que te acechan sin parar cada día de tu vida desde que te ponen a tu bebé en brazos y nunca más cesan... ¡por Dios!

Pues con todos estos actos de amor, sigo queriendo dormir sola, sin pareja, sin mi hija. Porque, señores, los hijos a veces son pesados, diría más..., un coñazo. Que voy mirando el reloj para contar cuánto le queda a la *Princess* para que se vaya a la cama, y pueda oír... nada, silencio.

¿Qué ruido hace el silencio? Maravilloso. Qué poco valorado está el silencio. Yo mato por silencio. Y ese solo lo encuentro de noche, en mi cama y sola.

Y sí, amaba a mi pareja, adoro a mi hija; pero, coño, que quiero dormir sola.

Cuando nos íbamos de viaje, de *finde*, de vacaciones..., y yo no dormía, porque mi señor amado roncaba, y él, pobre, se ponía de todo en el paladar, en la nariz, gotas, espray, aparato en la boca...; pero seguía roncando como un rinoceronte. Y yo, ¿qué iba a hacer?, aparte de haber probado varios tapones y últimamente llevar unos de DJ que nos dijeron eran la bomba, que te aislabas a lo burbuja de cristal en el espacio. Y me ponía súper concentrada y relajada a dormir, y no podía; y oía sus ronquidos, y no podía; y vuelta, iba tocando mis tapones por si se habían movido o se me había salido alguno; y me ponía la almohada por encima de la cabeza y de mis tapones, y vuelta, y vuelta, y no podía...

Voy intentando dormir y van pasando las horas. La media es de entre tres y cuatro horas, intentándolo, y os puedo asegurar que sale lo peor de mí. No pensaba yo que la mente pudiera tener tales pensamientos de noche, llevados por el cansancio, la desesperación y el nerviosismo, después de un día entero despierta y no poder pegar ojo.

Que acabo con dolor de espalda de tanto movimiento en la cama y la lucha con las sábanas, con dolor de barriga de nervios y con las palpitaciones aceleradas de la histeria controlada que lleva mi ser, dentro de mi cuerpo. Eso sí, en la noche, en silencio y en la oscuridad. En un momento de paz y placer, como es el silencio, la oscuridad y la paz, yo tengo que oír a mi rinoceronte, durmiendo a pata suela. ¡Preocupado que está él!

A tomar viento mi momento de gloria.

¿Me suicido o mato a alguien? ¿Qué hacéis en esos casos? ¡Contadme, por favor!

Admiro profundamente a las mujeres que se acostumbran a esos ruiditos ensordecedores; yo no lo consigo. Soy terriblemente imperfecta, insensible y seguramente impaciente.

Que no te atreves a decirlo en voz alta, porque eres rara, egoísta y poco dada al sacrificio. No eres de las mujeres de antes. ¡A DIOS GRACIAS!

Quiero descansar de noche y me gusta dormir sola, reivindico el derecho a poder escoger ese acto de descanso como es el dormir, sin tener que ser tachada de rara ni egoísta.

Que no es el tema que nos ocupa, pero no tiene nada que ver con el sexo. Creo que ha quedado claro, pero por si alguien se ha despistado.

Me gusta el sexo, me divierte el sexo, y cuando me apetece lo busco, luego a dormir cada uno en su nido, cueva o donde quiera, pero a descansar.

Os animo a todas las que desearíais poder dormir solas para leer, ver la tele, mirar Instagram o haceros una paja, poder hacerlo solas, aun teniendo un maravilloso marido, un matrimonio lleno de amor y complicidad, y una familia de revista, de la buena, no de la fingida. Y aun así, después de revivir y vivir el día a día en comunidad, incluso después de follar, cada uno que se vaya a sus aposentos a ser un poquito parte de sí mismos, individuales, esencia y en soledad.

¡Maravillosa y deseable soledad!

La realidad supera la ficción, desgraciadamente siempre

Un libro, una vida

H

ace poco, cenando con mi prima, entre copa de vino y confesión, me soltó una bomba que aún hoy estoy petrificada y digiriendo tal información.

—Cuando tenía diecisiete años me violaron.

—¿Cómo?!

Me quedé tan impresionada que por inercia me levanté, la abracé muy fuerte, y empecé a llorar; yo con ella, ella no lloraba, ya habría llorado demasiado, pero a mí no paraban de asomarme las lágrimas a los ojos, mientras la miraba sin saber ni qué decir. Me senté frente a ella; al verla tranquila, más que yo, de hecho, le cogí la mano fuerte, acariciándola y mostrándole todo mi apoyo y comprensión.

Me empezaron a venir tantos recuerdos de esa época...; de nosotras dos y de nuestros hermanos, cuando nos juntábamos en las comidas familiares y teníamos nuestros códigos y nuestros juegos, de nuestras risas y lo bien que lo pasábamos.

Madre mía, ¿nadie sabía nada? Ella debía de estar en una auténtica pesadilla y seguía comportándose como si tal cosa. Qué esfuerzo sobrehumano, qué barbarie para una niña de diecisiete años. Me sentí culpable por ello, por no haberlo notado y no poder ayudarla; ya ves tú, ¿qué hubiera hecho yo? Una niña de catorce años, era la pequeña de los cuatro. Mi prima estaba justo por encima de mí, detrás de ella iba mi hermano, tres años mayor que yo, y mi prima menor, que tenía tres años menos que ella; éramos todos unos niños.

No entraba a recurso que esa niña tuviera que haber pasado por tan terrible experiencia, a veces la vida es francamente muy cruel, no se pueden entender por qué pasan ciertas cosas, ¿para qué?

Aquella noche tenía ganas de hablar, estaba haciendo terapia y le habían recomendado hablar del tema; sacarlo de una vez para afuera, que nunca lo llegó hacer.

Actualmente estaba casada y su marido siempre lo había sabido, tenían tres hijos, y una vida sexual más bien normalita, nunca había funcionado de maravilla esa parte en ellos, y siempre habían sabido el porqué. Ella tenía muchas secuelas y reacciones adversas, con las que su marido se había ido acostumbrando y habían vivido hasta ahora, más o menos dentro de una normalidad.

El problema es que todo había empeorado y ella no entendía por qué. Tenía más miedos de los habituales, le habían vuelto algunas fobias, sentía una angustia permanente en la boca del estómago, le producía acidez y mucha pesadez, las pesadillas habían regresado. Entonces tomó conciencia de que sus fantasmas volvían al acecho y que ya no podía demorar más el solucionarlo, habían pasado casi treinta años.

Ahora estaba dispuesta a pelear hasta derrotar al monstruo; estaba en pie de guerra contra todos sus fantasmas, ya no podía más, estaba harta.

Empezó a hablar, no iba a ser yo quien la frenara. Así que engullí como pude y lo más dignamente que supe todo su relato, intentando aguantar el tipo, porque no iba yo a hundirme, viendo en ella tal fortaleza.

Desde que soy madre, noto que las cosas me afectan mucho más, debe ser de diferente manera, por aquello que sentimos distinto cuando tenemos las responsabilidades de nuestros retoños, pero yo sufro más, con lo cual entiendo que me afectan más las cosas.

Es cierto que algunas cosas que antes me ocurrían, podía ser capaz de cortarme las venas o hacerme el harakiri; ahora, ni paran atención en mi cerebro. Pero ¿antes no lloraba con los

dibujos? Manda huevos llorar con Disney, que está más trillado que yo que sé..., ¿y las noticias? Yo me hago un hartón de llorar con las desgracias sociales, humanas y barbaries de la naturaleza que suceden por el mundo. Sobre todo, con todo aquello que es más débil (maltrato animal, infantil, abuelos...).

Mi prima empezó hablar, me esperaba lo peor, pero nunca imaginé lo que me contó. Ella tenía diecisiete años cuando sucedió, no era una mujer y aunque lo hubiera sido, ¿quién puede soportar que la violen en su propia casa? ¿Cómo le haces entender a tu cerebro que tiene que superar y pasar página de tal aberración?

Su cerebro actuó como en psiquiatría se denomina *disociación mental*.

Se descubrió y concluyó en la etapa nazi que muchos presos, sobre todo mujeres, habían actuado de esta forma para soportar estar allí dentro, y poder seguir sobreviviendo en esas circunstancias.

La disociación se puede ver como un intento de la mente para protegerse de una situación traumática, o bien como una consecuencia de un trauma. Cuando un hecho es emocionalmente muy perturbador, la mente se fragmenta para poder soportarlo o sobrevivir a él. Esto se produce porque los seres humanos, como animales que somos, tenemos tres mecanismos para poder hacer frente a una situación peligrosa: la lucha/defensa, la huida o la disociación o parálisis (congelación en animales), su cuerpo se congela o paraliza, mientras que su mente se disocia o evade.

Mi prima desarrolló hasta tal punto esta neurosis, que incluso ella misma y a sí misma, se planteaba si había ocurrido de verdad.

Empezó a contarme cómo ocurrió todo, me indicó al inicio de la declaración que debía hacerlo con pelos y señales porque era parte del proceso de curación. Yo hice amago de protestar, no sabía si sería capaz de soportar tanto dolor y dureza, pero hice un paso atrás mental y me dije a mí misma que iba a escuchar un relato; ella lo había vivido en su propia piel, qué menos que aguantar lo que quisiera que tuviera que contarme.

Asentí, le apreté suavemente una de sus manos en demostración de todo mi apoyo y no dejé de mirarla un instante, mientras mi estómago se retorció de dolor y de pena, intentando aguantar el tipo por ella.

Empezó...

Era un martes, veinte de marzo, ella estaba en su casa, sola, como cada tarde. Sola, porque sus padres estaban divorciados hacía un tiempo, no mucho, es decir, que la familia aún estaba sensible hacia esta situación, dañada, superando un proceso muy duro para todos.

Sus padres se habían llevado mal desde siempre. Ella no recuerda una etapa en su infancia que fuera tranquila, agradable, divertida, amorosa.... Ninguna.

Desde que tenía uso de razón, sus padres se gritaban e insultaban; todo eran malas palabras, críticas, desplantes, humillaciones... No llegaron nunca a las manos, pero a veces duele menos eso que respirar tanto odio y frustración entre tus padres; los ídolos y el ejemplo a seguir por los hijos.

Finalmente se separaron, pero incluso la manera de hacerlo fue la menos apropiada. Los referentes y cimientos que los padres dejan en los hijos, a ellos les dejó en un sinsentido por la vida, sin ilusión por vivir, sin entender las reacciones humanas y sin poder digerir tal situación.

Se hizo sin avisar, sin informar, sin preguntar, sin palabras, ni abrazos, ni miradas de seguridad y complicidad, que todo niño busca al observar a sus padres, y buscar respuestas y entendimiento, cuando se está asustado o perdido.

En vez de eso, se encontraron abandonados por su propia madre a manos de su padre, que era

un pobre hombre, muy buena persona, honrada y trabajador, pero que no tenía una facilidad social para aplicar educación ni normas, atender y cuidar de sus dos propias hijas.

Por no saber, no sabía ni hacer un huevo frito; nunca había ido al supermercado, ni a la farmacia, ya no digamos a la escuela de las hijas a mantener reuniones con los tutores, ni a comprar pijamas, ni a la peluquería con las niñas.

No sabía qué hacer con sus dos hijas, que, aunque ya tenían una edad (quince y trece años), las dos se podían apañar por casa sin la ayuda de su padre (higiene, ropa, limpieza, compra...). Necesitaban más que nunca la referencia materna, porque su cuerpo estaba en pleno proceso de cambios, sus pensamientos iban por libre, empezaban a pertenecer a un mundo *semiadulto* del que formaban parte y no sabían cómo actuar. Tenían muchas dudas existenciales, preguntas, miedos... y nadie estaba ahí para resolverlos.

Fue un holocausto familiar duro, y eso lo sabíamos porque, como familia, muchos domingos nos juntábamos con mi tío y mis primas para intentar darles apoyo y compañía en tal proceso.

Mi prima me comentó, que ella, por aquel entonces, aún creía en Dios, rezaba por las noches para no despertar por la mañana. Ella no sabía qué sentido tenía su vida ni qué pintaba en ese mundo. Era unos pensamientos muy poco adecuados para una niña en plena adolescencia, asustada y enfadada con el mundo a partes iguales.

Su padre había caído en una profunda depresión, obsesionado con hacer regresar a su madre a cualquier precio; hubiera vendido el alma al diablo por recuperar a su mujer.

En ningún caso por amor, sino porque la situación lo desbordaba, no sabía vivir en el escenario que le habían dejado, le quedaba extremadamente grande liderar con ese entorno familiar y femenino.

Se encontraron solos y perdidos los tres, pero siguieron andando, aferrándose a las rutinas de cada uno; estudios, las niñas; trabajo, el padre, y pensando lo menos posible en su realidad.

Mi prima menor estaba en el colegio todo el día. Por las tardes tenía extraescolares cada día, y luego regresaba a casa, cerca de la hora de cenar; por entonces tenía trece años. El padre trabajaba todo el día. Ella se veía con su padre al mediodía, que comían en algún restaurante del barrio, mientras mi prima pequeña se quedaba en la escuela.

Esas rutinas representaban que, gran parte del día, las hijas, y por separado, estaban solas, sin control, ni seguimiento ni cuidado.

La menor era una chica muy reservada, tímida, que no había mostrado demasiado cómo le había afectado el divorcio de sus padres, y por lo que entendían, que siendo la más pequeña, no sabían si lo había aceptado, aunque les quedaba poco tiempo para observarse, ya tenían bastante cada uno con su pena, y lo intentaban llevar lo más dignamente posible.

Ella era más rebelde, inconformista y había abierto una guerra fría contra su madre a la que estuvo sin dirigirle la palabra nueve meses; y contra el mundo, la sociedad y su religión, se empezaba a plantear que si existía tal Dios cómo podían pasar desgracias. Ella se sentía muy desgraciada.

Una tarde, había llegado a casa, después de comer con su padre como cada día; él se había ido a sus quehaceres, y ella se había ido para casa a ver la novela, descansar un rato y esperar a que llegaran las cinco porque tenía hora en el dentista y llevaba quince mil pesetas, que su padre le había dado a mediodía para arreglarse una caries.

Llamaron al timbre, ella contestaba siempre, y abría la puerta a todo el mundo, era confiada, estaba aburrida y aún era demasiado joven para aprender que en el mundo hay gente mala, enferma y psicópata.

Abrió y se encontró con un señor de unos cuarenta y muchos años, de mediana estatura, con

barba y bigote que tapaba casi todo el rostro, y el pelo entre gris y blanquinoso. Llevaba unos pantalones de pana marrón y un jersey de lana azul marino, y asomaba por el cuello una camisa de cuadros de leñador en tonos azules y grises. Sus manos sujetaban una revista donde se veía en portada un jardín lleno de flores y plantas; mucho verde y rosado, era una bonita imagen.

Le dijo que vendía la subscripción de una revista de jardinería y que si estaba interesada en recibirla trimestralmente. Ella, sin intención, pero amable, le explicó que no le interesaba, ya que no tenían jardín.

Le preguntó por su madre, ella contestó que no vivía allí. Le preguntó por su padre, ella le contestó que llegaría por la noche, hacia las ocho y cuarto. Le preguntó por algún adulto o familiar y ella le dijo que estaba sola hasta esa hora.

Ahí estuvo, seguramente, uno de sus grandes errores; él supo que esa niña estaba sola para él.

Le pidió muy amablemente un vaso de agua, que hacía mucho calor y estaba casi deshidratado. Era primavera, una que jamás olvidaría.

Ella le dijo que sí, por supuesto; educada y servicial, le indicó que esperara en la entrada, pero no cerró la puerta a sus espaldas; otro gran error y otra ventana abierta a la entrada sin permiso en la cabeza del agresor.

Su casa era grande y tenía varios pasillos por los que pasar, cruzar el comedor, acceder a la cocina, entrar en ella hasta el fondo y poner agua en un vaso cualquiera. Cuando se giró, él hombre estaba allí, detrás de ella, muy cerca, podía olerlo. Se sobresaltó, no se lo esperaba y no tuvo tiempo de reacción. Quedó impresionada, pero ni mucho menos sospechaba lo que iba a suceder a continuación.

Él le pidió un papel y un bolígrafo para, dijo, apuntar la dirección y enviarles información.

Ella ni sospechó, ni le pasó por la cabeza que un comercial que va de casa en casa, precisamente vendiendo una publicación y un producto, no llevase ni papel ni bolígrafo.

Pero ella era una niña que aún no sabía nada de la vida, de la real, de la adulta, de la cruel, de la que duele entrando por las entrañas y sale por el cerebro, doliendo de explosión en lo más profundo.

Cuando él le devolvió la nota a ella, y ella la leyó, ponía:

«Esto es un atraco, como te muevas te mato».

Ahí, a ella, le empezaron a temblar las piernas, tuvo que sujetarse con el mármol de la cocina para no caer de rodillas al suelo y lo miraba aterrada, mientras le intentaba decir, muy flojito, porque la falta de aire le impedía que salieran las palabras; se ralentizaron los pensamientos, el corazón palpitaba muy fuerte, pero sus movimientos salían muy lentos, le costaba respirar, le faltaba aire, sus pulmones no le oxigenaban suficiente y empezaba a tener una ligera sensación de mareo. Todo y con eso consiguió decir:

—Yo no tengo dinero, aquí no hay dinero ni joyas, no tenemos nada, de verdad.

Aunque ella recordaba que llevaba quince mil pesetas en el bolsillo derecho de su pantalón Levi's negro. Intentó proteger lo que era suyo, no quiso darle el dinero que su padre le había entregado hacía menos de una hora.

Reflexión:

La vida tiene muy malas pasadas, es irónica y cruel. Hacía una hora esa niña estaba segura y protegida por su padre en un bar, lleno de desconocidos, y ahora esa misma niña estaba en su propia casa y más desprotegida que nunca.

Él le dijo que de acuerdo, pero que tenía que revisar la casa, y que ella debía entenderlo.

De repente, le preguntó:

—¿Y tú habitación?

Ella contestó en actitud de defensa:

—¿Para qué quieres ver mi habitación? No hay nada en ella.

Él le respondió de una manera pausada, tranquila.

Años más tarde y después de intentar ver la película El silencio de los corderos, de Anthony Hopkins (nunca más pudo ver ninguna película, serie, libro, ni oír ninguna historia que diera miedo, suspense o la hiciera sufrir de tal manera que su estómago se encogiera y su corazón palpitara rápido) La hacía transportar a la sensación que vivió aquel día y que nunca más quiso volver a sentir; intentando evitarlo durante toda su vida, a toda cosa. Y equilibrar su existencia hacia la huida del dolor; la cercanía al placer y el confort, y alejándose de todo lo que le provocará sufrimiento (amor, amistad, trabajo...) Nunca más quiso volver a sentir eso y, aún hoy, sigue huyendo de esa marcada e implantada sensación en su ADN, en su piel, en su cuerpo, en su estómago y en su alma..., para siempre.

La voz de psicópata, tranquila, pausada, intentándola convencer de que todo está bien e intentándole explicar cómo veía su mundo por el que él reacciona, porque es el único que sabe integrar en su enfermo cerebro, nunca olvidará esa voz.

Con esa voz le habló:

—Tienes que entender que debo protegerme, porque si no lo hago, cuando yo me vaya, tú llamaras a la policía y yo no puedo permitir que eso pase. No te preocupes, no te haré daño, solo te ataré de una mano para que tardes un poco en desatarte y yo pueda marcharme sin peligro. Si te portas bien, no te pasará nada.

Y ella lo creyó.

Pensó que tenía sentido lo que le decía y que era lógico que intentara protegerse un poco. Y lo acompañó a su habitación.

Él le pidió:

—¿Dónde tienes los calcetines y las medias?

A ella le había empezado a temblar de nuevo el cuerpo, pero contestó:

—¿Para qué quieres eso? ¿Qué me vas a hacer?

Él insistió en lo mismo y fue cogiendo calcetines y medias de su segundo cajón del armario, mientras ella lo observaba aterrada.

Aquel hombre era un desconocido, poco agraciado, mayor, un poco graso, que le resultaba repugnante, y estaba en su habitación; en su espacio, en su intimidad, tocando sus cosas y entrando en lo único que una niña de esa edad tiene, ropa, libros, muñecos...

Ella era muy niña todavía y seguía teniendo la habitación llena de peluches, porque aún entendía la vida en rosa cuando su mundo estaba a punto de convertirse en gris oscuro, muy oscuro.

Cuando él hubo tenido lo que creía necesitar, le hizo una última pregunta:

—¿Dónde está la habitación de tus padres?

Allí, ella empezó a llorar.

—¿Para qué quieres la habitación de mis padres? Por favor, vete. Te prometo que no diré nada. Vete.

No recuerda cómo llegó a la habitación de sus padres; tenían que cruzar un pasillo largo, pasar por el despacho de su padre, una habitación, seguir hasta al comedor y a continuación llegar a ese dormitorio con cama de matrimonio; donde seguramente sus padres la concibieron y donde le arrancaron su niñez, o lo que quedaba de ella.

Ella se sentó en una punta de la cama, en el cabezal, y sin que él se lo dijera puso las dos muñecas juntas para que la atara. Pero él solo le ató una mano, la izquierda. Le indicó que se

sentara centrada, bajo el cabezal, y ella lo hizo. Él dio la vuelta a la cama y le ató la otra mano. Ella se aterró, se vio absolutamente desprotegida, sus manos no podían abrazar su cuerpo en símbolo de protección, como cuando tenemos frío y nos abrazamos rozando nuestra piel, y eso nos calma.

Le tapó los ojos con un pañuelo que encontró en su habitación. Ella no gritaba, estaba tan aterrada que ni lloraba; lo miraba sonámbula, se miraba a sí misma, atada a la cama de sus padres, y le caían las lágrimas sin sentir.

Le puso una media dentro de la boca y se la cubrió con otro calcetín, eso le facilitaba la respiración porque la media enseguida se empapó de saliva y la dejaba poder mover la mandíbula.

Cuando ella sintió que él le tocaba las piernas y se las abría, empujando su cuerpo hacia abajo y centrándolo en medio de la cama, pensó que iba a morir.

Se empezó a decir a sí misma que eso le iba a doler, que intentara relajarse, que respirara poco a poco y que procurara concentrarse para no tensarse porque entonces dolería más.

Hacia poco había visto una película de Jodie Foster, donde ella iba a tomar unas cervezas a un bar lleno de tíos, y mientras jugaba al billar, iba bebiendo y vacilando un poco a los alcohólicos (enfermos) que había allí sueltos. De repente, los tíos se pusieron gallitos y mientras se hacían miradas de complicidad entre ellos, unos cuantos se la llevaron a otra sala de billar, y uno se quedó en la puerta para que nadie entrara. Otros cuantos la bloquearon y violaron brutalmente contra la mesa de billar, por delante y por detrás, casi sin dejarla respirar, mientras veía en sus miradas de poder y posesión hacia ella y ese orgullo que algunos hombres tienen cuando someten y humillan a las mujeres o a su inferiores o más débiles.

Él siguió atando su cuerpo, le abrió las piernas y se las ató al somier de la cama, dejándola abierta de manos y piernas a su capricho y a su antojo.

Ella tenía agudizado el oído, era el único sentido que le había dejado libre e intentaba adelantarse a los acontecimientos, a la espera de su final de vida.

De repente, desapareció de la habitación y ella se quedó sola, por un momento pensó que quizás se había ido, de verdad, para siempre, pero incluso, con su juventud, le extrañó verse tan desprotegida y atada solo para que él pudiera huir. Por supuesto no se había ido.

Volvió y empezó a notar como la tocaba, le desabrochó el pantalón, le bajo la cremallera y sintió algo metálico arañar su cuerpo, estaba absolutamente aterrorizada. Intuyó que eran unas tijeras de cocina cuando notó como le cortó por la mitad el tejano, las bragas, dejando su pubis, virgen y edulcorado para él.

Con el sujetador hizo lo mismo, lo cortó por la mitad, dejando su cuerpo aún infantil a su merced.

Empezó a tocarla, a flotarla, sin violencia, pero con fuerza; le abrió las piernas, le introdujo los dedos; le dolió, pero ella casi ni respiraba, procuraba moverse lo mínimo, para no molestar, para no importunarle y para que acabara cuanto antes.

El brazo izquierdo le tensaba y se movió un poco hacia ese lado. Con ese movimiento se clavó la hebilla del cinturón de su padre, que él había cogido de detrás de la puerta del dormitorio para atarle esa pierna.

No supo cómo él se percató de que se estaba clavando esa hebilla, pero le puso otro calcetín entre esta y la piel, de los que había por ahí tirados, porque había cogido varios y no los había utilizado todos.

Siguió acariciando sus pechos y chupándolos, mientras ella oía como se bajaba la cremallera del pantalón, porque él no se desnudó, y se hizo paso con los dedos torpes y dolorosos, para

introducir el pene en las partes más íntimas, intransferibles y sagradas de una mujer. Su sexo, su cuerpo, su vida.

No le dolió especialmente, le escoció; pero no sintió que el pene fuera muy grande ni muy duro; era como el de un niño sus primeras veces, empujaba y empujaba, pero ella no notaba dolor. Notaba un gran peso sobre su cuerpo, mucho calor, mal olor y mucha impotencia. Se sentía indigna, no podía moverse, no podía ver, le costaba respirar porque el peso de él le chafaba el cuerpo.

La volvió a penetrar una segunda vez, la escena fue la misma. De hecho, aunque ella aún no lo sabía, lo aprendería con los años, él no se corrió; su cuerpo no estaba manchado de semen, ni oyó el orgasmo en él.

Él se levantó.

Ella se asustó mucho cuando lo hizo porque estaba convencida de que después de abusar de ella, la mataría. Y se seguía diciendo: «Tranquila, ya queda poco, será rápido, ya pasará».

Se preguntaba cómo sería su muerte; si le dolería, si sería muy larga, si sufriría mucho, y esperaba a que sucediera con los oídos completamente atentos. Casi deseaba que llegara ese momento para dormir para siempre y acabar con aquella pesadilla.

Notó que cogía un objeto y se acercó a la parte izquierda de la mano y le cortó los calcetines. Ella empezó a moverla y la acercó a su cuerpo. No sabía qué hacer, seguía muy atenta a la espera. No le quitó ni la venda de los ojos ni de la boca, pero ella se quitó la de la boca, no podía más, necesitaba mover la boca, se le había quedado paralizada y no podía ni articular palabra.

Él le dijo:

—Como te has portado muy bien y has sido una buena chica, te desato de una mano para que después de que me haya marchado, un buen rato, eh. ¿Me has oído?

Ella asintió con la cabeza.

—Pasado un buen rato, te podrás desatar.

Ella se quedó inmóvil, no entendía nada. ¿Ya había pasado? ¿No estaba muerta? No le había dolido tanto para ser su primera vez. ¿Eso era una violación? ¿La acababa de violar un desconocido o había sido un sueño?

Esperó a oír la puerta de la calle, no esperó ni un segundo más, cogió las tijeras que él le había dejado en la mesita de noche de su padre y se desató toda. Vio su ropa rota, partida por la mitad sus bragas, sangre en las sábanas, calcetines tirados por la cama y el suelo. Se levantó de la cama, aún le temblaban las piernas, se sentía tan vulnerable y asustada, verse desnuda y medio cortada la hacía parecer un performance agresiva y vulgar.

Cogió las tijeras, las abrió y se las puso por encima del hombro, a la espera de cualquier sorpresa, preparada para atacar.

Seguramente si hubiera encontrado al agresor en aquel momento por la casa, le hubiera clavado las tijeras, sin pensar, como un acto de defensa y de terror; ya ni de rabia, aún no tenía esos sentimientos, llegarían mucho después.

Miró toda la casa, ahí no había nadie, iba encogida, no sabía qué hacer, ni lloraba, andaba por la casa sin pensar, la cabeza le dolía mucho, su cuerpo estaba muy débil.

Se fue al despacho de su padre y llamó a su mejor amigo, como hacía cada tarde cuando volvía de comer, pero no lo encontró. Llamó a otro buen amigo.

No supo por qué no llamó a la familia directamente, ni a una amiga. No sabe por qué llamó a ese amigo, pero lo hizo.

—Javi, ¿podrías llevarme al médico? Me acaban de violar

Su amigo dio un grito.

—¿Qué?! ¿Qué coño acabas de decir?

Ella repitió:

—Me acaban de violar en casa de mis padres.

Contestó:

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—En diez minutos estoy ahí. No te muevas, cariño, todo irá bien.

Al oír esas palabras dulces, estalló en llanto y colgó.

Al cabo de muy poco, su amigo llamó a la puerta y entró corriendo para abrazarla, mientras le decía palabras dulces y le besaba el pelo. Diciendo improprios y palabrotas sin parar.

Cuando se calmaron un poco, él le indicó que se vistiera porque tenían que ir a buscar a su padre, ir al hospital y a la policía.

Mientras ella se vestía, mirando a su alrededor porque hacía unos minutos su agresor estaba en esa habitación, y no podía imaginar cómo se quitaría esa imagen de la cabeza.

Su amigo hizo una revisión de la casa, supuso que iría a la habitación y era la sangre en la cama, los calcetines cortados... Nunca le dijo nada, pero sabía que aquello debía de haber sido muy duro para él; ver lo que le acababan de hacer a su amiga.

Fueron a buscar a su padre y mientras su amigo se lo explicaba, ella lloraba; un llanto perdido, cansado, con la mirada ausente, mirando por la ventana, no se atrevió a mirar a su padre a la cara, bajó su mirada y su padre ni se acercó a ella. No sabía hacerlo de otra manera. Soltó otros improprios por la boca y culpó a su madre por no haber estado en casa para impedirlo.

Eso a ella no la ayudó mucho. No sentir el apoyo, el abrazo, el beso de su padre, hizo que su llanto fuera parando. Empezó a entender que lo que acababa de sucederle no era tan importante ni grave. Le debería pasar a muchas chicas porque no espera esa reacción de su padre.

Ella seguía en la parte de atrás del coche de su amigo y su padre iba delante; fueron los tres al hospital. Le hicieron un reconocimiento médico. Vieron que *parecía* que había restos de semen, pero que el himen seguía *intacto*, no se había rasgado ni roto.

Así que, una vez más, cuando leyó el informe del hospital donde indicaba que la paciente, con sus características, exponía: «Dice haber sido violada», el mundo se le desmoronó. ¿Cómo podía ser que en el hospital tampoco vieran lo que le acababan de hacer? ¿De qué pesadilla estaba siendo partícipe?

Ella estaba muda, no hablaba con nadie; miraba por la ventana y observaba el mundo de afuera igual que el día anterior. Y ella se decía que su mundo había cambiado, que a ella la habían agredido, que se sentía muy mal, muy sola, muy triste y muy perdida y que nadie lo notaba ni nadie la ayudaba a sentirme mejor. Y que, incluso, los profesionales médicos dudaban de su vivencia, de sus explicaciones.

¿Qué le pasaba al mundo? ¿Qué le estaba pasando a ella? ¿Se estaría volviendo loca?

Fueron a la policía, allí la hicieron a hablar y siendo hombres y estando sola en una habitación donde un inspector de policía muy amable, que le dio una tarjeta personal por si recordaba más cosas o necesitaba ayuda, le hablaba con dulzura, paciencia y sin ápice de desconfianza. Ella empezó a contar lo que había pasado, el inspector la escuchaba y le iba preguntando.

—¿Y qué más? ¿Y luego? ¿Cuánto rato ha pasado? ¿Lo habías visto alguna vez? ¿Lo conocías?

Otro policía iba escribiendo toda su declaración.

Después, junto a los policías, su padre y su amigo la llevaron a casa para que contara otra vez, en el lugar, como había sido.

No cogieron muestras de ADN, no se llevaron las sábanas, ni las tijeras. El agresor no llevaba

guantes y ella lo contó.

A igual que en el hospital, que tampoco analizaron las muestras de semen, notó que aquellas personas no la iban a ayudar, no la iban a proteger, nadie iba a hacer nada por ella.

Pasó la tarde, se hizo de noche y llegó la hermana mayor del colegio, cuando se encontró a su padre muy alterado, parecía enfadado. Ella se había ido a su habitación en la cama, a estirarse, no entendía nada. No imaginaba que la vida fuera tan cruel. Le dolía la barriga, la cabeza, no podía pensar y se sentía mal.

Su hermana pequeña entró en la habitación, y muy suave y dulce, se acercó a ella llorando, para abrazarla y decirle que lo sentía mucho, que pobrecita, que no se preocupara de nada, que todo saldría bien, que pondrían un perro vigilante en casa, cambiarían la puerta de casa y la pondrían de alta seguridad, que no la dejarían sola, que todo iba a ir bien.

Ella tuvo que hacerse la fuerte, porque era la hermana mayor, no se podía desmoronar antes su hermana pequeña.

Aunque nada de eso ocurrió.

Se convirtió en un tema tabú, nada más pasó. Nunca más volvieron a hablar del tema, nadie se atrevía hablar y se hizo ver que no había ocurrido.

¿Disimular es la mejor opción?

Ella se sintió abandonada, nadie la cuidó, nadie la protegió. A partir de entonces, y después de aquel suceso, entendió que nunca debía confiar en nadie, que nadie la salvaría y que debía hacerse fuerte y valerse por sí misma porque si no quedaba desprotegida ante la vida, ante los hombres, ante el mundo.

Se hizo mayor aquel día y para siempre. Perdió su niñez, su inocencia, su ingenuidad. Nunca podría volver a mirar a los hombres de igual manera. Esa especie la había herido, dañado, rasgado, y lo peor..., para siempre.

Estados de ánimo dañinos

Hacía tiempo que no me encontraba muy bien de ánimos, estaba apática, tristonera, desganada, sin ganas de hacer nada más que dormir, y me estaba empezando a preguntar si no estaría entrando en una depresión. ¿No dicen que todos pasamos alguna a lo largo de nuestras vidas? Pues a mí me debía de tocar ahora.

Llevaba semanas, mejor dicho, meses que no me encontraba bien de salud. Estaba dolorida, no tenía fuerzas, en mí habitaban varios dolores. Mi cuerpo no parecía el mío, no me lo reconocía. Vivía con un ser dentro de mí, con el que no me hablaba, con lo cual no íbamos a una. Ese chasis que llevamos encima, no me tiraba, no avanzaba, iba a paso lento por la vida y no es una metáfora. Me había quedado sin energía, me cansaba por nada, me ahogaba al andar, incluso al hablar.

Mi estado de ánimo era superficial, iba con la máscara puesta ante el mundo, para que nadie detectara cómo me sentía de mal, cómo tenía que seguir con todo, aún llena de dolor físico, y cuánto sufría por dentro, porque acababa entrando en una inestabilidad emocional de difícil reparación y mucha carga de estrés.

Cuando sonaba el despertador, aunque no me costaba levantarme por el sueño, deseaba volver a mi cama, contaba las horas que me quedaban para volver a mi casa, cuando ya estuviera todo hecho; cuando mis obligaciones y quehaceres domésticos como madre, novia, amiga se hubieran terminado y poder dormir.

Lo único que me mantenía en pie era mi trabajo; ir allí, donde nadie sabía nada de mi sufrimiento, era mi tabla de salvación. Tenía que poner buena cara, intentar estar de buen humor, ser sociable, incluso simpática, y hacer ver que todo iba de maravilla.

Mi trabajo me gustaba, me divertía, y tenía la grandísima suerte de que podía organizarme y hacer bajo mi criterio; eso me daba una libertad que me hacía disfrutar y entregarme al máximo. Ese voto de confianza, aparte de agradecerlo hasta el infinito, me obligaba a estar atenta para no fallar a la empresa, para no perder esa metodología de trabajo y reorganización que me apasionaba y que me funcionaba, así que me dejaba los cuernos en ella.

Además de que las normas, las ordenes y trabajar con presión o a contra reloj, me bloqueaba sobre manera, y entonces lo hacía todo mal. Nunca me pude acostumbrar, soy demasiado independiente incluso para trabajar.

Eso hacía que todos los días, las semanas, los meses volasen entre mi teclado, mi pantalla de PC y mis teléfonos, fijo y móvil. Siempre hacía la broma de que me pasaba la vida, de que no me enteraba de estar viviéndola, y mi tren ya había ido. Pero es que a veces lo sentía así, me pasaba todo demasiado rápido.

Aunque, en esos momentos, esa sensación era un buen analgésico, necesario y tranquilizador, que me parecía un regalo de los dioses. El trabajo y mi hija me hacían estar con los pies en la tierra para no enloquecer.

No comprendía cómo me podía levantar con esas ganas de llorar, de arrinconarme si pudiera en la cama, y dormir, dormir días, dormir semanas, incluso años. No entendía cómo no se iba esa desazón que llevaba encima como una losa, día y noche, y hasta en los malos sueños, que me

presionaba el pecho, el estómago y las mandíbulas, y a veces no me dejaba respirar.

Los sueños te desconectan de la realidad, si tienes la suerte de no tener malos sueños, que es mi caso. Tengo sueños extraños, en lugares desconocidos, pero casi siempre con personas que conozco, con caras que reconozco y que acostumbran a tener el mismo personaje, aunque en diferentes lugares, etapas y situaciones, todas ellas, o muchas, surrealistas.

He soñado con mi padre muchas veces, incluso de joven; es decir, cuando yo era una niña. Pues él de joven y yo de adulta..., qué raro, ¿no?

Dicen que todos los sueños tienen un significado, y que en todos hay algún mensaje para nosotros, pero ¿cómo vamos a saberlos?

Hacia años que me interesaba por este tema. Me compré varios libros sobre la interpretación de sueños, leí bastante, indagué un poco, escuché alguna entrevista y documental sobre el tema, en mi línea de CSI, y descubrí, para mi desazón, que se pueden interpretar de diversas maneras, y que un mismo símbolo estaba representado en diferentes formatos y con distintos significados.

Quizás es que no está muy estudiado todavía, pero yo me decepcioné un poco de no saber con exactitud qué me querían decir mis sueños.

A veces, cuando despierto de un sueño, o cuando este sueño me ha acompañado casi hasta la hora de levantarme, lo recuerdo. Ha de ser muy cerca de ese proceso, si no, normalmente, no lo recuerdo. Pero cuando eso sucede, si me gusta el sueño y vuelvo a cerrar los ojos para seguir en él unos minutos más, aunque nunca lo consigo, la sensación de paz, de desconexión, de esto no va conmigo, aunque sea mío, me hace sentir bien, relajada y fuera de mí.

Y aunque, en aquel momento, que no me estaba sintiendo demasiado bien, me gustaba esa sensación de ser una espectadora de mí, aunque solo fuera de mis sueños. Y me gustaría poder tener el control y la capacidad de introducirme en ese estado de burbuja cuando necesito aislarme del mundo, de la vida y de las responsabilidades; y lo que más pesaba de todas y todas y todas esas obligaciones que llevamos encima, y que no disminuyen, vamos aumentándolas y sumando más y más, y a veces necesito parar, no tenerlas. De momento tengo mis sueños.

No sé por qué me sentía así. ¿Qué me había llevado hasta allí? ¿Qué me quería hacer entender la vida? ¿Qué debía aprender de todo aquello?

No entendía por qué todos los fantasmas estaban despertando de golpe y de nuevo. Algunos estaban dormidos, yo era consciente de ello, pero otros estaban enterrados, muertos ya. ¿Qué coño me querían decir entonces? ¿Qué algo más me van a enseñar? Si ya me han dañado el alma en vida, varias veces. ¿Ahora más?

La buena conciencia es la que nos permite dormir

¡El karma vendrá a por mí, seguro!

Entre otras muchas cosas buenas que tienen las terapias, sin duda, una de ellas es que todo queda expuesto. Y en la nuestra, *of course*, también. La conclusión fue que era importante dedicarnos tiempo, en pareja y en individual. Salir, divertirnos, juntos y separados.

A mí me faltó tiempo. Llamé a una amiga, que siempre está dispuesta a darse unos *dancings*, y le propuse salir a ese menester. Yo hacía meses que no pisaba un local de copas.

Así que para allá que nos fuimos, con dos amigas más que se apuntaron al carro rápidamente; y he de decir que o estoy muy fuera de órbita o el mundo ha cambiado demasiado, y para mal. Mi experiencia fue religiosa.

¡A por los *pagafantas*!

Oí que decía una de las chicas, y las otras tres la seguimos; unas, porque ya sabían de qué iba el tema, y otras, como yo, por curiosidad y por seguir al rebaño. Aunque lo entendí de inmediato.

Porque digo yo:

Mujeres divinas, fémimas de bandera, que podríais acceder a cualquier tipo de perfil de hombre, porque ya sabemos en lo primero que se fijan los tíos y porque, con esas caras y esos cuerpazos, tenéis una parte del camino abierto (una gran parte) y, además, de acceso directo. Por ser simplemente, o compuestamente, guapas, *bellezones*.

¿Por qué coño os menospreciáis de esa manera a vosotras mismas y os valoráis tan poquito?

No solo aceptando, sino buscando, a hombres, no a personas; a hombres que os paguen las copas. Si fuera porque os regalaran un piso en Paseo de Gracia o la Avenida Pearson, que tampoco, pero ¿por un asqueroso cubata?

En fin, os voy a contar, a ver si algunas, que sé que es una práctica extendida, leyéndolo, tomamos conciencia de cómo se puede ver desde fuera, aun siendo del mismo sexo, y dejamos de hacer el ridículo, que esa actitud no ayuda a que nos respeten.

REFLEXIÓN:

Si nosotras mismas no nos respetamos ni nos hacemos valer. ¿Esperamos, de verdad, que los demás (hombres) lo hagan?

Si vendemos nuestro cuerpo tan barato, comprarán nuestro cuerpo a precio de saldo. ¿No lo veis?

Porque digo yo, que tan místicas nos volvemos a veces cuando lo necesitamos, cuando no entendemos por qué la vida no nos trata bien, o cómo queríamos ser tratadas, cuando no tenemos suerte en el amor, en el trabajo o/y con la familia y amigos. Cuando hay momentos en que todo se desvanece bajo nuestros pies, y cuando a veces, incluso nos cuesta levantarnos de la cama, porque la época que llevamos... Joder, no damos pie con bola.

Y yo me pregunto: ¿Será el Karma? Que nos castiga por no hacer las cosas bien...

Exigimos y esperamos que nos quieran, nos respeten, nos acepten. Que nos cuiden, y a ser posible con todo el confort, que siempre ayuda a escenografías agradables y maravillosas. Y nosotras, ¿qué aportamos a cambio? ¿Qué imagen vendemos? ¿Nuestro cuerpo? Es broma, ¿no?

Señoras, estamos en el siglo XXI; follamos hace mucho tiempo ya por placer, no utilizamos

nuestro cuerpo como moneda de cambio. Nosotras decidimos sobre nuestro cuerpo, no ellos.

¿Os acordáis del eslogan?: ¡Nosotras parimos, nosotras decidimos!

Al final, la vida es un todo; es un escaparate de intercambio de intereses. Tú me das y yo te doy, en igualdad de condiciones. Yo te regalo amor, y confío y espero tu amor a cambio, no tu cartera.

Con el trabajo hacemos lo mismo: Accedo al mejor puesto que puedo, espero que me paguen el máximo (y nunca es suficiente); nos montamos la vida según nuestros ingresos y muchas veces por encima de estos y tiramos de Visa. Así van las tarjetas de crédito, los préstamos personales, el pagar las cosas necesarias y no tanto a plazo (coches, muebles, viajes...).

Con los amigos: Te escojo porque me caes bien, me divierto contigo, coincidimos en gustos y valores, a veces incluso en política, en ideales, música... Se van tejiendo más y más complicidades, y si además entendemos la vida o la queremos vivir de una manera similar, pues ya es la bomba. Ya que podremos compartir muchos momentos juntos, viviendo las mismas historias y experiencias y construyendo un baúl de recuerdos hacia nuestra propia evolución, nuestra madurez, en definitiva, de nuestra vida.

Con la familia: Este ya es otro cantar, ni se escoge ni se decide. Por algo será, y de donde debemos y aprendemos más, aunque duela.

Que me voy de tema.... Estábamos en la *pagafantas*.

Las compras Fantas

... que luego no tiene *ni chicha ni limoná*, ni colorante ni sabor, ni espuma ni burbuja... Y aunque soy muy crítica con *venderse* en general, dicen que todos tenemos un precio. Pero ¿no es más bonito el precio del amor? De los sentimientos, de la ilusión de empezar un camino juntos, un proyecto en común, construir una familia, crear un hogar. ¡Llámame cursi!

Y te enamoras como una idiota, y te lo crees todo y apuestas, y te lanzas. Las cosas con el tiempo se van poniendo en su sitio, la confianza, la convivencia, la familia, hace que todos cambiemos para bien.

Resulta que hay cosas, muy, muy importantes como es el hacer equipo en pareja, el estar a la altura de las circunstancias cuando lo requiere. Aunque cada uno tenga su propia identidad, solo faltaría.

Lo de las medias naranjas, son medias mierdas, ni mandarina, ni pomelo ni melón. **Yo busco un limón dulce y me lo quedo como animal de compañía.** Que tú eres tú y yo soy yo, y no hagamos juegos absurdos de palabras, ni mamoneos varios, que luego nos liamos.

Que yo te amo, apuesto y avanzo contigo, pero no esperes ni intentes que pierda mi esencia ni nos volvamos idiotas, porque entonces querrá decir que no es amor del bueno. No me interesa, gracias.

Que luego te sale rana, y cuántas amigas he visto desesperadas, perdidas, aturdidas, asustadas, de salir a la calle sin *su* hombre, cuando la relación se va a tomar por culo, da igual el porqué; pero se quedan desnudas, sin amigas, ni han salido de su cascarón marital. De repente, salen al mundo después de diez, quince, veinte años encerrada en su castillo, construyendo la hostia de familia. Que a estas alturas nos veamos así, no tiene desperdicio.

Me llama el otro día una amiga, para hablarme de otra, por supuesto, y como es muy habitual, pasamos de un tema a otro con una facilidad que da pasmo. Y como se supone que no estábamos hablando de nosotras, sino de otras, que es más divertido, teníamos las banderas bajadas, estábamos relajadas.

Una cosa nos llevó a la otra, me acabó rajando de su marido. Ni novio, ni rollo, ni hostias. Su puto marido; casados y con hijos. Más de doce años juntos, hijos de otros matrimonios (cada uno

llevaba una buena mochila), e hijos en común, son muy *hippies*. Que yo pensaba que justamente por esa regla de tres, los progres no valoraban tanto el dinero, ni lo superficial.

Sí, sí, cuando se trata de tocar tu bolsillo, no el común y el de otros, los *hippies* se cambian la peluca y la camisa con solapas largas y se lanzan a tu yugular si les tocas su dinerito. Ay, cuánta hipocresía, por Dios.

Resulta que ella, mi amiga, es una buscavidas, que tanto se va al campo a cortar leña, como te hace de guía turística, como te monta una coreografía, como te tira las cartas, como fabrica champús y jabones en casa, como aprende a coser y hace ropa que vende en mercadillos. Lo que ha sido de toda la vida del Señor una auténtica heroína, que saca fuerzas y creatividad de debajo de las piedras, y a sus hijos no les falta ni plato en la mesa, ni bambas para variar, ni extraescolares pagadas. Que si se ha de ir, se va, y mariconadas las justas.

Y me suelta, sin darse cuenta, lo sé. No por no confiar, sino porque las mujeres de carácter y cojones cuando algo no nos cuadra, pero somos conscientes que nos lo estamos comiendo con patatas, es mejor no verbalizarlo, porque entonces salen los huevos a pares y lo enviamos a todo, y a todos, proyecto incluido (hijos no, nunca sin ellos), a tomar por el culo. Y como decía un amigo de la infancia (Javi), con una caña rajada. Que eso ha de doler más.

Y como os decía, que me envalentono y me salen las víboras por la boca, me suelta que él cada mes le da un sobre con dinero (para que ella pague y administre todo), para eso sí que debe de ser buena, para encargarse absolutamente de todo; casa, cinco niños, extraescolares, médicos, trabajo de ella, cocina, limpieza, y si se terciá, follamos un poco que vengo hoy con ganas de fiesta, churri.

La madre que lo parió. Que él le da (no sé si es una cantidad pactada, aunque no me lo pareció) lo que considera y ella lo coge como si fuera su puta.

Y cuando le hice un par de preguntas y solté algún impropio por la boca, se empezó a animar y empezó a soltar. Como ahora están un poco en crisis, el sobre brilla por su ausencia, y lo suelta menos.

En resumen, como ella quiere follar menos, él está menos contento y satisfecho. Y aunque ella tenga los mismos gastos familiares y filiales, tiene que hacer manos y mangas para llegar a todo.

Y no se queja. ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ?

¿Por qué aceptamos esto? ¿Por qué? Nosotras mismas nos desmerecemos, como si aceptáramos que valemos menos y nos merecemos menos. ¿Por qué? Que eso afecta a la autoestima, a la armonía familiar, a la intimidad y en consecuencia a la comunicación y al sexo. Pero eso él ni lo ve ni le importa. O te portas bien o no aumenta el sobre...

Total, que ella estaba bastante harta de eso y al yo decirle mi humilde, pero clara clarinete, opinión de lo que pienso al respecto, aún peor. Y no sé cómo acabará el tema.

Para mí está tan mal una cosa como la otra, resumiendo el capítulo.

Las mujeres que ponen precio a su compañía, si no se habla claro y se pacta el precio, no está bien, porque se está engañando al personal. Y da igual si el personal es pura escoria. Al final, tenemos que dormir con nuestra conciencia cada día, con nosotras mismas. A mí lo que hagan los demás me la trae al paio, pero saber y actuar con alevosía y reírte en su cara es feo, por no decir otra cosa.

En los hombres: ¡Que es tu mujer, mamón! La madre de alguno de tus hijos, que a su vez, hace de madre de todos los demás. Que se ha de ser capullo para ponerle precio económico, con sobre que aún ofende más, tipo jornal de fábrica, para hacer esto.

Los hombres que castigan a las mujeres, quitándoles lo que ellos saben que ellas necesitan, y ni mucho menos ellas lo utilizan para ir a hacerse un tratamiento de belleza, sino que la mayoría de

las veces es para tirar adelante la estructura familiar mensual, es de rastrero, poco hombre y poco merecedor de título de marido y hasta pongo en duda la de padre.

Porque esto es un poco como los hombres (la gran mayoría, por desgracia, son ellos) que putean a sus exmujeres cuando se divorcian (por muy víboras que sean ellas); ese dinero es para el bienestar y sustento de tus hijos, idiota del culo. Qué más da si ella se gasta treinta euros de más un mes; seguro que con la manutención que pasáis la mayoría, que aún no tiene la compartida, no llega ni para la mitad de lo que de verdad gasta un hijo. Y lo sabes.

Es una lucha de poder, de intereses y de egoísmo humano que sobrepasa mi entendimiento, pero que está a la orden del día.

Cuánto camino nos queda por hacer y qué poco parece que hayamos recorrido.

Cualquier lugar que pueda parecer el fin puede ser el principio

Terapia – Fase 2

¿Quién me iba a decir a mí que una terapia de pareja funcionaría tan bien? Nos involucraríamos tanto, veríamos resultados tan rápidamente, nos acercaríamos, solucionaríamos los problemas que fuéramos exponiendo, nos ayudaríamos a entendernos mejor, a comunicarnos *muuucho* mejor, a mirarnos diferente, a empatizar, a crear, a confiar, a remover, a descubrir, a sorprendernos.

Cuánto daño hace el cerebro y las películas que nosotros mismos, y nadie más que nosotros, nos creemos, nos montamos y nos convencemos. Además, luego las verbalizamos a nuestro entorno íntimo, y ahí ya lo masificas y lo conviertes en real del todo.

Mientras está en tu cabeza, te preocupa, te ocupa mucho tiempo de pensar, te resta energía, te entran toda clase de paranoias, entras en neurosis personalizada. Ahora bien, cuando se lo explicas a tu amiga, ya no hay marcha atrás. Ya entra por la puerta grande el elefante en una cacharrería y empieza la paranoia comunitaria; la casa del gran hermano del enfado, discusión, disgusto con tu pareja. Ya no eres tú y tu pareja, ya es de más personas, ya es de todas. Ha pasado de ser privado a ser público. No de uso, pero sí de conocimiento.

Y aquí, dependerá a qué amiga se lo has contado, que listas somos un rato. Dependiendo de la situación, se lo contamos a quien sabemos que nos responderá lo que nos interesa oír.

O se lo contamos a la mejor amiga, que te acompañará, consolará y te calmará, cuando te conviertas en la niña del exorcista, porque te conviertes en eso y mucho más. Dónde va a parar. Una aficionada la niña del camisón blanco, atada a la cama y gritando como una loca, a tu lado. No te han visto a ti en plena efervescencia de cabreo monumental. El director de esa película no se cruzó contigo hace treinta años, si no otro gallo hubiera cantado.

Como os decía, no hubiera pensado ni en mis mejores sueños, y creyendo como siempre he creído en la psicología y sus diferentes ramas y caminos, que nos podría acercar, unir, centrar, enfocar, compenetrar a una pareja como lo estaba haciendo.

Cuando hay ganas de solucionar las cosas, pones toda la carne en el asador, ya no tienes nada que perder. De hecho, cuando te acercas a una terapia de pareja, la cosa está en sus finales.

No es una costumbre, ni un hábito en nuestro país a diferencia, como siempre, de otros países (Estados Unidos y norte de Europa) que nacen con un terapeuta bajo el brazo, y durante toda su vida van con uno a cuestas, como rutina de gimnasio mental. Que es lo que debería ser aquí, lo que ayudaría a nuestra psique; a calmarla, a energizarla, a ponerla en forma, a mejorar sus actitudes, a moldearla, a comprenderte a ti y a los que te rodean.

Creo que sería más interesante cuidar de nuestra mente primero, y no tanto nuestro cuerpo y lo que llega a los demás; una vez más, vendiéndonos hacia afuera.

Antes de entrar en quirófanos varios, deberíamos sanar nuestra psique. Quizás no tendríamos tantos complejos, ni veríamos tantos defectos, o neurosis, en nuestra belleza externa y personal.

Como dijo una vez (seguramente en más de una ocasión), una actriz y cantante que admiro por su arte y por lo que dijo: «Mi nariz es mi personalidad, me encanta mi nariz y no pienso hacer nada con ella más que amarla». Bárbara Streisand.

Ser honesto con uno mismo, aceptarse a uno mismo, respetarse y quererse es el talón de Aquiles de la gran mayoría de humanos. ¿Quizás más de las mujeres? Somos muy duras son nosotras mismas, no tenemos piedad.

¿No os fijáis más en las mujeres que en los hombres? Yo infinitamente más. Me gusta ver cómo visten, cómo se peinan, cuáles son los gestos que las hacen bellas ante el mundo.

Para mí la mujer tiene más registros que el hombre, empezando por que es más compleja, y eso ya la hace más completa. No es ni un piropo a las féminas ni un menosprecio a los hombres.

De una misma situación, el hombre acostumbra a ser más práctico y hace lo que le interesa. La mujer es más sensible, empática, se preocupa, analiza, se pregunta; puede incluso hacer un estudio de mercado en si ponerse medias con ese vestido, qué tipos de medias, y valora la posibilidad de si no tiene claro lo de las medias, puede cambiar todo el vestuario de arriba abajo. Porque las dudas que le acechan con las medias no podrían permitir ser el hazmerreír de la fiesta o estar incomoda durante las horas que durará el evento.

En resumen: el hombre aprovecha el traje de hace años, aun no abrochándole el pantalón; misma camisa, mismos zapatos, quizás hasta calzoncillos, pero cambia una cosa: la corbata. ¡Y ya tiene modelo nuevo!

¿No es una putada para nosotras? (vestido, zapatos, bolso, pendientes, anillos, peinado, perfume, ropa interior, peluquería...). ¿Por qué tenemos tantísimo trabajo para todo? ¿O somos nosotras las culpables? ¿Sociedad o la dureza personal con nosotras mismas?

Como os decía, los terapeutas ayudan a eso y a mucho más; ayudan a enfocar los puntos que como profesional ve, y nosotros no. De la misma situación, los participantes la ven y la viven muy distinta.

Comentándola abiertamente, tomamos conciencia de lo que difiere en nuestros sentimientos, lo interpretamos y lo vivimos, y sobre todo de cómo lo gestionamos, ya que a veces herimos al prójimo sin tan solo haberlo pensado, ni ser la intención. Eso, además de crear más confusión entre la pareja, la aleja. La función del terapeuta es concienciarnos y abrirnos los ojos a los enfoques del otro para comprenderlo y entender sus reacciones.

Cuando amamos, no queremos hacer daño al prójimo, pero, sin querer, se lo hacemos. Con la terapia podemos vislumbrar eso y es maravilloso; nos acerca y nos une.

Porque siempre nos quejamos dentro, y durante las relaciones de pareja, que debemos actuar, que las palabras se las lleva el viento y que debemos gestionar, movernos y hacer para que la pareja avance, la relación vaya hacia algún lugar y tenga una brújula dirigida hacia alguna parte y, con ella, que los miembros evolucionen conjuntamente.

Pero...

La función de la terapeuta (sabiendo la misma historia, pero escuchada sin implicación, desde la distancia y sin sentimiento) es que los dos participantes entiendan lo que cada uno expresa, siente, reclama... Porque en una relación, de un mismo tema o situación, cada uno lo ve de manera tan distinta.

Ahí entran los valores, principios, deseos, impresiones, metas, ilusiones de cada uno...; la psique de cada uno es distinta porque han tenido vidas en diferentes entornos, con diferentes familias, en casas diversas, hermanos, mascotas, vacaciones, comidas, culturas, religiones. Educacionalmente cada uno viene de su mundo y tiene orientado su cerebro según lo que ha vivido en su pasado, infancia, adolescencia...

Sentimos diferente.

La finalidad de la terapia es enfrentarnos positiva, constructiva y transparentemente al cómo te sientes, qué esperas del otro, qué te ha dolido tanto. Ya que esperas que te comprenda e intentas

explicarle qué te gustaría que se modificara, o qué nunca, jamás de los jamases, se volviera a reproducir. Y todo eso de la manera más amable, asertiva y afable posible.

Somos humanos, muy imperfectos. Una ayuda externa a nosotros mismos nos viene de maravilla.

Además, es importantísimo, al menos yo lo he detectado en mí. Cuando me pasa alguna cosa que me altera o enfada de mi pareja y se la explico a una amiga, lo hago con todo lujo de detalles, con palabrotas si hace falta, cagándome verbalmente en mi pareja y en toda su familia, sin tapujos, ni filtros y te quedas bien y desahogada. Pero ya lo has convertido en realidad y eso es justamente lo que sientes ante una situación que te asusta o enfada.

A la terapeuta, puedes acercarte mucho a la manera como se lo cuentas a tu amiga, si eres honesta. Pero a tu pareja, no le hablas igual. ¿Por qué?

Gran pregunta que llevo formulándome más de veinte años. ¿Por qué no somos igual con la pareja que con las amigas? ¿O sí? ¿Lo sois? Yo creo que muchas personas no.

Para muchas personas, la pareja es una tarea más en la vida. Como la máscara de trabajador en tu oficina, o de madre con tus hijos, o de hija con tus padres, o de hermana con tus hermanos o de esposa con tu marido.

Pero con las amigas somos otra cosa. ¿No lo sois? Somos nosotras mismas con toda nuestra esencia, al completo, sin tapujos. ¿Lo sois?

La terapeuta tiene la información sin implicación, puede detectar el problema mucho antes que nosotros, y tiene las herramientas, que, aunque siendo adultos y llevando una vida de gran responsabilidad, no adquirimos. En cuanto aparecen las emociones y los sentimientos ya es otro cantar, nos perdemos.

Nos va ayudando *in situ*, en un cara a cara, interrumpiéndonos, derivándonos, guiándonos, hacia donde nosotros intentamos una y otra vez alejarnos, porque duele y asusta. Y ella con dulzura y mucha comprensión nos acerca a la entrada del huracán y nos frena allí, ofreciéndonos varias herramientas para solucionar lo que durante meses, incluso años, hemos sido incapaces de hacer por nosotros mismos porque hay mucho sentimiento.

Es magia pura. Gracias Brigitte. Un placer, un honor y un privilegio haber caído en tus manos.

Quién me iba a decir a mí que con cuarenta y cinco años me vería de nuevo haciendo terapia y, además, desnudando mi yo interior delante del hombre con el que quiero envejecer. Magia Pura. Gracias.

Verano Doloroso – Marrón Oscuro

Dolores varios

L

Levaba una temporada que me sentía muy cansada, mi mente estaba activa, pero mi cuerpo se había desactivado. Madrugaba mucho, trabajaba, tenía a mi hija que, todo junto, me absorbían entera.

Seguía sin encontrarme bien. Ya hacía cerca de un año que siempre tenía algún dolor; cuando no era la espalda, eran los ovarios, cuando no la cabeza, cuando no las articulaciones, cuando no el pie operado. Llevaba unos meses que era la farmacéutica andante y mi organismo estaba lleno de toxinas.

Era curioso porque otros años, de hecho, casi toda mi vida, cogía las dos gripes anuales, cerca de las vacaciones; era así de mona y oportuna. A la que bajaba la guardia o ya estaba muy en las últimas porque las vacaciones estaban a punto de llegar y el cuerpo-mente, que es sabio y lo sabe todo, hacía como una bajada de defensas y anginas-gripazo al canto.

En mi caso, que no soy una mujer sencilla y nunca me ha gustado pasar desapercibida, cogía las anginas del siglo; de las que el antibiótico ni reaccionaba en mi cuerpo y me tenían que recetar penicilina, y a veces a tratamientos posteriores de bronquios y flora intestinal. Me dejaban vendida durante unas semanas y hasta la próxima.

El problema vino cuando desde hacía un año ni cogía anginas, ni fiebre, ni gripe. Por un lado, estaba súper feliz porque eso significaba que mis defensas no estaban bajo mínimos y me mantenía a raya y en su sitio. Aunque yo no sabía que el cuerpo es mucho más sabio de lo que pensamos y, si no paramos cuando nos reproduce una enfermedad, el mismo cuerpo nos hará parar de otra manera, encontrará la forma de que lo escuchamos.

Hacía unos meses que los ovarios y la espalda (lumbalgia-ciática) me tenían crucificada, y todo el día dopada.

Me pasaba semanas enteras sin poder ir al *gym* y cuando iba, como me animara un poco, me salía una contractura y me pasaba las semanas entre antiinflamatorios y fisioterapeuta.

Esta situación me estaba llevando a sentirme muy desanimada, mi cuerpo no tiraba, mi mente no me acompañaba, no tenía fuerzas ni físicas ni mentales para hacer casi nada que no fuera mis obligaciones. Solo tenía energía para trabajar y hacer de madre, no me quedaban restos para nada más y eso me entristecía a la par que me preocupaba.

En el trabajo procuraba que no lo supiesen y no faltaba nunca mientras me pudiera levantar de la cama. Seguía con las drogas y mi cuerpo empezaba a inflarse y a deteriorarse; alguna cosa no iba bien y debía ponerle remedio.

Antes de dar el salto prepara el trampolín

Dietas Varias

S

in darme cuenta, ni tan solo queriéndolo, poco a poco me fui introduciendo en el gran mundo de la alimentación moderna (vegetariana, vegana, cetogénica...)

¿Por qué? Buena pregunta. Porque nos dejamos influir por todo, porque nos creamos necesidades; porque si ella lo hace, yo también. Porque nos lo creemos todo y la publicidad tiene mucho que ver en el proceso del engaño.

Ahora en vez de presentarnos, tipo:

—Hola, ¿qué tal? Me llamo Olivia. ¿Tú quién eres? ¿A qué te dedicas?

Las presentaciones, dentro de poco, van a ser:

—Hola, me pusieron el nombre de Olivia, mis padres, yo no lo escogí, cuando he conectado con mi ser interior y mi alma auténtica, me he convertido en lo que ves, aunque no me reconozca con mi nombre y ahora me llame Anjali o Anisha (también está de moda cambiarse el nombre por alguno místico).

»Esta es mi esencia y mi manera de comportarme, de relacionarme y de subsistir en este mundo cruel e imperfecto al que maltratamos y se nos rebelará.

»Por eso, me alimento con una dieta cetogénica, con tres ayunos íntegros al año, practico meditación diariamente, tres veces por semana hago yoga, cursos de cómo hornear pan, hacer salsas, tocar los cuencos y hacer el pino en el aire.

Que digo yo que se nos está yendo un poco de madre el tema.

No me queda tiempo para nada más, como para leer artículos, acudir a charlas, apuntarme a retiros espirituales, mientras sigo las recetas diarias de varias *instagramers*, y pasarme los domingos intentando hacer todas las comidas para guardarlas en *tuppers* para la semana.

Como no había suficiente presión y tensión en el ambiente, y el mundo ya no era complicado por sí solo, un poquito más difícil para las mujeres trabajadoras *madre de hijos* amas de casa *a veces amantes* yo esposas *amigas de sus amigas* compañeras de curro... y la madre que nos parió a todas.

Que ahora le doy un Cacaolat a mi hija y me siento mala madre. Le doy galletas de dinosaurios, Oreos, Donetes o lo que sea..., da igual; porque todo es bollería asesina, veneno para nuestros retoños, estamos drogando, inflando, matando poco a poco a nuestros hijos, dándoles semejantes productos que pronto serán ilegales, supongo.

Y para colmo, todo, absolutamente todo lo bueno, tiene aceite de palma, que eso es como darle explosivo a un terrorista o fuego a un pirómano. El aceite de palma es Satanás, una bomba asegurada; la muerte, sin lugar a duda.

¿Se nos está yendo un poco la olla o es cosa mía?

Ya ni hablamos en estos tiempos si tienes más de cuarenta años. Mantenernos en forma y en línea es una auténtica hazaña a lo caballero en plena guerra medieval. Porque si no haces un mínimo de ejercicio, te alimentas súper sano y no tienes vicios, estás muerta en vida. Ya no hay nada que hacer; mueres seguro, acercándote a los cincuenta, DEP.

Que ahora no tengo cojones a comerme un donut ni a soñarlo, vamos. Y si lo hiciera, en el caso extremo en que algún día se me parará el contador, perdiera el norte y me lo pusieran en la boca en contra de mi voluntad, creo que lo acabaría vomitando.

Comemos con miedo. Vivimos con miedo. Nos exigimos cada vez más, aun sabiendo que esto ya lo hemos aprendido, y sabemos de cierto que no tenemos que ser Superwoman; que somos

maravillosas, que bastante hacemos ya, y bastante tenemos que aguantar a diario las injusticias por el simple hecho de ser mujer en un mundo aún muy de hombres.

El estrés está perenne en nuestro organismo, en nuestro estómago y en sus dolores y estreñimiento, el dolor de cabeza permanente, contracturas en el cuello, lumbares e incluso dolor de pies, manos, articulaciones, insomnio, palpitaciones, dolor de pecho. Que andamos por la vida como pollo sin cabeza, sin mirar atrás ni para coger impulso; vamos locas todo el día, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos y, además, tenemos que lidiar con los estudios de nuestros retoños.

Que ese es otro tema, sí, pero voy a dar alguna pincelada porque me tienen hasta los mismísimos ovarios.

Que digo yo, ¿no hacemos suficiente esfuerzo de llevarlos a un buen colegio? Donde, al menos yo, me aseguré de que tenía un buen nivel educativo y de formación, con unos valores bondadosos, altruistas y de formación mínimos asegurados.

Donde, por qué no decirlo, me fijo también en el tipo de familias que van a la escuela. Sí, señores, soy así de mala persona; que los amigos que hará mi hijo y lo acompañaran el resto de su vida pasan por sus familias y la educación que reciben en sus casas; y eso, señores, para mí es importante, no os voy a engañar.

No escojo escuela porque está al lado de casa de mi madre o de mi suegra, ni tan solo del trabajo. En mi caso hago veinte kilómetros cada día para llevar al menda a la escuela donde tenía claro que, desde antes de parir, iría mi hijo. Llamadme rara.

Y seguimos con el nivel de estrés, de enfermedades, de patologías, y más que vendrás si no cambiamos cómo lo vivimos, y el mundo en el cual vivimos. ¿Eso es posible?

Lo del granito de arena de cada uno, ¿funciona? Yo por si acaso intento poner el mío, y uno y uno, hacen dos.

Amor Sin Fin

Recuerdo, cuando tenía quince años, en casa de mi amiga Alicia, que como vivía con su padre (su madre se había largado con su entrenador personal cuando ella era muy pequeña), su hermana mayor vivía en Copenhague (por amor se fue a la capital Danesa y nunca más regresó), y su hermana pequeña que siempre fue la más responsable y centrada, estudiaba y no daba guerra ninguna. Así que mi amiga, que era la rebelde por naturaleza y estaba sola por las tardes porque el padre trabajaba y nosotras, que estábamos con las hormonas locas y todas más locas que las hormonas, nos juntábamos y a lo que surgiera.

Era nuestro pequeño paraíso y donde nos emborrachábamos, fumábamos, veíamos pelis prohibidas o de moda, alguna que otra porno, quedábamos con los chicos del grupo para hacer sesiones de cine llenos de caricias y besos robados, y sobre todo muchas risas.

Con millones de proyectos e ilusiones de futuro aún por descubrir.

Éramos curiosas y teníamos ganas de comernos el mundo, pero aún muy ingenuas, como niñas que éramos. Estudiadas y adoctrinadas en colegio de monjas, teníamos muchos miedos y temíamos descubrir ciertas cosas. Nuestra manera de revelarnos era sucumbir a toda regla y nos creíamos súper trasgresoras. Juventud, divino tesoro, y adolescencia, qué etapa más compleja.

Así, uno de esos días, que también nos hacíamos las que fumábamos porros y nos liábamos menta con tabaco, pensando y sintiendo, porque la imaginación es muy poderosa, que cogíamos unos globos monumentales, que yo creo que alguna vez le debimos de haber puesto albahaca o perejil, también..., el caso es que vimos una película tan romántica, el típico romance prohibido, chica rica/chico pobre. Los impedimentos de la familia, las desgracias sucedidas y todo el percal que lo acompañaba, y nos hicimos un hartón de llorar, pero nos pareció lo más romántico que podía existir y no había mejor amor que el imposible.

Repito, divina ignorancia/ingenuidad/tontería de adolescencia. ¿No podríamos evitar esa etapa?

Todos sufren, los que lo viven en su propia piel y, sobre todo, los que conviven con adolescentes. Qué tortura.

Cuánto deseábamos encontrar el amor por entonces y cuánta expectativa e ilusión teníamos depositados en ese amor que nos duraría toda la vida. Cuán equivocadas estábamos todas.

Resultó que una del grupo se quedó embarazada al poco de salir con su novio; el típico chico guapísimo y malote que como estaba tremendo se le perdonaba todo. Y aunque nadie dio un duro por esa relación, hoy en día, siguen juntos, han tenido dos hijos más, y parecen felices, más o menos acomodados y en modo aceptación de la vida que escogieron.

La vida es un carrusel de emociones y sorpresas, y si la miras con buenos ojos, te das cuenta de que todo ha pasado porque tenía que pasar. Más vale ponerle una sonrisa y tirar para adelante, que darle la espalda, porque entonces te dará una patada en el culo.

La vida te da unas lecciones alucinantes.

De las demás ha habido un poco de todo; hijos con varios padres, bodas, divorcios y más novios, madres solteras, adopciones, una salida de armario, feliz como una perdiz. La vida continúa, siempre sorprendiéndonos.

La crueldad de nuestro espejo interior



Aquel domingo había quedado con Martina, tal y como habíamos acordado por WhatsApp la noche anterior, en el lugar de siempre, nuestra cafetería de reunión-terapia-confesión. Que, aun siendo una cafetería cualquiera del centro, no era un lugar al que acudíamos cuando quedábamos todas las amigas. Ese lugar era solo nuestro. Nos asegurábamos de que no nos encontraríamos con ningún conocido y podríamos hablar a nuestras anchas.

Yo sabía que a Martina le pasaba algo, no en balde insistió y propuso su rincón. Era como una contraseña proponer ese lugar. Automáticamente las dos sabíamos interpretar que era urgente y sobre todo secreto.

La verdad es que pensé que sería de cariz amoroso, ya que últimamente, desde que lo había dejado con su ex (sí, estábamos todas en una temporada de soltería), no quería tener rollos de ningún tipo, ni citas, ni nada con hombres, ni contacto alguno, si no eran conocidos y de confianza.

Se dedicaba a decir que ahora era «asexual», y que no le interesaba el sexo en ningún formato, ni de sus propios juguetes (que tenía unos cuantos), y como ella siempre explicaba, maravillosos.

Esa faceta de «no sexo» en su vida, la estaba convirtiendo en más reflexiva y filosófica que de costumbre, y eso que ya tenía muy desarrollada de normal esa faceta; a veces, hasta un poco pesada. Y aunque su humor y su visión de la vida y de las relaciones no había variado, y seguía siendo la misma optimista, alegre, inquieta y con muchas ganas de vivir, conocer, descubrir..., se estaba convirtiendo en una feminista ferviente que, a veces, a mí, me asustaba. Las frases que salían de su boca, se estaba radicalizando y eso era un poco preocupante.

Llegué antes que ella. El lugar quedaba más alejado de mi casa y para calcular el tiempo de aparcar nunca sabes lo que vas a tardar. Había pocos clientes, era domingo por la mañana y aunque el horario para los jubilados era de madruggar, había pocos. Era agosto y los horarios y costumbre cambian.

Martina llegó en seguida, con cara compungida, muchas ojeras y un color amarillento de cara que no hacía justicia con el resto del cuerpo que lo tenía tostadito, y de ese moreno que yo tanto envidiaba; dorado y tan favorecedor. Pero su cara, no; parecía enferma.

Me asusté un poco y le pregunté si se encontraba bien, refiriéndome a si estaba enferma. Ya que, si me llega a decir que tenía fiebre y anginas, sin dudarlo me lo hubiera creído.

Me contestó que ahora me contaría; que no estaba enferma, pero que se encontraba muy mal; que su cabeza no le funcionaba, que algunas cosas en sus neuronas estaban alteradas y no tenía nada que ver con las hormonas. Prediciendo que quizás yo lo achacaría a las putas hormonas que nos tienen amargadas desde que nacemos.

Nosotras estábamos todas entre los cuarenta y pico y acercándonos a los cincuenta, en línea de

meta. Una de las edades más jodidas, después de la adolescencia. Edad para jodernos vivas con la menopausia que todas tememos.

Le dije que se calmara, que a veces no vemos la luz al final del camino y, en cambio, sí vemos un túnel muy oscuro. Le recordé que no todo es blanco o negro (muy propensa ella a ser mujer de extremos) y que había una amplia gama de rosas y grises. Se lo había dicho tantas veces que ni las recordaba, pero ella será siempre una mujer de posicionarse en una punta o en la otra; nada de medias tintas ni líneas intermedias, si no, no sería ella.

Le dije que seguro tenía solución y que, por favor, empezara a contarme porque me estaba preocupando de verdad.

Estalló en un llanto de pena-miedo, de desesperación; a mí se me disparó el corazón, esperándome lo peor: una enfermedad, una muerte. Pregunté rápidamente por su familia más allegada. Ella negaba con la cabeza, pero no podía ni hablar de lo compungida que estaba. Lloraba desconsolada, me asustó mucho.

Pensé que era algo de salud, por un hombre nunca la había visto tan desesperada. Bueno, una vez, pero estaba embarazada, asustada y empezaba un camino nada fácil, aunque lo hubiera provocado ella.

Así que me centré en alguna enfermedad. Iba haciéndole preguntas, para descartar e ir acercándome al tema; además, ella siempre había tenido muchos problemas en los órganos femeninos; estaba tratada hacía más de quince años, muy controlada y era crónico con tratamientos permanentes. Por un momento, pensé que aquello se había complicado más de la cuenta; se había perdido el control de la enfermedad y le habían encontrado un cáncer. Puta enfermedad que se nos lleva a tantos seres queridos y en pocas ocasiones hay marcha atrás.

REFLEXIÓN:

Cómo la vería para temerme lo peor; cáncer, una enfermedad que en muchos casos es terminal y sin solución.

Eso me hizo pensar que las enfermedades de la cabeza, aún no diagnosticadas como tal, pero esas alteraciones que hacen que tu vida se tambalee de tal manera, como ataques de ansiedad, depresión... que te llevan a encerrarte, a aislarte y si no se tratan bien...

Empezó a explicarme que tenía un problema en la cabeza; que ella se miraba al espejo y veía un monstruo, un bulto de carne lleno de más bultos, que se extendían por todo su cuerpo; celulitis, lorzos, jamones de piernas, brazos como butifarras, barriga de cerdo, y que no podía soportarlo más.

Se miraba en todos los espejos, en cada escaparate, en cada retrovisor por el que pasaba, en cada espejo de baño, de ascensor; cualquier reflejo que veía a su paso, le servía para ir dándose órdenes horribles y hablarse a sí misma con muy poca estima y respeto. Que no podía remediar mirarse todo el día y odiarse profundamente.

Ese estado de angustia le producía dolores de diferentes índoles (estaba convencida que muchos eran subconscientes, que no quiere decir provocados). Tenía fuertes dolores abdominales y espasmos. Estreñimiento, que de tanto forzar cuando iba, estaba convencida había debilitado el esfínter, ya que cuando tosía, estornudada o vomitaba, se hacía pipí encima. A todo esto se le sumaba el colon irritable, que sí tenía diagnosticado desde hacía años, con sus dos hemorroides y cinco fisuras. Era un horror, y no podía más.

Iba escondiendo la barriga, se provocaba pedos, se provocaba ir al baño tomando pastillas, jarabes y alguna lavativa para intentar eliminar tanto bulto.

Había conseguido hacía dos meses no pesarse, que antes lo hacía diariamente y era una auténtica tortura. Que no le cabía la ropa, que ella se cuidaba y comía sano y no adelgazaba, al

contrario. Que se tomaba todo lo que leía, le comentaban u oía a su alrededor. Hacía unas mezclas cócteles Molotov innombrables. Estaba asustada por si su cuerpo le estaba haciendo un efecto rebote por todos los mejengues que tomaba allá donde iba (tiendas naturistas, farmacia, fisioterapeuta, profe del *gym*, compi de trabajo, anuncios TV, artículos que buscaba, publicidad de Facebook, Instagram...). Era una locura... Había entrado en bucle y cada día se veía peor.

Por el contrario, cuando se veía tan mal, tenía ataques, suponía, que de ansiedad y comía más de la cuenta, y aunque no se atiborraba ni vomitaba (me lo prometió); eso lo había hecho muchos años atrás, en un episodio de estos tan agudos. Ahora no quería entrar en eso de nuevo. Entonces, había llegado a ir a sesiones y grupos de comedores compulsivos y, aunque comprendía perfectamente a sus compañeros de grupo, nunca se sintió como ellos; ni de peso, ni de síntomas, ni de calorías que ingería. Aquello sí era una locura que no entendía cómo el cuerpo humano podía soportar. La ayudó a ver que no estaba tan grave y se fue por otro camino.

Ahora estaba aterrada con volver a pesarse, porque sabía se había vuelto a engordar, y no era como hasta ahora, que, aunque no perdía los cinco (siete kilos que quería eliminar), sospechaba que quizás ya serían diez, y se sentía monstruosa.

Que no podía dejar de comer, incluso una amiga con la que había pasado el anterior fin de semana, le comentó que comía mucho. Y aunque comía sano, tenía un poco de ansiedad; si tenía comida delante, no dejaba de masticar. Para rematar, no era capaz de saltarse ninguna comida, como siempre había hecho con sus cenas dos o tres días entre semana, que le iba de maravilla porque la desinflaba. Y había leído muchas veces que muchos modelos lo hacían y a ella le había funcionado casi diez años, pero ahora era incapaz.

Desde que había dejado de fumar, hacía casi tres años, se había aficionado a tomar una copita de vino por las noches, era su único vicio y ese vicio le invitaba a picar algo.

Estaba en un túnel sin salida, y no tenía claro si ir a un psiquiatra o a un nutricionista, porque era consciente de que tenía un problema en la cabeza y, aunque bajara de peso, cosa que ahora veía muy imposible, no había manera de aceptarse y quererse, y se avergonzaba de ella misma por ser tan injusta consigo misma.

Estaba convencida de que tenía una alteración psicológica que hacía que ella se viera mucho más gorda y deformada de lo que estaba. Era consciente, pero no podía evitarlo.

La tarde anterior había ido de tiendas, quería comprarse unos *shorts*, ya que solo le entraban unos de los siete que tenía. Entró en cuatro tiendas: en la primera, no le gustó ninguno; en otra, eran tallas S (ella era de M); y en una de tallas única, se probó dos, pero con uno parecía un globo, y el otro le entraba, pero parecía una butifarra de pierna. Salió del probador para comentarle a la dependienta que le entraba, pero se lo veía muy ajustado y no se veía bonita, esperando que ella la contradijera y así convencerse de que una vez más era su espejo cabrón interior, y animarse a quedárselos. Pero cuando la dependienta le dijo que ese tipo de *shorts* quedaban chulos un poco más sueltos, pensó que se moría.

Entró en la última tienda de aquella tarde, y suponía de muchas más. Había uno que le encantó con florecitas naranjas, monísimo, y lo vio ancho de cadera. Le dijo a la dependienta que se lo iba a probar, ella le acompañó al vestidor para abrirle la luz, y le comentó, que el problema de esos pantalones es que no eran elásticos, ella no entendió a qué se refería y mirando la talla para asegurarse que era una M o una L, vio que era una S, le dijo que no podía probárselos porque ella en ningún caso era de talla S. La dependienta la miró e hizo un gesto de comprensión y media sonrisa pensando, lo obvio, que con esas *piernacas* que tenía como pensaba embutirme en tal pieza. Total, que se fue con una depresión de caballo, y sin llorar porque iba con su hijo, que no había entendido nada, y una, delante de los hijos, aguantas lo que le echen.

Yo la escuchaba atentamente, observando sus gestos, intentando entenderla y ponerme en su piel; empatizando con ella porque la veía sufrir profundamente, y se empezó a plantear que quizás aquello ya había llegado demasiado lejos y, como decía Martina, quizás ahora sí que necesitaba algún tipo de ayuda.

Era una mujer de cuarenta y tres años, guapísima, metro sesenta y ocho, superando los cánones de belleza del momento. Era considerada una mujer guapa; con una dentadura y una sonrisa perfectas, una media melena rubia muy juvenil, con una pose y una clase que ya les gustaría a muchas. Tenía un gusto propio que la hacían destacar allí donde iba, porque desprendía seguridad, elegancia y un estilo único. Nunca iba como los demás, siempre le había gustado destacar y se encargaba de vestir diferente a todas. La verdad es que lo conseguía, llevándose por delante en muchas ocasiones alabanzas de buen gusto.

Una mujer que, si hubiera tenido unos centímetros más en su adolescencia, y hubiera querido, bien podría haber hecho sus pinitos como modelo. No tenía nada que envidiar a las demás mujeres. Tenía un físico que encantaba a los hombres y las amigas, todas la consideraban de las guapas del grupo.

Me costaba entender que pudiera verse tan monstruosa, pero no tenía ninguna duda de que así era. La certeza con la que me hablaba, la pena en la narración de los acontecimientos, e incluso indignación sobre sí misma. Era consciente de que lo que veía no era cierto, pero ella lo sentía así.

Si me lo contaba, era porque era su mejor amiga, era porque sabía que era de las pocas personas que podría entenderla. No era la primera vez que hablábamos de ese tema, y la comprendía.

Mientras la escuchaba, intentaba sacarle fuerza al relato, diciéndole que posiblemente era un tema hormonal, y con sus antecedentes quizás había alguna cosa que le estaba pasando a su cuerpo. No tanto para asustarla, sino para tranquilizarla; que, si era eso, en poco se adelazaría.

Ella seguía contando que estaba inflada, inflamada, y ahora lo estaría más porque le habían recetado más hormonas para regular esos dolores que tenía hacía meses.

Estaba muy preocupada porque no sabía dónde había leído, o escuchado, que el peso que tenemos en el momento de la menopausia, una vez se le retirara la regla, nunca podría bajar de ese peso. Y si contamos que el 85% de mujeres en proceso menopaúsico se engordan entre 5 y 10 kilos, decía que se tiraba al tren como fuera eso. Y por eso era tan importante bajar de peso alrededor de la menopausia; para no tener que estar amargada el resto de sus días.

La verdad es que me costaba aceptar que una mujer de bandera como Martina pudiera ser tan dura consigo misma, pero la entendía y verla sufrir tanto, me partía el corazón.

Con ella no valía la pena entrar en las verborreas de aceptación humana, independientemente de cómo sea nuestro chasis; que lo importante está en el interior, que todos nos arrugamos y engordamos y que al final queda la esencia humana.

Ella era una mujer inteligente, muy trabajada emocionalmente, con una gran trayectoria de crecimiento personal psicológico en diferentes líneas terapéuticas. Nada la convencería porque la teoría la sabía muchísimo mejor que cualquiera. Ni lo intenté.

Me limité a escucharla, mirarla con dulzura y decirle que lo solucionaríamos.

¿Cómo? ¿Cómo? Preguntaba sin cesar. Nadie tenía la respuesta porque de momento nadie sabía qué le pasaba.

Martina seguía narrando su propia pesadilla. Estaba pasando un verano durísimo, ni recordaba cuando fue la última vez que no quería quedar con amigos, ni salir en público a lugares donde la conociesen. Tenía miedo de que la gente viera un cambio físico muy pronunciado y se lo soltasen;

y entonces ella se derrumbaría, no podría soportarlo.

Empezaba a anular encuentros de todo tipo, porque a la hora de vestirse le entraba el pánico. No le cabía la mitad de su ropa del año anterior y ya ni digamos la de hacía dos años. Esta evolución y aumento de kilos se había producido progresivamente durante los dos últimos años, después de dejar de fumar; cosa que no comprendía, porque todo el mundo le decía que se engordaba el primero año sin nicotina.

Había llegado a anular unas *minivacaciones* con uno de los grupos que frecuentaba, sus amigas, a la mayoría las conocía hacía más de quince años. No se veía capaz de desnudarse ante ellas, ni en bikini ni en el hotel.

Ella, que siempre había sido tan poco pudorosa, la más atrevida, clara y sin complejos sexuales, ahora se veía incapaz de enfrentarse a ellas. Y eso que habían ido juntas, hacía dos meses, un fin de semana a la playa a celebrar un cumpleaños (el de Carola, en Formentera), por ese entonces no se veía tan monstruosa como ahora. Todo y que era consciente de que sus amigas se habían dado cuenta de su deterioro físico, porque alguna se lo había comentado.

Se sentía muy sola, no sentía que podía contárselo a nadie. Alguna vez que se le había escapado alguna frase con cierta dureza hacia sí misma y su cuerpo, había recibido rechazo o reprimenda, porque nadie podía entender que con su físico pudiera decir tal barbaridad; para el mundo, entraba dentro de los cánones de belleza.

Incluso se estaba planteando volver a fumar, durante una temporada, hasta que volviera a su cuerpo de hacía dos años. ¿Cómo se podía haber estropeado tanto? ¿Cómo lo había dejado llegar tan lejos? ¿Qué había pasado en los últimos tres meses? ¿Y en los dos años anteriores? ¿Qué le estaba pasando a su cuerpo?

Hay amores cobardes que no llegan a historias

Sexo sin amor

Mi amiga Marionna, (fuente de inspiración y sabiduría), un día me dijo que cuando nos acostamos con un hombre, que no es nuestra pareja habitual, es decir lo que viene siendo el rollo de una noche, las energías se mezclan como en todo acto que se comparte, y al mezclarse se junta lo bueno y lo malo, te llevas tanto la energía constructiva, positiva, crecimiento, y toda la negativa, también.

En un polvo de última hora de la noche loca o el repaso de ITV muy necesario y recomendable cada seis meses máximo para quitar las telarañas. Aunque a veces se multiplica esa fecha por tres o por cuatro, y entonces ya necesitamos casi un chasis nuevo, pero eso ya es otro cantar.

Pues que cuando te acuestas con un desconocido por decirlo de alguna manera, lo que significa que no hay implicaciones emocionales, no hay sentimientos profundos...

Pero que, para variar, eso nos afectaba más a las mujeres porque nosotras somos recipientes. Solo hay que ver como en cualquier relación sexual, a nosotras nos introducen un miembro con todo su acompañamiento, y ellos expulsan lo que les sobra. Nosotras somos receptoras y acogemos todo lo que nos dan, sea amor o migajas; que en muchos casos y hasta que llega *eso* que buscamos, recibimos, acogemos lo que nos dan o las sobras de las otras, porque las necesidades son malas aliadas.

En resumen, que, aunque lo haya hecho como cualquier otro, he de decir que, personalmente, el polvo por el polvo, por aburrimiento, por pasar la ITV o el clavo saca otro clavo, no es lo que ahora recomendaría.

Ya sabemos que cada cuerpo y cada dos que se unen para follarse y divertirse son un mundo; ponen sus propias normas y muestran lo que quieren de sí mismos. Mostramos aquello que nos interesa mostrar, muchas veces dejamos las miserias en casa (bien hecho), cuando lo que vamos a pegar es un polvo, los problemas déjalos para los amigos, no para el *follamigo*, que le importan más bien poco, o nada, tus dramas. Aunque tampoco se ha ganado ese privilegio de entrar en tu vida para opinar, acompañarte y escuchar tus penas en según qué momentos.

Quizás, si tuvieras una vida de cuento de hadas, no estarías acostándote con alguien que bien sabes no te hace demasiado caso, pero tú te hayas empeñado en conseguir, no sé si más por competición contigo misma, por rabia y rebeldía con tu vida actual, que en ese momento te tiene amargadita; y mientras te entretienes en eso, menos energía se va hacia tus miserias.

La adolescencia y su cuarentena

Esa etapa maravillosa a la que todos tememos, sobre todo si somos padres, y la que deseamos que llegue para que acabe cuanto antes y puedas recuperar a ese hijo que dicen que es tuyo, pero no recuerdas ni lo reconoces como tuyo, porque es un desconocido sabelotodo, malhumorado, rebotado contigo atemporalmente, siempre y por todo, y por el que estás a punto de hacerte el harakiri un par de veces por semana.

Y no sabes si bajarlo de la luna de un guantazo o intentar entender qué ha hecho su cerebro con nuestros hijos.

Mía aún es pequeña para eso, aunque llegará, claro; pero la mayoría de mis amigas con hijos en plena adolescencia en la familia están desesperadas. En mi caso fui madre tardía, me llegará más mayor, no sé si tendré más o menos paciencia, veremos.

Los niños, en esa etapa, no están a gusto con nada; nada les es suficiente y, para ellos, tú no te enteras de nada de lo que ellos/as te piden. Y nosotras, muy por hacerlos felices y tener un poco de paz familiar, vamos cediendo y rezando porque se acabe la dichosa etapa.

Quieres verlos sonreír de nuevo, mirarlos y ver cómo te vuelven a mirar con admiración, que te cuenten sus cosas, que vengan a tu vera cuando tienen dudas, miedos o se encuentran mal, y sentir que lo has hecho un poquito bien.

Que ese es tu hijo/ja; el que pariste, alimentaste, acunaste y amas por encima del bien y del mal, más de lo que puedes expresar, y por encima de todo, absolutamente todo. Aunque ahora no sepas quién es, ni lo reconozcas.

Ese regimiento de hormonas que recorren el cuerpo de los niños, mientras los están convirtiendo en adolescentes y seres pre-adultos. Donde todo en su gran ser está revolucionado, ansioso, inquieto, con ganas de probar, descubrir... de todo. ¡Drogas, sexo y *rock and roll*!

Siempre se ha dicho que es la etapa más dura y difícil del ser humano. Porque no se conoce a sí mismo, pero empieza a tener conocimientos de vida, de la sociedad, de política, de economía, de amor, de familia. Y lo que tiene toda bendita ignorancia, que se cree que lo sabe todo. Y como están descubriendo, que pueden gritar, alterarse, debatir hasta agotar al contrincante (alias padres), pues lo hacen. Y descubren una parte caliente dentro de sí, tanto sexual como de personalidad, que los hace llegar al límite, y sacar todo su temperamento.

Es una etapa de lucha interna, de descubrimiento de autoconocimiento; donde las ganas por saber, por llegar a donde sea, por ganar la partida del momento, tanto con padres, como con amigos, profesores, escuela..., que les hace estar en modo intenso y alarma conectada constantemente.

Es un estado de excitación y emoción desquiciante.

Y aunque esos maravillosos adolescentes no saben qué les pasa, ni cómo gestionar tanta intensidad, pagan con los que los aman, los siguen cuidando (al menos, lo intentan), los siguen protegiendo, y quieren seguir enseñándoles cosas de la vida, de educación, de esfuerzo, comportamiento, valores...; alias, los padres.

La adolescencia es difícil, empezando por uno mismo y siguiendo por los que te rodean, sobre todo los más cercanos, tu familia.

Se espera ese momento y cuando llega deseamos que desaparezca cuanto antes porque es una encrucijada que pone en alerta roja a toda la familia.

Para los padres, aparte de la angustia y la guerra abierta que se mantiene con ellos, es un momento crucial de vida, porque es cuando los chicos/chicas toman muchas primeras decisiones, empezando por qué querer estudiar, escogen amigos, primeras experiencias sexuales...

Hablando de estudios...

¿Cómo se sabe con dieciséis o dieciocho años qué quieres ser en la vida? ¿Cómo vas a decidir si eres de letras o de ciencias para el resto de tu vida? ¿En qué te quieres formar, hacia dónde quieres ir, escoger escuela/formación/universidad?

Como con qué amigos, pareja, bebidas, drogas, experiencias... vas a querer experimentar. La amistad en esa etapa es básica y fundamental. Si mantiene a los de la infancia, más o menos se tiene controlado, porque es conocido, aunque los cambios son para todos y puede haber transformaciones sorprendentes, y no todas son buenas.

Si elige o se encuentra por el camino nuevas amistades, reza para que sean de las recomendadas o de las que desearías no te traigan demasiados disgustos ni sustos. Lo que las carcas, como yo, diríamos *no los lleven por el mal camino*.

Y en esa etapa, si no habías rezado nunca, aprenderás a hacerlo.

Los primeros 40 años de la infancia son difíciles

Treinta Cuarenta

T

engo una teoría: de los treinta a los cuarenta hay una segunda adolescencia de la que nadie habla.

Nadie se para a pensar en esa *maravillosa* edad.

Por supuesto, aquí también hay diferencias entre hombre y mujer. Y no lo llamemos feminista ni machista, llamémoslo por su nombre: evidencia.

A los treinta, una mujer se empieza a plantear muy seriamente si quiere ser madre o no, y se plantea si lo será con la pareja de turno que tiene en ese momento, si la tiene. Y si no es de muchas relaciones, ni de parejas estables, que es muy lícito y me atrevería a decir que, según qué circunstancias, hasta inteligente..., se lo planteará individualmente. ¿Quiero ser madre? ¡Y *ECCO!* Empieza la centrifugadora, maldita lavadora que tenemos por cabeza.

Hay una gran cantidad de mujeres que todavía desean ser madre. Digo *todavía* porque cada vez hay más mujeres que no quieren serlo, y es igual o más respetable y valiente que la primera opción. Si no te lo planteas, la misma sociedad te lleva a plantearte tal planazo. Y resulta que, actualmente, ya se van atreviendo, por fin, a decir lo que sienten de verdad, y alguna verbaliza su no necesidad de ser madre.

Ya va siendo hora de llamar a las cosas por su nombre, no tener miedo a exponer los deseos, a luchar por tus convicciones y a no avergonzarte ni un ápice de no seguir al rebaño, o ser maravillosamente diferente.

Es igual o más que aceptable que cualquiera pueda hacer con su vida, su corazón, su sexo, su cuerpo y su psique lo que le venga en gana. Y eso pasa por muchas modalidades, señoras; dejemos ya a un lado los prejuicios y enviemos a la mierda a quien nos juzgue.

Para mí la premisa más importante, diría que casi sagrada, es respetar al prójimo. No me atrevo a decir no juzgar, porque creo que es uno de los mayores defectos que tenemos los humanos, y yo estoy en la primera de la lista. Si tuviera una varita mágica, una de las cosas que seguro pediría entre amor, salud y dinero, serían dos cosas: no criticar y no juzgar. Odio hacer eso cuando lo hago, lo hacen, lo oigo y, a veces, hasta lo provocho. Es como un deporte nacional que tenemos arraigado, ¿será solo cosa de los españoles? No, claro que no, pero yo aquí lo veo en cada rincón de humanidad y me avergüenza que así sea.

Como decía, la mujer también está en plena carrera profesional y sabe que eso le puede costar un parón en su evolución y ascenso; con lo cual su centrifugadora va a toda pastilla, sobre todo por las noches, ¿que tendrá esa oscuridad que te atrae y enfrenta a todos tus miedos?

Los treinta-cuarenta de los hombres, puede ser diferente.

Los hombres, a los treinta, están en plena subida de carrera profesional, y a no ser que tengan pareja estable y estén por la boda o la convivencia, si su maravillosa novia *se lo pone fácil* (se encarga ella de todo), y a él no le disgusta la idea..., ya que a un hombre casado, aunque sea joven, se lo miran con más admiración y se le tiene en cuenta para seguir su subida profesional. Un chico de treinta años sin responsabilidades se les considera eso..., inmaduro e irresponsable en el mundo de los negocios.

Así que ellos, que son competitivos, ansiosos, ambiciosos, arrolladores, se casan, tienen un par de hijos y a ver qué pasa. Han escogido bien a quien quieren como madre de sus retoños, no tanto compañera, esposa, amante y amiga. El hombre es práctico y pragmático, quiere asegurarse de que cumplirá su objetivo con la selección de su mujer para perpetuar la especie. Así de primitivos

somos.

Los que no tienen pareja, de los treinta a los cuarenta, no quieren complicarse la vida, ni tener compromisos. Será a partir de los cuarenta cuando empiecen a pensar en ello, no ahora.

Con lo cual, hombres y mujeres, una vez más, se encuentran descompensados.

Y las diferencias se ven desde muy jóvenes; se aprecian más en la primera adolescencia y queda constancia intachable cuando llegan a su segunda adolescencia. Momentos de vida donde se han de tomar muchas decisiones y no siempre estamos preparados.

Boda de soltera

Y llegó el día en el que Carola decidió casarse con ella misma y con ella estábamos nosotras detrás, necesitaría testigos, ¡no vayamos nosotras a perdernos algo!

Somos un grupo de once amigas, la mayoría nos conocemos desde hace mil años, una media de entre quince y veinticinco. Uy, eso nos convierte en muy mayores, ¿no?

Algunas se han ido integrando a medida que la vida lo ha ido requiriendo, (divorcios, viudas, crisis matrimoniales...); y de cuatro que iniciamos el grupo, nos hemos convertido en un gran grupo de chicas. Chicas *sexys* y apasionadas por vivir.

Donde las verdades vuelan de regalo y los cuchillos quedan reservados a nuestras vidas privadas. Nos damos consejos y nos escuchamos con ahínco; nos ayudamos, apoyamos y nos hemos convertido en un clan femenino de difícil destrucción, ya que no se puede hablar con más claridad de nuestras penas y mierdas como nosotras lo hacemos.

La mayoría nos conocemos tanto, que podemos ser nosotras mismas al cien por cien, y eso es música celestial. Si nos despistamos, nos damos toques de atención, porque aquí, en este entorno, en este fuego a tierra con cacerola en medio y buenas copas de vino, nos escuchamos, nos reímos, lloramos y muchas, muchas veces, solucionamos crisis existenciales y temas peliagudos que la vida adulta nos interpone.

Es un grupo de mujeres autónomas, independientes, leídas, escritas, viajadas, vividas, con experiencias de todo tipo, hombres a doquier, viajes por el mapamundi, formaciones varias, hijos problemáticos, hijos deseados, no hijos, hijos que quedaron en el tintero, vidas y muertes, enfermedades, amores y desamores. Vidas enteras desmoronadas. Familias complicadas, situaciones económicas de riesgo, momentos de urgencia y encuentros necesarios y obligados moralmente, y por amistad. Y muchos, la mayoría por gran amor y respeto.

Ellas, estas maravillosas mujeres, somos nosotras. Un clan infranqueable, que está siempre abierto (aunque eso lo deciden unas pocas sin preguntar) a seguir acogiendo y seguir enriqueciendo nuestra esencia de grandes personas.

Este año ha sido movido para muchas, para casi todas diría yo. Hemos tenido entierros, amores destapados, roturas emocionales, engaños incomprensibles, terapias de pareja, hijos en situación extrema, y muchas risas.

Carola, este año, ha cumplido los cincuenta, y teniendo en cuenta que venía de un par de años muy complicados, pasando de ser una mujer independiente, con pareja estable, hermano, gato, padres y amigos, a quedarse sin pareja, sin gato, sin hermano cerca, porque se ha ido a hacer las américas para encontrarse a sí mismo, y sin padres (que en poco más de un año se han ido los dos y para siempre, para no volver). Por suerte, siempre están los amigos; los buenos, que eso ayuda mucho.

Ella es una mujer muy adaptable, ha viajado mucho y eso le da un saber estar, en todas partes, que no tiene todo el mundo. Se puede pasear en un mismo día, de una cena de gala con tacones de quince centímetros y vestido de ensueño, llevado *muuuuy* dignamente, a comer escarabajos en una tribu en la otra parte del planeta, con mochila y durmiendo en el suelo, rodeada de su fauna. En

cualquiera de estos viajes que cada año hace y, repito, sin cansarse. Ver mundo, conocer culturas, conocer gente, que cuando llega a su ciudad natal, su Barcelona del alma, ha olvidado a todas las personas que ha conocido por el camino (es la mujer más despegada que conozco), pero le quedan los recuerdos y las fotos. Y siempre estamos nosotras, que llenamos y rellenamos mucho todos los momentos y todos los rincones.

Está encantada de conocerse, tiene de las autoestimas más elevadas que he visto, y ni intención tiene de modificar ni un ápice. Quedando constancia en algún pequeño comentario que a veces le hemos dejado caer, porque puede molestar u ofender a alguien, se la sopla.

Su respuesta es:

—Yo soy así y no pienso cambiar. (Acabada la conversación).

Total, que, aun siendo muy adaptable, si le das *foie-gras* y vino es feliz, Carola no necesita más y cualquier cosa le parece maravillosa.

Aunque este año la cosa cambió ligeramente.

Empezó a decir que quería celebrar sus cincuenta soltería de cumpleaños con una boda consigo misma; qué idea más maravillosa, que solo podría salir de Carola. Y que debíamos estar todas, sin fallar, sin excusas, allá vosotras con vuestras vidas.

—Os quiero a todas, sin excepción—dijo.

Y se tiró en plancha hacia la recaudación de confirmaciones, utilizando toda clase de artilugios sensacionalistas para su fin.

Empezó con un chantaje emocional de acoso y derribo que, aun siendo en momentos tenso y pesado, se lo permitimos por varios motivos. Estaba en pleno proceso de duelo, sensiblera y triste, y lo más importante, es nuestra amiga y nunca pide nada de nada.

Aunque la petición se ha quedado servida porque ha cubierto los próximos veinte años de exigencia, se merecía lo que pidiera y así fuimos cayendo una a una sin excepción.

¡Nos vamos a Formentera..., no sabéis lo que os espera, isleños!

Nos íbamos las once a Formentera, tres días en junio, justo para su cumpleaños y allí celebraríamos una boda de chicas.

Carola se encargó de los vuelos, los compró una noche para todas, hubo dos que vendrían un día después, pero ellas se arreglaron sus vuelos y la vuelta sí que sería conjunta. Era como unas colonias de verano de colegio. Nos hacía muchísima ilusión, a todas, y a ella la que más.

Se compró un vestido de novia para la noche nupcial; *sexy*, ceñido y de lentejuelas, y blanco, por supuesto. No iba a ir con velo y de princesa, eso lo teníamos claro; pero desapercibida tampoco iba a pasar la *princess*, eso nunca. Se hizo un ropero especial para cada momento del viaje. Y todas fuimos cayendo en su ilusión, comprándonos también modelitos, nos atrapó en su idilio consigo misma, y se convirtió en el de todas.

Animaba a dejarnos soñar y desear esa experiencia. Hacía años que no viajábamos juntas, desde que el grupo había aumentado y éramos tantas, era muy difícil coincidir y poder hacer muchas cosas juntas. Intentábamos estar en las celebraciones de cumpleaños de las once, pero no siempre lo conseguíamos, unas más que otras.

Pero esos días, ese cincuenta cumpleaños-boda, nunca lo olvidaremos, fue absolutamente maravilloso; no se pueden olvidar esos días jamás, porque queremos que sigan en el recuerdo de las cosas bonitas de la vida.

Se nos distribuyeron tareas; un par, se encargaban de buscar buenos restaurantes; otras, de encontrar un hotel o casa para meter a once divas que estaban acostumbradas a vivir con ciertas comodidades, y ni se planteó nada que no pasara por confort, diseño y buena zona de la isla.

Ana encontró dos casitas dentro de un mismo recinto vallado, que estrenábamos nosotras, y que

eran absolutamente preciosas; comodísimas, que cubrían todas las necesidades y algunas de más, eran espectaculares. Para criticar y rizar el rizo, diré que lo único que les faltaba a las casas era una piscina, por lo demás eran ideales.

A mí se me encargó hacer algo especial, emotivo; de estos escritos que en alguna boda he hecho, algo que hiciera caer lagrimita y se notara que no era un día cualquiera. ¡ERA LA BODA DE CAROLA!

Se me complicó un poco la existencia cuando vi que el restaurante era un chiringuito; de moda, sí, en un lugar excepcional y muy ambientado, pero el menú estaba cerrado, no podía ni escoger un pastel especial; no me ponían ninguna facilidad de nada, no había espacios privados, ni momentos que pudieran ser solo nuestros.

Me puse a buscar como una loca un muñeco que fuera una novia moderna, actual, vestida de novia, pero roquera o divertida, para ponerlo encima del pastel. ¿Os podéis creer que no encontré nada de nada que se le pareciera? Ni por Internet, ni en Amazon, que tiene de todo, ni en dos tiendas especializadas en eventos. Encontraba pareja de novios, en diferentes formatos (dos chicos, dos chicas, chico negro-chica blanca, o al revés), incluso novio/a con perro, pero ninguna mujer sola vestida de novia, ¡qué fuerte. Hola, ¿qué tal? ¡Existimos!

No lo entendía. Al final, y después de descartar a la Frozen, las Minnie de Disney y algunas más, encontré una figura de una mujer, que físicamente se parecía a ella, melena larga, morena, vestida cómoda como a Carola le encanta ir, pero sentada en un número dieciocho enorme. Me pareció divertido, teniendo en cuenta que a ella cumplir años no le gusta demasiado y la mayoría de edad me parecía gracioso y divertido. Rollo..., ¡me quedo aquí, en los dieciocho!

Lo compré por Internet. Cuando llegó y vi que era más grande de lo que me esperaba, pensé que ya podíamos encargarnos un pastel de base ancha donde colocar a nuestra mini Carola.

Ya lo teníamos todo preparado, esperábamos con ansias e ilusión el día de la partida hacia nuestra isla. Y casi con necesidad de respirar libertad, diversión y amistad por todos los poros de nuestra piel.

Llegó y, un jueves de madrugada, nos sonó el despertador a todas, en nuestras once casas distintas, para irnos levantando, arreglando y yéndonos hacia el aeropuerto por grupos. Vivimos todas desperdigadas por Barcelona y sus alrededores; así que, por zonas, nos fuimos encontrando y llegando al aeropuerto por grupos de taxis independientes.

Carola, no podía ser de otra manera, venía con un encargo moral, emocional y de promesa que se había hecho a sí misma y era esparcir las cenizas de sus padres en un mar de la isla. Su madre, que se llamaba como ella, amaba el mar tanto o más que nuestra Carola. Y su padre iba donde decía la madre, así que pensó que no se le ocurría un lugar más bonito, rodeado de libertad y agua que el faro de Formentera. Y vino con sus padres a cuestas.

Y no es un decir. La composición de la escena para conseguir tal deseo viene de mucho atrás y merece ser explicada para sacarle fuerza y pena a tan desgraciada situación; y para darle el toque de humor que ella siempre echa a las cosas, como la sal y la pimienta como condimento a un buen plato de los que prepara Patricia; otra de las once, que con sus manos amorosas y su don en la cocina y en casi todo lo que toca, ¡qué mujer! Una *crack* en muchas cosas. Otro día os hablo de ella.

Bueno, un poco ahora. Mujer convencional, cuidadora de su marido, al que adora y que han creado un pequeño gran imperio económico y emocional. Una muralla infranqueable, llena de amor, pasión y respeto. Con mucho cariño y mimo, que no es fácil de encontrar y más cuando llevas dos décadas de relación.

Mujer emprendedora, culta, trabajadora y manitas para casi todo; te poda un árbol, te coloca

una valla, te cose un bajo, te hace una caldereta o te invierte millones en bolsa. ¿Qué más se puede pedir? Sensible, con valores y principios que podría haber perdido con todo lo que tiene, pero que practica y recuerda (amistad, generosidad, esfuerzo, escucha, empatía...). También tiene defectos, todas los tenemos, pero hoy solo quiero hablar de virtudes.

Cuando digo que Carola vino a cuestras con sus padres, sí, lo digo textualmente.

Cuando murió su padre, hacía un año y medio, a petición de la madre y la aceptación del hermano y la propia Carola, decidieron incinerarlo. Ya sabéis que cuando se hace esta práctica, te devuelven a tu ser querido en una urna de diferentes formas y materiales, dependiendo del dineral que quieras aportar a dicha práctica. Así que tenían al padre en una urna en el dormitorio de la madre, como ella decidió en su día.

Ahora la que había fallecido era la propia madre, y Carola y su hermano decidieron que no hacía falta comprar otra urna, ¿para qué? iban a tirar las cenizas de los dos en pocas semanas al mar. No sé si está prohibido, pero de ser así somos todas cómplices del delito.

En resumen, depositaron las cenizas de su padre en una olla exprés de casa de sus padres, para dejar vacía la urna y poder transportar las cenizas de la madre. Así estarían juntos

Pero claro, tenían que mezclar las dos cenizas para que estuvieran juntos, y porque querían repartírselas entre Pedro (su hermano) y Carola. Así que a lo bruja y su pócima, empezaron a remover y mezclaron los dos cuerpos incinerados. Luego se los repartieron. Pedro se quedó la urna porque aún no había decidido qué hacer, pero se planteaba enterrarlos en la montaña. Y Carola puso su parte y a sus padres en una lata de café o té, de esas de hojalata. Sí, habéis oído bien, Carola es única e intransferible, ¿qué os pensabais? Compró la lata de té en una tienda de la franquicia Tea Shop, ya que tiene diseños bonitos, y antes muerta que sencilla. Esa frase no sé yo si va muy bien aquí...

Nunca falta el glamour en todas nuestras acciones, incluso las humanitarias.

Porque tú puedes tener mucho dolor, tristeza y pena, pero se puede sentir de igual manera yendo mona monísima, conjuntada y divina. ¿Se llorará diferente encima de unos Manolo Blanich que sobre unas hawaianas?

Así que embarcamos las nueve *sexy girls*, faltaban dos que llegarían en veinticuatro horas, y los padres de Carola en su urna de diseño cosmopolita y contemporáneo, hacia la isla bonita de Ibiza. Donde cogeríamos un maravilloso *ferry* que nos mojaría enteras, despeinaría sin precedentes y nos pondría los pies encharcados, con su ropa toda húmeda de sal y mar, pero muy dignas y serenas llegaríamos a la isla de Formentera, destino final.

Al llegar, iniciamos una aventura a lo Indiana Jones por conseguir encontrar la oficina de la casa de coches de alquiler que habíamos reservado desde Barcelona, para recoger nuestros tres monovolúmenes concertados, no fuera a faltar comodidad y confort. Parecíamos una construcción de Lego, tres vehículos idénticos, variaba el color, que fueron paseando durante cuatro días la isla, de arriba abajo, mañana, tarde y noche cada día. Parecíamos los guardaespaldas de los Obama; juntos, alineados, en un baile coreográfico perfecto. Frenaba uno, frenaba el otro; giraba uno, giraba el otro; se perdía en un camino sin salida uno, los otros dos detrás; se tiraba por un acantilado uno, los otros..., noooo, es broma; pero fue *muuuuuuy* divertido.

Una foto en nuestra retina graciosísima y difícil de olvidar, y seguramente los isleños tampoco, que recuerdan nuestras llegadas divinas a cualquier cala, restaurante o local; juntas, alineadas y monísimas. ¡Una postal!

Con nuestros coches puestos como zapatos, nos dirigimos a la maravillosa casa a desembarcar maletas, puesta en común de biquinis nuevos, camisolas, vestidos, *shorts*..., todos maravillosos. Colocación de primer modelito listo y hacia la playa.

Así fueron nuestros cuatro días; playa, sol, comidas, risas, bebidas refrescantes, buenos vinos, más risas, más calas, más filas indias de coches de Lego, más risas, más paradas, más restaurantes, y llegó el día deseado..., la boda de Carola.

Estábamos todas emocionadas por verla tan divina. Le planchamos el pelo, la maquillamos, le pasamos revista, nos hicimos fotos, las demás nos cambiamos de ropa en varias ocasiones, al ver el vestido que ella llevaba, que nos impresionó a todas.

Al final, todas nos vestimos para la ocasión y la línea vehicular de guardaespaldas en cuatro ruedas, nos dirigimos hacia el *chiringuito-restaurant-de-moda-lleño-a-reventar*. La noche nos recibió con una tormenta torrencial de unos minutos, que nos acogió mojadas a nuestros bancos de madera mojados y a las cortinas de caña que se movían al baile del viento, regándonos de gotitas de agua cuando se acercaban a nuestros cuerpos. Pero nos daba igual todo, estábamos juntas; divinas, contentas, ilusionadas y verla a ella feliz, bien merecía aquel aluvión, o tornado si hubiera venido.

La noche fue divertidísima; conocimos a gente, nos reímos, bailamos, immortalizamos la noche, bebimos, seguimos bailando y, cuando cerraron el chiringuito, nos fuimos. Ya tenemos una edad para seguir buscando locales; «bares, qué lugares» para continuar. Ya habíamos tenido suficiente; la boda había finalizado bien, amorosa, emotiva, muy divertidísima. Donde en el momento sublime del pastel, cuando ella vio que no nos habíamos olvidado de su gran día y habíamos cumplido sus deseos al pie de la letra, hizo un amago de llorar, y por un momento todas contuvimos la respiración durante un momento, por aquello que no sabíamos si era emoción y felicidad que la embargaba o tenía un bajón por los acontecimientos de los últimos meses. Fue corto, intenso y... a continuar.

Somos mujeres altamente fuertes, decididas, que sobrellevamos muy dignamente cualquier situación sin perder la sonrisa. Enamorada de este concepto, admirada de tanta fortaleza.

Si viviéramos en una tribu, sin duda, nos harían diosas, ¿o quizás nos quemarían en una hoguera? No lo tengo claro.

La *boda* llegó a su altar particular, el que quería Carola. Misión cumplida.

Nos quedaban dos días, uno para recuperarnos y otro para despedirnos de la isla y hacer un entierro.

El día de recuperación fue como todos, entre recuerdos de anécdotas y situaciones que no todas recordábamos; la noche y el alcohol nos confunde, a mí a una de ellas. Una de las amigas que solo hace unos veinticinco años que nos conocemos y con la que nos hemos pegado buenas, buenísimas, noches de diversión sublime, dijo que no recordaba haber reído tanto con nosotras.

Aquella noche todo era favorable, todas teníamos muy buena predisposición. Teníamos el gracioso subido, el payaso pegado a las piernas; en mi caso, hice algunos amagos de Lina Morgan, que ya le hubiese gustado a ella. Y unos *dancings* para grabar, que espero que nadie hiciera.

¿He dicho ya que somos mujeres maravillosas? Lo somos, aunque no siempre nos sentimos así, estamos las demás para recordárnoslo y ayudarnos a levantar cuando la vida nos trata mal, que a veces también lo hace...

INCISO INFORMATIVO, que ni viene al caso ni tiene sentido, pero me encanta recordar.

Me viene ahora a la cabeza, a saber por qué, una de las *amiguís* con la que hace que nos conocemos media vida, Tina, de Valentina. Una vez, hace justamente esa cantidad de años, cenando ella con su exmarido, yo con el novio que tenía entonces, Anthony, maravilloso hombre y mejor persona, y otra amiga, Mariona, y su novio también de entonces, un círculo íntimo de las tres, un triángulo muy interesante de analizar. Eso ya para otro día.

Pues estábamos cenando y celebrando una despedida de uno de nuestros hombres, no diré cual, pero resumiendo: se iba de viaje por una larga temporada, y sí, dejaba a su pareja aquí, esperándolo. Era un nuevo proyecto al que no pudo resistirse, no podía decir que no, y aceptó. La vida es así, no la he inventado yo.

Total, allí estábamos tan ricamente en medio de la cena, y suelta Tina:

—Muy fuerte, chicas, he tenido que llevar a Dallas (su perro Cocker) al psicólogo.

A mí, que a veces me patina el filtro de la corrección, e incluso me lo olvido en casa, me salió de la boca:

—¿Cómo? El perro al psicólogo. ¿Eso existe?

Y empecé a reír, porque mi chico de aquel momento, Anthony, me lanzó una mirada de las nuestras, que indicaban un sentido burlesco a la situación. Y no pude aguantarme.

Mariona, que es mucho más diplomática que yo, y aún con la risa tonta en los labios, le preguntó:

—Explícanos esto, Tina.

Y ella nos contó.

—Tiene una crisis de ansiedad y ha entrado en depresión.

Su marido apoyaba tal discurso psicólogo-mascotil-perruno, justificando que no podían vivir así, que Dallas estaba insoportable, agresivo, taciturno.

Yo seguía riendo y no podía parar. La confianza a veces da asco. Perdóname, Tina, es que tú y tus cosas a lo Paris Hilton, ¡no me lo ponéis fácil!

Entré en la conversación:

—¿Me estáis diciendo que ya no se lleva lo de peluquería para perros, con pedicura incluida y el hotel de desconexión, relax y, seguramente, hasta *spa* con espuma y champaña para perros? Que ha subido el nivel y la exigencia perruna y ahora... ¿ahora también hay psicólogos especializados para perros? ¿Y cómo va? Por Dios, Tina, todos los detalles...

Ella ya había entrado al trapo, es una coñona también y me seguía el juego, todos estábamos descojonados.

—Le hacen un psicotécnico previo. Luego, analíticas.

Creo que estaba inventando para darle salsa al asunto.

—¿Y a quién tratan, al propietario de la mascota o a la mascota afectada? ¿O a los dos? ¿Toma antidepresivos? Por curiosidad, ¿tienen *chiase lounge* para perros?

—Dime que sí, por Dios, quiero imaginar eso en mi cerebro. —Me parecía más de unos dibujos animados que de la realidad.

Tina siguió con su discurso hasta que nos hubo informado de todo.

Veinticinco años más tarde, y las mismas amistades. ¿No es divino y maravillosamente puro?

Llego el último día y entre maletas, anécdotas y la última cala del día, que era preciosa, nos dispusimos a dejar la isla, no sin que se notara, estaba claro.

No íbamos a pasar desapercibidas, eso no va con nosotras.

Dispusimos la flota de coches hacia el centro de la isla, los aparcamos según indicaciones. Y nos fuimos a hacer una súper paella de bogavante de despedida con champagne incluido.

No nos fuéramos a olvidar de tal experiencia religiosa.

¿No sin mis hijos o no sin mi pareja?

Al regresar de Formentera, nos encontramos con las vacaciones de todas, y con ello nos atrapó el tiempo, que siempre corre demasiado deprisa. Así que no pudimos ser capaces de organizar otra cena, hasta bien entrado el verano, y lástima que no pudieron acudir todas; no hicimos un completo, muchas seguían por el mundo viajando y disfrutando de su quincena con sus hijos, en familia...

En esa cena maravillosa que hicimos, salió un tema de conversación que me dejó completamente destemplada, me quedó el cuerpo removido. Y aún estoy reflexionando porque me pareció una conversación muy intensa y de una claridad y honestidad aplastante. Voy a desgranarlo con vosotras para analizar juntas qué hay aquí dentro.

Fue una conversación de las que hacen historia y de las que te planteas varios valores y principios vitales de vida. La vida es de colores diversos.

Me tiene completamente aturdida precisamente por presenciar los motivos de personas, en cuanto a decisiones vitalísimas, y completamente impactantes, sabiendo las consecuencias que conllevan, sin duda, dichas decisiones.

Resulta que, en medio de una de tantas conversaciones maravillosas con las *amiguas*; profundas, potentes, incluso dolientes en algún caso (dependiendo de cómo te toque la fibra el tema), porque somos muy brutos opinando sobre lo que nos cuentan las demás; sin vaselina ni previo aviso, soltamos lo que nos sale por la boca con la premisa de que hace más de veinte años que nos conocemos la mayoría. Que hay mucha confianza, sí; pero a veces nos pasamos de frenada, abogando a la confianza y la amistad que nos une.

Así que, con estos indicios, salió un gran tema:

Si tuvieras que escoger entre vuestra pareja y vuestros hijos, ¿qué haríais?

Y ahí empezó todo... Éramos seis mujeres; cinco madres, dos sin pareja, de las cuales una es madre y la otra no; las cuatro restantes con parejas estables, tres de ellas con hijos no comunes; una madre soltera, por fecundación asistida; y una de las relaciones de casi veinte años con hijos en común y de relaciones anteriores.

Una sinergia espectacular porque había de casi todo en la mesa. Obviamente no de todo; no había ninguna lesbiana, ningún hijo adoptado, ni ninguna de otras tantas situaciones de vida y de relaciones. Nos centraremos en las participantes reales.

Me sorprendió bastante lo claro que lo tenían. En algunos casos, no hubo indicio de duda, no había conflicto interno ni se plantearon considerar las muchas opciones que barajamos encima de la mesa.

Cuando se hizo la gran pregunta: ¿Tu pareja o tus hijos?

Y empezaron a escoger a las parejas, me quedé muerta. Pero paralizada, en serio; las miraba, las escuchaba, me tuve que levantar de la mesa para moverme y andar sobre mí misma en un metro cuadrado, mientras las miraba atenta a sus palabras.

Vaya por delante que no las juzgaba, no podía, ni lo pretendía, porque las amo, porque las respeto y porque las acepto tal cual son, sin dudarle y sin rechistar. Solo escuchaba tanta

clarividencia, no habían pestañeado al contestar, lo tenían clarísimo. ¡Necesitaba saber más!

Yo tenía una mezcla de admiración por la valentía que demostraban, por apostar fuerte, fortísimo, por el amor y por escoger lo que yo creía, siendo madres, no harían, que es decantarse por la pareja, no por los hijos.

Me parecía alucinante, en positivo; que no quiere decir que esté a favor ni en contra, lo expongo tal cual.

Me parecía brutal que habiendo parido las que éramos madres, que, lo digo con conocimiento de causa, madres leonas, protectoras, sacrificadas, MADRES CORAJE, se decantaran por la pareja.

Yo iba tirando brasas al fuego para avivarlo. Me parecía una conversación sublime, de las que no se mantienen por pudor, por miedo a ser juzgadas. Aquí éramos seis mujeres de bandera, vivas, vitales, energéticas, luchadoras, valientes. Y cuatro apostaban por la pareja.

¿A quiénes analizábamos primero? ¿A las que habían apostado, sacrificado, escogido a los hijos? ¿Empezábamos por esas?

Una decía que los hombres van y vienen; que los hijos los hemos parido, cuidado, son sangre de nuestra sangre, son nuestros, nada será tan interno y profundo, y tan nuestro como un hijo; que arriesgarte a perder la relación de un hijo por escoger a la pareja, que un día está y al otro desaparece o se rompe, o no funciona. Que las parejas nos dañan, se largan con otra más joven que tú, o te decepcionan, te fallan, te engañan..., se acaba el AMOR. Que todo tiene fecha de caducidad; todo, menos el amor incondicional hacia un hijo.

En cambio, otras que abogaban por la pareja, decían justo lo contrario. Que el amor de su pareja era incondicional, y ahí entraron un poco en debate:

—¿Cómo va a ser incondicional el amor de un hombre? Que un día te levantas y se ha liado con tu prima o con la del quinto, más joven que tú, por supuesto.

—Que no, que yo por mi marido aposté hace muchos años, y te digo que nuestro amor es incondicional.

—Los hijos te hacen sufrir, son eternos, pesados, egoístas por mil, un pozo sin fin de gastos, una energía a veces mal gastada, que se te va la vida, la salud, te arrastras por las esquinas durante años para llegar a todo (su educación, su salud, sus extraescolares, sus fiestas infantiles, sus regalos, sus comidas, sus estudios...); a veces, incluso con lágrimas en los ojos, porque tienes la sensación que no llegas a todo, que no es suficiente, que siempre se espera más de ti, y ellos siempre te exigen más.

—Mientras los retoños van pidiendo, apretando más y más las tuercas, sigues envejeciendo a la velocidad del rayo. Ya pueden inventar bótox y plasmas, que me los voy a tener que poner por vena. Y vas envejeciendo, te van saliendo más canas, más arrugas, más quilos, porque no te da la vida.

—Pero te acuestas por las noches cuando está todo hecho, y a veces te vuelves a levantar para ir a su habitación y observar cómo de lindo es tu retoño. Cuánto amas a esa personita que ha salido de tus entrañas, y como matarías y darías tu vida por él, sin pensarlo.

—Sí, haces todo esto y más, pero yo me quedo con mi marido, que me ama por encima de todo, que piensa en mí antes que en él, que no mueve un dedo si sabe que me puede perjudicar, que ojalá no hubiéramos hecho tantísimo por nuestros hijos, porque a veces hemos estado a punto de perjudicar lo nuestro y romper nuestra relación por culpa de ellos. Y al final, ¿quiénes estamos, quiénes quedamos? Él y yo. Amor Incondicional.

Supongo que me sorprendieron sus respuestas porque creía justamente que darían otras, o la gran mayoría la elección contraria; es decir, seguir con el sacrificio maternal que hacemos y

llevamos integrado las mujeres, de serie yo creo. Y que al parir se activa todo, parabólica incluida.

En tres de esos casos con pareja estable, no convivían, incluso, en uno de ellos vivía a horas de distancia el uno del otro, y aunque mantenían una historia de amor profunda y auténtica, e incluso viéndose poco o menos de lo deseado, escogía a su pareja que no a su hija que vivía con ella. La única hija que tenía, que después de haber pasado cierta crisis de la edad y que habían superado y recuperado esa bonita relación madre-hija, de complicidad y amor del bueno.

Otra decía:

—Yo llevo pocos meses con Raúl, pero estoy muy cansada de mis dos retoños adolescentes. Llevo demasiados años en posición de mamá protectora de cachorros.

»Ya sabéis que uno de mis ellos me lo ha hecho pasar de colorines; estoy agotada y me apetece amar, arriesgar, apostar.

»Sé que mi relación puede dar un giro de ciento ochenta grados, pero estoy por la labor y quiero apostar por este proyecto.

»El *proyecto hijos* ya anda un poco solo, que vuelen un poco por libre. A mí me tienen ahogada.

En otro caso, una de las que no tenía pareja, hacía tiempo, apostó por sus hijos sin dudarlo. ¿No sé si tiene relación o no? Conociéndola diría que no porque es muy protectora y entregada a la causa, aun abandonándose ella, y dejando infinidad de veces de hacer o apuntarse a cosas por sus hijos, aun pudiendo organizarse, prefiere estar cerca de ellos todo el tiempo que puede. Y no son pequeños.

A diferencia de muchas de nosotras que a veces necesitamos huir o alejarnos de los retoños, y salir, bailar, beber, hablar, llorar y reír dependiendo del momento, y desconectar de las obligaciones de mamá. Ella no, siempre escoge la responsabilidad y el estar con sus hijos, adolescentes.

Una le preguntaba a esta:

—¿No necesitas de vez en cuando desengancharte de ellos? ¿No te agobias de tus hijos nunca?

—Lo que me agobia es la vida, el trabajo, la presión familiar y laboral, pero mis hijos, por suerte, hoy en día, no; o, aún no. A mé levantarme a estudiar con ellos de madrugada, de verdad, me hace feliz. Los ayudo, yo aprendo y compartimos momentos de nervios para ellos, donde puedo calmarlos, cuidarlos, mientras se esfuerzan en aprobarlo todo, yo les hago sus platos preferidos, estamos todos juntos en casa, en familia

Su ex, que vivía en el extranjero, que había creado una nueva familia, y que cada vez bajaba menos a ver a sus otros dos hijos, no completaba el *pack* familiar, por eso ella había apostado por proporcionarles a sus hijos, y con creces, las carencias que su padre les provocaba.

Luego había la que, aun creyendo en el amor, teniendo una relación bonita, duradera y estable, ni se planteaba apostar por el amor. Ella sin acabar de escuchar la pregunta escogía a sus hijas, sin dudarlo. Era de las que pensaba que el hombre te falla, y aunque los hijos te hagan sufrir y a veces te decepciones, son tu sangre, son tu responsabilidad, son tu deber.

—Coño, no haberlos tenido. Ellos no han pedido venir a este mundo. Si los hemos traído, apechugad con ellos —dijo—. Ni amor, ni hostias en vinagre.

—Que no crees una vida, ni la traigas al mundo si la vas a dejar tirada por el primer maromo que pase.

Una se interpuso:

—No, nada del primer maromo, amor incondicional, amor del bueno. Apuesta segura.

Seguía defendiendo esta última:

—¿Qué apuesta segura ni que ocho cuartos? Que tu pareja es de su madre y de su padre, de otra

familia, otra sangre, otras costumbres, religiones y costumbres. No son tu sangre.

La persona que apostaba por sus hijas sin ni siquiera cuestionarse otra posibilidad, empezó a hacer otro tipo de reflexiones en voz alta, que si viendo las respuestas de unas vidas actuales y reales, eran distintas entre ellas y eso era maravilloso. ¿Dónde radicaban las diferencias?

Empezó diciendo:

—Claro que, si me lo pongo a pensar, mi pareja actual tampoco dudaría en escoger a sus hijos antes que a mí. De hecho, los primeros años de relación, lo demostró con creces y sobrepuso a sus hijos por encima de nuestra relación en innumerables ocasiones, hasta el punto de que lo dejé. ¿Qué coño pintaba yo en esa relación?

»Y no sé si me he adaptado a su manera de pensar en cuanto a estas cuestiones o que inconscientemente lo he escogido porque yo hago lo mismo.

»Tengo claro que él no solo escogería a sus hijos, sino que incluso escogería a su madre de más de ochenta años antes que a mí, aunque eso le representara perder al amor de su vida, en el caso que fuera yo. Porque las palabras se las lleva el viento.

Esa reflexión era absolutamente necesaria que siguiera haciéndola en soledad, para ver adónde llegaba tan poca implicación; esa falta de apuesta y confianza, esa historia de amor de cartón por parte de los dos.

Eso lleva a una reflexión que muchas parejas deberían hacerse.

REFLEXIÓN:

¿Porque si no se apuesta fuerte en una relación es que no es real? ¿Vale la pena una relación donde sabes de antemano que nunca serás nada superior para él, suficientemente importante como para que apueste por ti? Que, aunque te ame por encima de muchas cosas, y lo sepas, siempre hay algo por delante de ti, de kilómetros luz entre su familia y tú. ¿Se pueden compaginar las dos partes (su familia y pareja), si no hay contacto con esa familia política? ¿Cómo se puede hacer sin dañar, sin tener que apostar y tomar decisiones que duelen?

¿Eso es lo que ella quería?

Para seguir con el debate y para acabar de poner toda la carne en el asador, sobre todo para comprendernos, para poder entender todas las posturas, y por qué cada una hacía esas elecciones de vida, ¡que me parecían magistrales!, volvimos a la carga:

¿Si tuvieras que salvar la vida a un miembro de vuestra familia, sería vuestro hijo o vuestra pareja?

Aquí, sí que todas menos una, que dudó, aunque acabó posicionándose, aun diciendo que era una cuestión racional, no de sentimientos. Todas salvaban la vida a sus hijos; por protección, por supervivencia, por salir innato, por darle la vida a quien ya se la dio una vez. Y algunas decían, por racionalidad.

—Mi marido ya ha vivido, le queda menos de vida. Es de justicia salvarle la vida a quien le queda aún tanto por vivir.

Una noche maravillosa que, aun habiéndome quedado con un peso extraño en el estómago y una sensación agri dulce, fue una conversación de Grammy.

Alias, Las Pringadas

Se ha hablado infinidad de veces sobre el cambio de la sociedad, el avance de la mujer (ya me explicaran dónde está), la concienciación de los hombres de que los hijos son de los dos, no de la mujer. La casa donde se convive, se cuida, se limpia y se mantiene, que no se hace por arte de magia, sino que, si no lo hace él, alguien lo hará.

—Hostia, ¿mi mujer?

—Pues sí, ¿quién si no?, ¿tu madre? Lo dudo.

Parece que el mundo ha evolucionado; todo va a mejor, aunque esté lleno de desgraciados que matan, violan y vejan a las mujeres sin piedad (que dicen que antes pasaba y no nos enterábamos porque no había tanta información, redes sociales, Internet...). Yo tengo mis dudas.

Por una parte, sin duda, hay más información externa y mucha información interna, o eso quiero pensar. La gente está más estudiada, preparada y no es la ignorancia pura que existía no hace tanto, en cada esquina, y hace menos de cien años.

Otra parte es que, precisamente, esa información contrarrestada, sabida, leída, escuchada, hasta vista, nos estaba dándonos martillazos continuamente en la mente. Y llamadme palurda, pero tanto Internet, videojuego, películas *gore*, libros de asesinos en series, tramas retorcidas y bestiales..., a cuál más burda.

Por muy bien hecha que esté una cinematográfica, escrito un libro u hecho un estudio riguroso, largo y contrarrestado por muchos profesionales, de muchos países y durante un mínimo de diez años y un máximo de veinte. Yo tengo la sensación de que estas informaciones nos están estorbando la cabeza. Y a los que no la tienen tan bien amueblada como debería, se les da ideas; además, a sabiendas que la ley, muy mucho, no nos engañemos, no hace.

Que, yéndonos a otra dimensión, a mí a veces me dan ganas de convertirme en ladrona, total para lo que me queda en el convento me cago dentro.

Ah, no, que como soy ciudadana española, a veces, últimamente muchas, con vergüenza ajena, pues a mí por robar un jamón, o cuatro folios me meterían en una cárcel de mujeres para desgraciarme psicológicamente de por vida. Díganme ustedes si las cárceles están hechas para todo el mundo.

Y sí, señores, deberían de ser para todos, pensada para todos; los que vienen de casa bien, mediana y muy mala. Que unos tendrán una adaptación casi dulce depende de donde vengan. Pero la mayoría de los ciudadanos, y aquí me incluyo yo, no me daría tanto miedo que me privasen de libertad, como de ir a la ducha con un grupo (de todo), a comer en comunidad, salir al patio con bestias pardas e irme a dormir en una celda compartida. Solo de pensarlo me entran ganas hasta de hacerme monja.

Ya me he ido de tema, ¿por qué siempre me voy por cerros de Úbeda?

Estaba, hace un rato, arrastrándome por casa, a medio vestir de calle (aún con la mitad de la ropa del día puesta) y medio en pijama, y eso sí, descalza, no puedo con los zapatos. Todo el día encerrada en esta otra cárcel que nos aprisiona, esta maravilla que nos hace avanzar por el mundo. Qué irónica la vida, ¿verdad? Otro día analizamos eso.

Como os decía, iba arrastrándome por la casa a medio de todo, recogiendo algunas prendas mías y de mi hija, que hay aún en el sofá, no sé si de ayer, que era martes, o quizás del domingo. ¿Ya han pasado cuatro días desde entonces? ¡Bueno, pues ya está por llegar el *finde*!

Mientras llevaba las manos llenas de cosas, dirigiéndome a la habitación de mi hija a dejarle lo que estaba trasladando del sofá, ha sonado la alarma de que la lavadora ha acabado y me he quedado parada en medio del pasillo.

Como en babia, bloqueada, como si la sangre no me llegara a la cabeza y la señora que tengo dentro de mi cerebro, que me va indicando lo que tengo que hacer en cada momento, la llaman cerebro, se ha quedado callada.

Y me he dicho, porque sí, hablo sola, mucho, que a veces mi retoño me dice: «¿Qué dices mamá? ¿Con quién hablas?». Antes disimulaba, ahora le digo la verdad. Con nadie, conmigo.

—¿Adónde iba? ¿Qué iba hacer?

La verdad es que un poco sorprendida, porque me miraba las manos y llevaba ropa, pero estaba parada en medio del pasillo, en mitad de la cocina, el baño y la habitación de mi hijo, y no sabía qué hacer, tenía tantas cosas por hacer aún, que no sabía por dónde continuar.

Y yo solo soñaba con acostarme, con que hubieran pasado las dos horas, solo me quedaba eso para meterme en la cama. Y eso sí, cuando llega cierta hora, me da igual cómo está la casa, el mundo y no lo diré en voz alta, pero hasta mi hija, no puedo más. Me voy a la cama y el mundo para mí se ha acabado. No hay vida en la tierra, ni planeta que me la menea.

Y hoy, no otro día, no, hoy. He tenido un pensamiento, que luego ha ido acompañado de una reflexión.

¿Cómo se lo hacían las madres de antes?

¿Dónde estaba el truco? Ellas también estarían cansadas, digo yo, y dentro de casa hacían muchísimo más que nosotras, pero mucho más, empezando porque todas sabían cocinar y coser, ya es un gran logro. Algunas eran listas y te ayudaban con los deberes, limpiaban, y casi diría que la gran carga de la casa, por no decir casi toda, recaía sobre ellas.

Vale que no trabajaban fuera de casa, pero yo no sé vosotras, yo descanso más en el trabajo que en casa. Prefiero mil veces ir a la oficina, que quedarme en casa muchos días seguidos, haciendo lo que vulgarmente se dice, y espero no ofender a nadie porque a mí me parece cariñoso, marujeando.

Y las veías siempre de buen humor, preparadas para el maratón que le tuvieran preparado de niños; extraescolares, comidas, cenas, arreglos de ropa, disfraces, manualidades....

Y a mí que no me da la vida.

¿Cómo diantre se lo hacían?

Es muy frustrante ir de culo todo el día y hacer muchas, muchísimas cosas, pero tener la sensación de que no llegas a nada, con la lengua fuera y agotada.

El otro día que leía un artículo sobre telómeros, y no sé si decir que me han abierto la mente, que he entendido ciertas cosas, pero sobre todo he tomado conciencia de que así no podemos continuar.

¿Cómo? No lo sé, pero esta no es la fórmula adecuada para llegar a ancianas.

Estamos envejeciendo más rápido y mal, porque tenemos a los cuerpos peor cuidados, no los mimamos, no descansamos suficiente. Y esta parte que recubre la hormona, que esta sí que es cabrona, que envejece, te abandona, se vuelve loca y te arrastra con ella, en la adolescencia, en el embarazo y en la menopausia, y todo lo que le acompaña a la vida. Pero los telómeros no envejecen, con lo cual, menos bótox exterior, menos plasma, menos cirugía, menos vitaminas y cremas a tutiplén.

Más descanso, menos estrés y mucho amor, del bueno, del que te das de tú a tú, nada de los demás. Que esos desaparecen y te destrozan una temporada. El tuyo, del que nadie te conoce como tú misma, ni te quiere bien como tú misma, ni te aguanta tanto como tú misma.

Porque este es otro capítulo. Vosotras a veces no os aguantáis, ¿verdad? Decidme que no soy la única.

A veces ni me reconozco. Porque una cosa es tener malos pensamientos y machacarnos hasta las venas a nosotras mismas sobre nosotras mismas, que ya es bastante deprimente y triste. Pero otra es cuando no solo son pensamientos, sino que de mi boca salen palabras y palabrotas, a veces, por suerte cada vez menos, porque me estoy haciendo mayor, creo que tengo más paciencia, y huyo como loba en celo de los conflictos, así que de eso por suerte cada vez menos. Los conflictos me lo hacen pasar fatal y no me aportan nada bueno, me da igual no tener siempre la razón, ahora ya sí.

Para no volver a cambiar de tema y centrarnos un poco.

No sé cómo solucionar este agotamiento, envejecimiento prematuro, cuando de salud estoy bien y de ánimos también. No tiene nada que ver ni con falta de hierro, defensas.... Ni depresión ni tristeza. Que ya os veo a venir con vuestros comentarios, que os conozco.

Nada más lejos de la realidad. No es un estado, es un cansancio real, físico, aun descansando, durmiendo y haciendo algo, un poco de ejercicio.

No entiendo cómo lo han hecho toda la vida nuestras abuelas. No. Lo. Entiendo. Y no sé si quiero saberlo. Porque entonces, quizás, sí que me corte las venas directamente, o me ayudaría a no tener siempre la sensación de que he perdido la carrera, ya ni hablamos de una buena clasificación.

Autoengaños añorosos y amigas

Qué manera de auto-engañarse tienen algunos y algunas.

Estaba el otro día en un restaurante, uno cualquiera, eso es lo de menos, ni es relevante ni tiene importancia. Lo que sí la tiene, es lo que oí en la mesa de al lado. Captó toda mi atención y puse mis cinco sentidos en las conversaciones que estaban viniendo de la mesa vecina, la colindante a la mía, y que cada vez se ponían más interesantes.

Era un grupo de amigas, la típica cenita de chicas; parecía que se conocían hacía muchos años por los comentarios, bromas y anécdotas que irían contando durante la noche.

Sí, estuve muy atenta. No, mis acompañantes no se enfadaron por ignorarlos casi toda la velada. Mis amigos, solo me rodeo de los buenos, saben que escribo y que me inspiro en las personas, de lo que me rodea, del mundo en general y de lo mucho que este me transmite.

Me despiertan pensamientos, sentimientos, sensaciones; reflexiono ante todas esas cosas, de ahí salen mis propias teorías sobre la vida y sobre mis vivencias y experiencias, que mezcladas con todo lo que ven y sienten mis ojos, nacen cosas maravillosas que me llenan e inundan el alma. Y que me hacen tremendamente feliz, ya que me siento viva, muy viva.

Parte de todo ello es lo que hago llegar a mis lectores fieles. Me desnudo sin desgranarme ni desangrarme. Lo justo para compartir mi felicidad sin perder mi esencia ni mi privacidad.

El tema iba, para variar, de hombres, amor, relaciones y los portales y sus redes sociales para conocer a gente y tener citas, para posteriormente mantener relaciones sexuales y, a veces y con un poco de suerte, mantener relaciones emocionales. Que esto último parece que sea lo de menos, pero quizás debería ser el objetivo principal, digo yo.

Establecer relaciones sanas, maduras, generosas; donde compartir vida, momentos y sinceridad.

Una chica del grupo, muy guapa, alrededor de los treinta y cinco, atractiva, vistosa, ruidosa y divertida. Digo vistosa porque es de aquellas personas que no les gusta pasar desapercibida y ponen énfasis en esa parte. Su manera de vestir atrevida (ceñida, escotada, corta, tacones altos, labios rojos...). Ella sabe que es guapa y también que la mirarán. Y por si alguien no la viera, hace lo posible por llamar la atención de los asistentes.

Digo ruidosa y divertida porque habla a voz alzada, grita cuando dice alguna broma subida de tono para cerciorarse de que la hemos oído, y ríe a gritos por si alguien no la ha visto, que se entere que está ahí, con todas las plumas de pavo real al aire.

Un espectáculo de mujer, con ella no te aburres y si bebe menos, a la vista estaba que sus amigas tampoco; estaban todas muy entregadas a la labor.

Estaban haciendo la típica rueda de convivencia y buen hacer, pasando por todas y preguntando cómo estaba cada una de ellas, lo que propiamente se dice: ponerse al día. Sus novedades, sus vidas y las preguntas esperadas en estos casos (familia, amor, trabajo, kilos, dietas, tratamientos de belleza, ropa, complementos...).

Hubo uno de los temas que me sorprendió especialmente por cómo se hablaba, con qué naturalidad exponían los tratamientos de belleza más agresivos, que iban más allá de las cremas de toda la vida. Hablaban de bótox, plasma, cirugía, aumentos de labios y pecho, retoques varios;

como si llegar a esto fuera lo normal, como si tuviéramos que pasar todas por ahí cuando nos llegara la hora, y todo nos empezara a caer.

¿Porque envejecer dignamente y con una sonrisa no vale? ¿No se lleva? No se contempla ya en estos tiempos que corren; el ir observando el paso del tiempo en tu cara y tu cuerpo, sin más preámbulo que ese, recorrer las etapas de la vida, con alegría.

La protagonista del grupo, cuando le tocó el turno, empezó diciendo que ella tenía el corazón cerrado, no quería enamorarse porque quería estar sola. No quería hombres en su vida. No quería una relación. No quería ni tener pareja.

Continuaba con su explicación, diciendo que después de su terrorífico divorcio, lo último que le apetecía era empezar una relación.

Si solo hubiera oído esa explicación brava y muy convencida, me lo hubiera creído sin más. Claro que sí, una decisión muy sabia, además; muy respetada y muy innovadora. La finalidad no tiene que ser buscar y tener pareja.

(Aplausos internos, no puedo darme a conocer, que soy la espía de la mesa de al lado, y aplaudir me hubiera revelado).

Pero la contradicción humana siempre nos juega malas pasadas y el subconsciente más. Sus palabras iban de espalda con sus actos.

A punto estuve de levantarme de mi mesa, para sorpresa de mis acompañantes, acercarme a la mesa de todas esas preciosas mujeres, y abrazar y besar a esa protagonista, por tal decisión. Por supuesto no lo hice, solo seguí con la oreja pegada a sus conversaciones.

Ella seguía con su vehemente explicación.

—Follo con quien quiero y cuando quiero.

(Hasta ahí bien, sigue mi respeto hacia ella, y otra muy sabia decisión)

—Follo sin parar, no paro de tener citas, estoy con un montón de tíos y hago lo que me da la gana.

Eso ya me chirrió un poco más. ¿Necesitas follar con muchos tíos, en un mismo período? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué te aporta eso? Aparte de infinidad de orgasmos, que mal no tiene que estar la cosa.

¿Tienes una apuesta que ganar? ¿Te has apuntado a un concurso de la folladora del año? ¿Por qué necesitas tener en tu vida y en tu cuerpo tantas manos diferentes que lo acaricien?

Otra, un poco más conservadora, se introdujo en la conversación.

—¿No te da miedo quedar con desconocidos? ¿Ir a sus casas? No sé, a mí me daría mucho miedo

La de al lado de esta nueva, se añadió a la conversación.

—Con la que está cayendo; psicópatas, asesinos, violadores..., a mí también, me cago solo de pensarlo.

La experta en citas interrumpió para añadir:

—No conozco a nadie de mi entorno, y somos muchos dentro de estas aplicaciones, que haya tenido ningún problema con las redes para citas. Conozco a muchísima gente que utiliza estas plataformas, chicas y chicos, y nadie me ha comentado nunca nada, ni a mí misma me ha pasado nunca nada, ningún susto, ni extrañeza; ningún momento tenso, al contrario, he conocido a gente muy interesante, y algunos hoy son mis amigos, aunque ya no follemos.

Otra parecía una experta retirada. De las que conocía muy bien las aplicaciones, pero hablaba en pasado como si no fuera con ella ya. Quizás tenía pareja o quizás había colgado los hábitos, dijo.

—Yo, cuando tenía citas, siempre quedaba en lugares céntricos, incluso algunas veces, les

proponía, si yo salía con las amigas, de quedar después de cenar, en algún sitio donde nosotras íbamos a estar.

—Así mataba a dos pájaros de un tiro; el tío venía con amigo/os soltero/os, y yo igual, si no nos gustábamos, los facturábamos y seguíamos con la fiesta. Que a una de nosotras nos gustaba alguno, las otras se sacrificaban y aguantaban el cirio toda la noche, si era necesario. Eso es lo que hacen las amigas. Hoy por ti, mañana por mí.

La experta añadió:

—Eso puede llegar a ser un coñazo, porque es tan difícil que se gusten todos. Está el mercado fatal. Es una lotería casi imposible.

Y saltaron todas en risas

La experta retirada añadió:

—Es cierto, pero si lo de las citas lo haces más por una diversión que por una necesidad, que es lo más constructivo, no lo conviertes en una caza de busca y captura, al acecho de buscar un novio a toda costa. Es mucho más divertido.

Siguieron hablando, cotilleando, comentando, riendo; sorprendiéndome de lo que se incorporaba en la conversación, de las anécdotas explicados. Sin duda, la que más hablaba, con diferencia, y todas la escuchaban con adoración, era la protagonista. Se veía buena experta en la materia y por sus caras de sorpresa, muchas debían de estar retiradas del *mercado* de las citas. Supuse que estarían en relaciones estables. Oír las batallitas de cómo funcionaba ahora esos temas y cómo estaba el *mercado*, era de lo más atractivo y divertido.

Hay un dicho muy antiguo y muy usado que a mí me gusta especialmente por la gran dosis de verdad que lleva consigo.

¡Dime de qué presumes y te diré de qué careces!

La experta en la materia mostraba ir sobrada de citas y experiencias, estar entretenida y divertida, tener cola de chicos de todas los colores y formas. Sí, y también de sus penes; cómo no, un tema muy elocuente e interesante. No solo sus formas y colores, sino sus diversas maneras de utilizarlas, sus sensuales y extravagantes movimientos que la hacían tocar el cielo a la vez que el clímax.

Hubo risas, manos alzadas, manos tapándose la boca ahogando risas de pudor. Hasta cambios de algún color de tez, sonrosándose algunas mejillas al oír en otras ciertas prácticas.

Era una mesa para gravar, muy instructiva.

Cuando las aguas se calmaron y las conversaciones se fueron por otros derroteros, la rueda siguió pasando por cada una de las asistentes.

La protagonista y dos de las compañeras más cercanas empezaron a hablar entre ellas. Una de ellas, muy guapa y demasiado callada; La verdad es que era de las pocas que no se asustaba con nada de lo que decía su compinche, ni parecía que la afectaban las conversaciones y barbaridades que se fueron diciendo en aquella velada; parecía estar de vueltas de todo; reía, observaba y casi no comentaba nada. Era discreta y se veía vívida.

Las tres empezaron a hacerse fotos; yo las tenía muy de cerca y podía oír mucha parte de sus comentarios privados. Incluso se levantaron con sus móviles y desaparecieron un rato; entiendo que fueron a hacerse reportaje fotográfico. Era verano y, aunque nosotros estábamos dentro del restaurante, este tenía una terraza muy bonita y bien decorada, que para ese menester era ideal.

Cuando volvieron, nadie les dijo nada, las demás estaban absortas en otras conversaciones sobre el trabajo y los cotilleos que una de ellas explicaba, ya que dos de las comensales conocían a los protagonistas del trabajo a quien se refería. Y eran unos cuernos succulentos, de esos que a los cotilleos les encanta tener en su repertorio.

Las tres ausentes, seguían mirando el móvil y hablando más flojo que las demás, como fuera de la conversación del resto. Yo tenía la gran suerte de tenerlas a mi espalda, de lateral, lo justo para controlarlas sin ser vista y, sobre todo, para oírlo casi todo.

—¿Colgamos esta? —dijo una

—Sí, estamos guapas; córtala y salimos las tres. Que lo vea.

—La de la escalera es muy sugerente.

—Si estas pidiendo guerra, jajaja.

—*Nooo*, pues esa no. La que nos ha hecho el camarero bajo el árbol, esa es ideal.

No me había equivocado, habían desaparecido para hacerse fotos. Estaba cantado.

—Pero ¿tú crees? ¿Y si pasamos de colgar nada?

—No, no, cuélgala, que vea que estamos bien y pasándolo en grande. Que no piense que estoy en casa llorándole.

En ese momento se miraron con la boca abierta, de esas risas ahogadas, queriendo decir...
¡Halaaaaa!

Debían de haber cambiado de aplicación y vieron algún posible pretendiente interesante.

—Me ha escrito el Kunta Kinte (*esclavo gambiano del siglo XIX que como castigo le cortaron un pie*).

—No jodas, a ver.

—Dice está en Barcelona y quiere verme.

—Pero que hace aquí? —le contestó la amiga, acercándose a la pantalla del móvil de la otra.

—Por trabajo, está hasta mañana mediodía. —La protagonista se dirigió a ella con cara de satisfecha y una media sonrisa.

— Le digo que voy luego a su Hotel.

Se miraron y soltaron una carcajada al unísono, mientras levantaban uno de los brazos y chocaban los cinco de un manotazo.

La noche siguió en esa línea de confidencias, bromas, complicidades, confesiones inconfesables y muchas risas; con brindis y muchas copas chocando al aire. Bebieron de todo y parecía que se divertían por las risas que soltaban.

Yo me incorporé un poco a mi grupo de mesa y desconecté de las chicas; tenía suficiente material para escribir lo que estoy compartiendo ahora y varias preguntas en mi cabeza que, a la mañana siguiente y sin alcohol en las venas, desarrollararía.

Esa mañana, aún con un poco de resaca y con sueño hasta en las pestañas, tenía ganas de coger mi portátil, colocarme en la cama, con mis cojines, bien posicionada, y empezar a divagar sobre lo que había oído.

Allá va...

Si estás bien contigo misma, no tienes ganas de enamorarte, ni complicarte, ni compartir una relación estable; quieres diversidad y divertimento, quieres probar cosas nuevas y hasta géneros de sexo nuevos. Es magnífico. Hazlo; sáciate, investiga, experimenta. Pero no vendas que es lo que quieres, cuando no dejas de mirar el móvil, entrar y salir de varias aplicaciones de citas, y estar pendiente de colgar fotos maravillosas (que es lo que hace todo el mundo, colgar solo lo bueno y bonito); un mundo irreal y hasta de mentira en muchos casos. Mostrando una felicidad fingida, falsas risas, amigos inventados; porque, a veces, las personas se sienten y muchas están más solas que la una. Pero las fotos dicen otra cosa.

Esas chicas no estaban disfrutando del encuentro con sus amigas. Estaban contentas de verlas, sin duda, y quizás no tenían mejor plan para ese viernes noche de finales de mayo. Pero estar pendiente de lo que querían mostrar al exterior y no al mundo en general, sino a ciertos hombres, a

mí me daba que pensar. Y un poco de pena, la verdad, porque, para empezar, se estaban auto engañando, diciendo que estaban bien y no lo estaban.

No es ninguna crítica, ¡válgame Dios bendito! (para ser atea, sé unos cuantos refranes religiosos).

Quizás ellas, diciéndoselo, se lo acababan creyendo y actuaban en consecuencia. Aquí cada uno tiene sus propias miserias y hace lo que puede con ellas.

Ni intención de juzgar a nadie, que yo he tenido el máster del universo en engañarme a mí misma siempre, para empezar. Pero como dice un buen amigo mío psicólogo: «Te auto-engañas de inicio, pero siempre te acabas diciendo la verdad». Eso lo considero una virtud. Ser sincera y honesta conmigo misma es lo mínimo a lo que aspiro en esta vida.

Como decía una exjefa mía: «Eres asquerosamente honesta», cuando ella mentía al jefe sin parar y pretendía que yo lo hiciera. Por entonces, yo era más joven, más ingenua y la admiraba; pretendía ser como ella. Por suerte, no me salía mentir; enrojecía, tartamudeaba, y decidimos que de esa parte mejor se ocupara ella.

Para bien y muchas veces para muy mal. A veces, eso te confronta con personas y te trae problemas. Las personas, en general, no quieren oír las verdades, quieren oír hipocresía y banalidad.

Pero siguiendo con las amigas...

Es más honesto decir la verdad y más si estás entre amigas, se supone que de las buenas.

Las amigas están para eso, para escuchar, para ayudar, para aconsejar, para acompañar, para lo que haga falta; si es necesario para reñirte y decirte que te estás equivocando. Aunque eso nos cueste un poquito más de aceptar, a mí la primera. Cabezota donde las haya.

Como decía, si es lo que deseas, hazlo; pero no lo grites a los cuatro vientos y no pares de repetirlo como un mantra para ti misma y auto convencerte de que es lo que quieres y necesitas.

¿Porque sabes lo que a mí me parece?

Que nos mientes, que nos engañas; empezando para pena tuya, mintiéndote a ti misma, pero también a personas que, al fin y al cabo, parece ser que son tus amigas, y te aceptan y te quieren como eres. Si engañas a los amigos, al final, también se largarán; te quedarás sin hombres y sin amigos.

Quien tiene un amigo tiene un tesoro.

REFLEXIÓN:

La teoría sobre la amistad y las catarsis mundanas.

Las amigas aguantamos casi todo; las auténticas, claro, no las que te lo parecen, pero que se alegran de tus desgracias y casi te provocan o acercan a alguna, si pueden, para sentirse mejor con ellas mismas.

Las amigas no aguantamos las mentiras; eso lo consideramos desleal y crea desconfianza, que a la larga pasa factura.

En la vida es importante hacer un resumen de tus relaciones, de todas; pareja, amigos, compañeros de trabajo, familia e, incluso, hijos. Todas las relaciones son importantes y todas ellas llenan nuestras vidas. Es importante hacer una evaluación de vez en cuando.

Yo lo he hecho tres veces en mi vida, y sé que alguien también lo ha hecho conmigo, una amiga me alejó de su vida. Tuvo la valentía de comunicármelo por teléfono. No me dio una explicación, tampoco se la pedí; lo respeté dentro de mi sorpresa y desapareció para siempre.

¿Me dolió? Sí. ¿Mucho? No.

Alguien que decide alejarse de mi vida, sin haber intentado solucionar las rencillas que pudiera haber, sin dar la oportunidad al otro de mejorar la relación, no merece ni mi respeto ni mi amistad.

La decepción fue tal, que automáticamente empezó a aparecer en mi mente y en mi retina todo aquello de ella que no me gustaba.

A eso lo llamo una autodefensa de mi psique que, para que no me doliera, aparecieron situaciones, anécdotas, frases fuera de tono, sus teorías aplastantes e intransigentes, el comportamiento antisistema cuando le convenía, la incoherencia entre lo que decía y en cómo actuaba; empezando por sus hijos, siguiendo por su pareja y, la más importante, por sí misma. Aunque yo la había aceptado tal cual, ella era así y así la quise, durante treinta y nueve años de amistad y respeto por mi parte.

Nuestro significado de amistad era distinto. No merecía la pena seguir conservando, alimentando y cuidando una amistad que no se había ganado ese título.

La consideraba una amiga, sí, sobre todo, por la cantidad de años que llevábamos juntas, pero lo tuve que respetar. El Universo sabe lo que hace, y que ella se apartase de mi vida, me hizo bien. Es curioso, pero no la eché de menos ni una sola vez. No tuve tentación de llamarla ni una sola vez.

Un dolor necesario para avanzar. Animo encarecidamente a que observéis a vuestro alrededor qué personas están compartiendo vuestra vida. ¿Qué os aporta cada una y que os hace seguir unidos?

Descubriréis un gran mundo y muchas sorpresas si lo hacéis de frente, con ganas y aun teniendo miedo; queriéndolo hacer bien, con sinceridad hacia ti misma, el resultado final es solo para ti.

Hay demasiadas relaciones tóxicas que pasan desapercibidas, por el conocimiento, la causa, el tiempo, y que es muy necesario hacer introspección de relaciones de vez en cuando y limpiar la suciedad emocional.

Hay buenas y malas personas en la vida. Yo soy de las que pienso que aun habiendo malas personas y, en consecuencia, malas amigas, si uno quiere, si uno lo desea, puede cambiar.

Ahora, cuando pillas una putada de una supuesta buena amiga, y no solo no te pide perdón, reconociendo la realidad por los cuatro costados, sino que intenta involucrar a otra persona, tirando pestes, inventando mentiras y enfrentándote a otras personas, algunas importantes..., huye, huye despavorida de esa parcela, no es de fiar.

El perdón se ha de aceptar, los humanos somos muy imperfectos y nos equivocamos muchísimo; pero, si lo reconocemos y queremos cambiar, oye, tenemos que sucumbir a tal hazaña.

Qué difícil pedir perdón de corazón, ¿verdad?

Dicen que el humano tiene una catarsis emocional cada siete/nueve años. Hay cambios, suceden cosas, tu mente y tu cuerpo te pide cosas diferentes o nuevas, te reclama cambios, suceden pequeñas desgracias que hacen que te despiertes si no estás atenta. La vida te pone de pie.

Se remueven cosas, si escuchas un poquito dentro de ti, lo notarás y lo sabrás rápido. Eso es maravilloso, todos los cambios son para bien, para avanzar, para mejorar. No hay tener que tenerles miedo, aunque lo den, son DIFÍCILMENTE MARAVILLOSOS. Si no los haces, la vida te obligara a hacerlos, así que vale la pena hacerlos a buenas.

Si no se hace limpieza honesta y de verdad, no puedes avanzar hacia un camino saludable, una vida sana en todos los sentidos y rodearte de buena gente. De personas que te quieren, que te cuidan, que te protegen y, sobre todo, te dicen las verdades y lo que piensan a la cara. No te ríen las gracias porque entretienes una cena, o porque les interesa que no te vayas, porque no tendrían con quien salir y se acabaría el divertimento.

En la vida se ha de hacer higiene, y no hablo de la facial precisamente, no siempre se sabe bien con quién empezar y a quién eliminar.

Hay una reflexión que me he hecho muchas veces y que he visto mucho desde fuera. En posición

de observadora, que me apasiona. Porque ya sabéis que la paja en el ojo ajeno siempre se ve, pero en el ojo propio cuesta un poquito más.

A mí me ha pasado muchas veces. Veo a parejas e incluso a amigas, que tengo tan claro que se están haciendo daño, que son los causantes directos de la infelicidad del otro (aunque esos sean momentos de vida, a veces se convierte en una actitud permanente). Fuera del mundo de esa persona, es lo mejor para ti, pero con el tiempo, hasta para ella.

Las relaciones que te atan son relaciones que les hace mal a ambos, no se dan cuenta y se están cavando su propia tumba emocional.

No sabes cómo decir todo esto, cómo enfocar un tema tan delicado y, sobre todo, tan doloroso. Que, con afán de ayudar, la que puedes salir salpicada y quedarte sin amigas eres tú, por sincera.

Un planteamiento podría ser algo así:

—Hasta que no dejes a este hombre no levantarás cabeza. Te tiene abducida, te has hecho pequeña ante él. Él ha cogido el rol de padre e instructor contigo y eso ya es muy difícil de romper o cambiar. Entraríais en conflicto entre vosotros; si le llevas la contraria, empezareis a pelear. Él te ha reeducado a su gusto y semejanza. Y tú eres tan culpable como él porque lo has permitido. Pero habéis llegado demasiado lejos para cambiarlo. Has de romper de raíz, irte por otro camino y reconstruirte tú sola. Renacer y crear quien quieres ser y cómo quieres vivir tu vida.

O cómo le dices a una amiga que lo que está mal en su vida es justamente su mejor amiga, con la que pasa más tiempo y comparten más cosas; justamente a la que escucha todo el tiempo y a la que acompaña en los momentos difíciles.

—Hasta que no te alejes de esta persona no levantarás cabeza. Está llena de negatividad y pesimismo. Los hombres se alejan de ella porque asusta con sus miedos y carencias, que hacen que sea extremadamente celosa y posesiva, y eso los ahoga y huyen.

» Y es exactamente lo que hace contigo. Chantaje emocional cuando te alejas, ya que casualmente enferma o cae en depresión, y tienes que estar con ella; moralmente tu cabeza te obliga, y es tu amiga. Ella está siempre. Ella está porque no puede estar con ningún hombre, porque nadie la aguanta.

» Esta chica tiene muchos problemas, que no sé cómo no lo veis. Es una chica infeliz, preciosa, joven; todos se la miran, todos se acercan, pero ninguno se queda; repele su carácter, sus paranoias, sus fobias, sus miedos, sus carencias.

Total, que, para no meterte en camisa de once varas, prefieres seguir tu camino y seguir escuchando lo que quieran compartir, aun sabiendo que mucho es mentira, que se han construido una vida de papel. El papel *craft*, de embalar, no deben de saber que el papel en el agua se desvanece, en el fuego se hace cenizas y, ante algo grande, se arruga, quedando en nada. Aplastado.

Te mereces una vida de verdad. Lánzate, arriésgate, rompe con todo, avanza, huye, salta, prueba; ve a por nuevas cosas y tu vida mejorará en todos los sentidos.

Descanse de una vez, conciencia

¡Viva las Malas Madres!



¿Soy una mala madre por tener la necesidad de no estar siempre con mi hija?

Pues si querer perder de vista de vez en cuando a mi hija es ser una mala madre... ¡SOY UNA MALA MADRE, SEÑORES!

Me gusta observar de cerca a las familias centradas, obsesionadas y cerradas entre ellos mismos y sus familias e hijos. Me cuesta comprender a esas madres (vale bueno, y padres también) que se centran solo y exclusivamente en la relación familiar y lo que eso conlleva: trabajo, casa, extraescolares, niños, comidas familiares los fines de semana, un domingo con la suegra, un domingo con la madre..., y donde los niños crecen en un núcleo familiar unido, sí, maravilloso, pero ¿el mundo de fuera?

¡Hola! Ahí fuera existe un mundo maravilloso, lleno de posibilidades, anécdotas por vivir, caídas que sufrir, alegrías y disgustos, conocimientos, experiencias, excursiones en casales, campamentos, dormir en casa de amiguitos, ir en transportes públicos con monitores, profesores o padres de amiguitos, que se los llevan a hacer alguna actividad. ¡VIVIR, SEÑORES, VIVIR!

Cuando oigo: «Es que a mí nunca me ha molestado mi hijo. Hemos adaptado la vida a la edad y necesidad de nuestros hijos. Para eso los hemos tenido. Ya hemos vivido nosotros».

A mí se me ponen los pelos como escarpas, hasta los empastes me chirrían.

¿Teníais vida antes de tener hijos? ¿Y erais felices en esas supuestas vidas? ¿Pues dónde han quedado?

Perdona, que de vida solo hay una, y mientras tus hijos tienen uno, tres, cinco, ocho, doce años..., a ti te han pasado también todos esos años en tu edad adulta.

Que la vida no es solo ser una buena madre, una buena esposa, una buena nuera y una buena hija; además de una buena trabajadora, una buena amiga. En la vida, creo, hemos de encontrar, o intentarlo, la mejor versión de nosotras mismas.

Experimentar, probar, caer y levantarte, hacer, pensar por y para ti, actuar, correr, arriesgar; mientras te ríes a ratos y lloras en otros. Pero, señoras mías, crear nuestro propio diario, nuestro *currículum* de vida, nuestra biografía no vivida por los otros, no; la nuestra, la escogida.

Tu viaje personal e intransferible. Y ese no pasa por nada ni nadie más que tu misma. ¡Tú, sí, tú! ¡Qué miedo da eso, eh!

Qué va... Pruébalo y verás como puedes llegar a enamorarte de ti misma; de descubrir rincones recónditos de tu ser, comportamientos que desconocías, placeres y deseos de todo tipo; sí, no solo un helado arriesgado de tofu o pizza, también un rincón de tu cuerpo donde gritas de placer al roce de la taquicardia, de ese dolor/placer maravilloso, donde yo viviría permanentemente, si no fuera porque mi corazón no lo resistiría... y tengo muchas más cosas que descubrir.

Luego están las que salen a cenar con las amigas muy de vez en cuando, no como norma regular para tu psique emocional, sino cuando están a punto de asesinar a los niños o al marido, o a los dos juntos, en plan *La matanza de Texas*, sin compasión.

Y la ves desquiciada, sentada, nerviosa, ansiosa; haciendo preguntas para entablar

conversación, pero sin escucharte, porque su cabeza y sus remordimientos están en su piso lleno de juguetes por en medio, manchas en el sofá y trozos de bocadillos en las mochilas.

Y cuando tú tienes el detalle (no lo tengáis, dejad que sea ella) de preguntar:

—Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?

Te suelta una barbarie por su boca, si tiene muchísima, pero mucha confianza (olvidemos que los remordimientos moralistas la matan). Que no puede más, que está agotada, que casi prefiere que su marido viaje, porque cuando están todos en casa ella se vuelve loca; aún le interfiere en la cronometrada vida diaria que lleva, tener al marido haciendo un cuarto de lo que ella es capaz de hacer con el mismo tiempo.

O bien, te dice:

—Muy bien, súper feliz, viendo los avances de los niños, las preguntas que te hacen y lo rápido que pasa. Un poco cansada, pero bien.

¿La mato?

Voy a dar una noticia que va a congelar el alma de algunos (sobre todo a los religiosos y moralistas). Estas imágenes pueden dañar la sensibilidad del espectador, si es usted muy sensible, pase de página:

¡Hay madres que se arrepienten de haber tenido hijos!

¡Ya lo he dicho! Respiren tranquilos... Pasará, todo está bien, estamos con usted.

Eso requiere una buena explicación, lo sé y voy a ello. Yo he conocido casos, no muchos, pero más de uno, donde hablo de madres porque con padres no he profundizado tanto. De los padres solo puedo decir que, en algunos casos, a ellos les daba igual serlo; no tenían la llamada de la paternidad y hubieran sido igual de felices, y algunos se atreven a confesar que quizás más, aunque luego lo arreglen:

—Pero no lo cambio por nada (al hijo/hija/varios en cuestión).

También es verdad que para uno que está en todo, absolutamente todo lo relacionado con la familia, la casa, la logística al completo; hay unos 100000000 hombres, y me quedo corta, que están a lo que se les mande y, eso sí, divertir a sus hijos, que eso es súper chachi, aunque la madre esté colgándose de la lámpara. Unos súper papis... ¡Ah! Y, *of course*, para llevarlos al fútbol, eso es fundamental.

Las madres con las que he hablado y por muchos libros, artículos, programas, que me he empapado e interesado, se esperaban otra cosa de la maternidad. Ya ni pasa por estar más divina, tener más tiempo y no ir tan cansada, no. Si profundizamos en la capa más superficial, esperaban un sentimiento de protección, paciencia y adoración hacia sus retoños que algunas aún no tienen.

No me atrevo a decirles que, si no la han tenido ya, no creo que se les vaya creando el sentimiento a medida que los retoños van creciendo, y con su altura van creciendo los problemas, y va disminuyendo la paciencia.

Y me dicen que, si volvieran atrás, y lo han reconocido, no tendrían hijos ni de coña. No les compensa tanto esfuerzo y sufrimiento por la vida que llevan a partir de entonces. Tienen la sensación de que han perdido su vida a cambio de muy poco. Así se sienten, y *haberlas, haylas*.

Que están hasta el mismísimo «arco del triunfo», y no pasa nada, es humano. ¿No estamos a veces hartos de nuestros jefes, hermanos, hasta amigos (los buenos)? ¿Cómo no vamos a estar hartos de darle vida a un ser y enseñarle absolutamente todo, mientras lo cuidas, lo proteges, le educas, le enseñas a ser autónomo, a la vez que le cuentas cuentos, lo haces reír, te tiras al suelo a jugar con él, estudias y haces deberes diarios con él, te desvives yendo y viniendo a los chinos, buscando la cantidad de tonterías que te piden en las escuelas para las manualidades? ¿No son manualidades? Pues, joder, hacedlas en la clase.

Sin olvidarnos de que, sobre todo, cuando son muy pequeños, tipo guardería y etapa infantil, les enseñan a hacer *panellets*, pasteles...; que es justo cuando tú más de culo vas, porque recordad qué es un bebé... (cohecito, pañal, chupete, mudas, medicinas varias).

Y esos álbumes maravillosos que te traen cada tres meses, que cuando los ves, piensas: «Qué monada, qué artista. El mío es el próximo Gaudí o Dalí», depende para donde derive su vena más artística... y son grandes (A-3). ¿Dónde guardas tres por año desde la guardería?

Por favor, ¿alguien conoce un trastero de álbumes de alquiler por Barcelona y cercanías?

Seguimos...

¡Ah!, y sus innumerables fiestas infantiles, e invitaciones varias; salidas de padres con niños, claro, que con cinco años ya empiezan a tener vida social, y tú vas perdiendo la tuya. A veces te preguntas qué hacer. ¿Ellos o tú? Y mira, oye, que acaban ganando siempre ellos.

Yo solo digo que las que no nos arrepentimos de ser madres, sí hemos de planear diferente, organizar nuestro tiempo y dejar algo para nosotras; que, si no te gestionas un poco bien, te pierdes por el camino. Que debemos dejarnos algo de oxígeno para respirar, aire fresco y que corra, si no, te ahogas, te hundes, te deprimes...

Algunas se van perdiendo dentro de sí y/o de su matrimonio. No podemos con todo, señoras, asumámoslo. Repartámoslo o nos sentiremos cansadas y frustradas constantemente. ¡Y entonces, sí que no habrá valido la pena!

Se ha infravalorado a los padres, se espera demasiado de ellos y no damos abasto. ¿Por qué? Porque la vida ha cambiado. Antes la mayoría de las madres estaban en casa, muchas tenían a la madre o a la suegra cerca, estaban por y para los niños porque *ese era su trabajo*: la casa y los niños. No se pasaban entre seis y diez horas fuera, trabajando para una empresa y luego en su casa; nadie que haga todo lo necesario para sobrevivir en ella (limpieza, compra, cocina, ropa, plancha, médicos...), no va con la lengua fuera.

Y se nos olvida, señoras, aunque muchas no lo reconozcan.

Las mujeres tenemos tantas ganas de volar, aunque algunas digan lo contrario (a eso lo llamo terror, pánico escénico e inseguridad, muchas veces producida por las voces masculinas cercanas), que no se atreven a hacer o a plantarse. Y lo hacen todo: la casa, los hijos, el trabajo ajeno en la empresa..., ¿y os sorprende? Ni ganas de follar les queda, y menos con el que no le hace la vida un poco más fácil. Anda y vete a follar al monte, y a mi déjame en paz.

Y ahí vienen miles de divorcios, frustraciones, rencores, enfermedades crónicas, depresiones, infidelidades...

Prefiero ser una mala madre, y salir de vez en cuando, a intentar ser una Superwoman a todas horas, para todos y en todos los ámbitos. Me parece mucho más divertido reírme con las amigas de las cagadas, olvidos y situaciones surrealistas que vivimos porque no llegamos a todo; y con la copa sagrada de vino en mano, partirnos de la risa, mientras nos vamos subiendo al barco, a ver quién la dice más gorda, y nos sentimos humanas, personas y normales.

Tocar esos maravillosos momentos de complicidad, alias *felicidad con las amigas maravillosas*, es una de las cosas que nos da la vida, nos la pinta de sonrisas y miradas de complicidad. Sí, señoras, todas sabemos de qué hablamos. Todas nos entendemos, ¡hasta las *súpermegafelices*!

¡Y después de esa increíble y necesaria salida, recetada por la doctora de la vida, llegas a casa feliz; agotada y con sueño, sí, pero satisfecha de sentir que sigues siendo esa mujer a quien reconoces, y a estas alturas, te caes mucho mejor que bien... ¡Te quieres!

Ya ni te cuento si tienes pareja feliz y no se tiene hijos.

Es como estar incompleta, o eso te hace creer la sociedad, y tú subes al carro. Se da por hecho

que no pueden tener hijos, si no los han tenido. Pocas veces se atiende a que quizás no quieran tenerlos ninguno de los dos, o uno de los dos; y si son respetuosos, se han de aceptar las decisiones.

¿Qué deberíamos hacer?

Yo lo tengo claro. No puedes obligar a nadie a ser padre/madre si no lo desea, si su cuerpo y mente no lo desean, si no se ha despertado ese sentimiento inexplicable que un día despierta y no te deja descansar del todo, hasta que consigues «tu final feliz», que es tener a tu retoño entre los brazos.

Pero, si por el contrario, alguien desea ser madre/padre tampoco deber aceptar no tenerlo, ni prescindir de ese deseo tan lícito como respetable. Debemos luchar por conseguir nuestros deseos, sin lugar a duda. Cuando algo se desea y se desea tan fuerte como es ese gran sentimiento desconocido; ese reloj cronológico que un día despierta en muchas mujeres, y que no deberíamos volver a apagar y guardar en el cajón, si lo tenemos activo.

Si deseas algo, lucha por ello, lo que sea... La vida ya se encargará del resto.

La vida continúa, pasado los 40, sin ser madre y, además, soltera.

Ya está bien de tener que aguantar esa losa encima por ser soltera/a.

«¿Algo raro tendrá?».

Esa frase que hemos oído un millón de veces y que, reconozcámoslo, alguna vez, aunque sea antaño, la hemos utilizado. Es odiosa.

¿Qué carajo va a tener por no querer estar con alguien que no la convenza, por no quedarse con el primero que pasa para no estar sola, por no agarrarse al que haya como clavo ardiendo porque se ha despertado el reloj de la maternidad? ¡Tócame los pies!

No bajas el listón por querer un futuro y un deseo que crees no vas a poder hacer sola. Sí puedes, podemos con todo. ¡Somos supervivientes!

Comprenderás al prójimo, cuando te pongas dentro de sus zapatos

Empatía o simpatía

L

a diferencia entre empatía y simpatía es ligeramente distinta.

El comportamiento empático, a mi entender, personalmente me parece maravilloso. Es un acto de entrega y generosidad hacia la otra persona, en la que dejas de contar tú, de ser el centro del Universo, para centrarte en entender al otro, casi a sentir lo que siente el otro para así poder comprender, acompañar y ayudar a esa persona, que se supone, te importa.

Todo y que ahora al leer de mis propias palabras, el concepto *acompañar* lo relaciono más con compasión, que no significa pena, en ningún caso, pero sí de una comprensión desde el acompañamiento. Sufrir el dolor de la otra persona en tu compañía, para que le sea más llevadero el trago, y no se sienta sola ante una situación, seguramente, traumática.

Los conceptos pena y compasión siempre me han llamado muchísimo la atención, seguramente por la parte que me ha tocado vivir.

Ahora, y con los años, le sumo un concepto más: pena/compasión/ empatía

Ninguno de los tres es compartido por todo el mundo, no viene de serie, ni en el ADN; no es una inercia tener esos rasgos en tu personalidad. Más bien, al contrario, se han de cultivar e ir creando. Sí que diré, que estoy bastante convencida de que acostumbran a tenerlos, o utilizarlos, las personas que han sufrido en la vida y que, seguramente, los hubieran necesitado en algún momento de su existencia, y no los obtuvieron.

Se comprende al prójimo, poniéndose dentro de sus zapatos.

Para tener alguno de estos tres sentimientos, o los tres, se ha tener valores y principios, como mínimos, bondadosos. De los de ayudar al otro, alegrarnos por las buenas vidas de los demás; compartir, celebrar las alegrías de los otros.

Otra cosa bien distinta, al menos para mí, es la empatía con los niños.

Sé que esto puede sonar mal, es decir, que alguno o muchos ahora pueden pensar o decir:

—Cómo no se va a tener empatía con los niños, tesoros, divinos, angelitos.

Bueno, ahí tendríamos alguna que otra tesis a analizar y canalizar profundamente, pero ese no es el tema de hoy.

No todos los niños son adorables, ni muchísimo menos. Que sí, que no es culpa de ellos, que nacen puros, que los culpables son los padres; lo que tú quieras, pero es una realidad. Que hay niños maleducados al dos mil por ciento, impertinentes, ruidosos, gamberros, pequeños delincuentes en potencia, ahí lo dejo...

Que, si tan solo lo insinúas, sale el original del producto en cuestión, padre o madre, o los dos. Si es que ellos imitan, no hay más. Ponerles los diagnósticos freudianos que queráis, pero que, si no es tu hijo, no lo soportas.

Ya tienes una muestra de poca empatía.

¿Compasión? Pues no, señores, no, lo siento. ¿Qué quiere que le diga? Mi hija no tienen que aguantar los traumas de los otros, ya hago yo lo imposible por no crearle traumas a la mía, como para que ahora tenga que lidiar con la porquería de los otros. Señores, que, si no querían hijos o no les gustan los suyos, es su problema.

Que tienen problemas en casa, que sus padres se han separado, que han pasado por traumas familiares muy dolorosos... Lo siento muchísimo y me sabe fatal que de tan pequeños vivan y pasen por experiencias que bien seguro les marcarán de por vida; su propia historia, su comportamiento con los demás, el prisma de las cosas, la manera de mirar al mundo, la forma de

afrontar las situaciones... todo, sin duda. Pero ¿tengo yo la culpa de eso? Y lo peor, ¿la tiene mi hija?

Eso no es ser ni empático, ni comprensivo, ni generoso.

Aunque cuando te tocan lo que te duele, érase una vez tus hijos, sale de dentro lo peor de ti; al menos, a mí.

No, señores, lo siento. La loba, leona o cocodrilo que llevo dentro, llámenlo como quieran, no puede soportar, ni permite que mi hija sea el saco de boxeo de otro, por muchos problemas que tenga el pobrecito susodicho. Ya procuro que mi hija se comporte, respete, cuide y ayude a sus semejantes como ser humano, como buena persona y como los principios básicos que creo ha de adquirir y poner en práctica, y por eso no me canso de repetirlos y lo más importante, procuro dar ejemplo.

Dicho esto, entraremos en la misma empatía, pero con tus hijos. Este concepto a mí me ha quitado el sueño en más de una noche y diréis: «Bueno, si es cierto todo lo que has dicho y le has traspasado y enseñado a tu hija los valores y principios que dices...; pues genial, no habrás tenido ningún problema».

Nastideplasti, pero de plastiplasti gordo.

A veces tratamos a nuestros hijos como si fueran más mayores de lo que son. Esperamos comportamientos de ellos que a nosotros nos parecen razonables, y que por edad deberían tener incrustados. Vamos, que no debería haber discusión ni conflicto alguno porque todos son puros y angelitos.

Nanai de la China.

Pueden ser buenos niños, es decir, *normales*. Y permitidme que insista, pero no todos son buenos, ni *normales* (normalidad dentro de unos principios básicos de sociedad civil y en comunidad).

Pues si esos niños son «normales», ¿por qué siempre les exigimos más? Yo la primera, sin darme cuenta.

Porque no podemos comprender que cuando se portan mal es porque están cansados, son niños, quizás han tenido un mal día de escuela, como nosotros de trabajo; algún conflicto con algún amiguito, alguna bronca de profes que le ha afectado, alguna palabra que recuerda y le ha dolido. Y no tienen las herramientas suficientes para gestionarlos.

Aunque podamos comprender y empatizar si nos lo explican, o lo leemos, e incluso lo vemos a diario. ¿Por qué con los nuestros perdemos la paciencia? Acabamos haciendo lo que sabemos de sobra, por un montón de artículos, estudios, libros, entrevistas a profesionales y demás..., que los gritos y castigos no funcionan. Y cada día del mundo van de regalo unos cuantos gritos y, mínimo, uno o dos castigos.

¿Por qué somos tan imperfectos los padres? ¿Por qué no nos explican un poquito, un ápice, lo difícil que es y lo que te supera a veces?

Yo lo sé, me sé la teoría de memoria... ¿Te la recito?

Deberíamos tratarlos como lo que son: niños. Ya les vendrá la vida dura, trabajos insoportables, situaciones límite en su vida adulta, problemas de diversas índoles; económicos, amorosos, familiares, laborales....

¿Por qué no les dejamos ser niños? Porque tenemos tan grabado en la piel que somos sus educadores, no sus amigos, que si no les enseñamos nosotros lo que está bien y lo que está mal no lo harán en la calle ni el colegio. Y esa carga exigente y suprema que nos colocamos nosotros en nuestras espaldas, nada más nacen, la arrastramos hasta que se van de casa, y a veces continúa.

Yo no tengo más paciencia con mi hija, porque soy humana y yo también tengo malos días, y

casi cada día estoy muy cansada al llegar la noche de todo lo que llevo a cuestas durante esa jornada y las acumuladas.

Y por poca paciencia, por imperfecta o por mala madre, ya me da igual, la acabo riñendo, exigiéndole demasiado, subiendo en la rueda de hámster y haciendo lo que hace el rebaño y, por supuesto, amenazando con un castigo, si no reacciona.

Porque ese sería otro tema: los castigos en los colegios, las exigencias, el atraso en la educación, la enseñanza en general, los métodos de hace cincuenta años, que se repiten calcados a los de ahora. El cómo los hacen estudiar como a loros, no se preocupan de se diviertan aprendiendo, de ser originales, de ser creativos.... Son maestros, señores. Eso debería estar en su ADN, si no deberían dedicarse a otra cosa.

Pero no nos vayamos de tema.

Los padres deberíamos ser más comprensivos sin pasar a la indulgencia, ni al mimo, ni al consentimiento, ni al «para uno que tengo no le voy a amargar la vida», «si tengo dinero va a tener de todo», y «lo que yo no tuve, por dos».

Y ahí vamos, creando mini delincuentes en potencia que no valoran nada, que todo son exigencias, que nunca tienen suficiente, que siempre piden más.

Aunque matizando a los delincuentes... ¿Cómo son los padres? Otro debate interesante.

A mí lo que de verdad me consume son los niños con depresión, miedos, inseguridades. Me quita el sueño saber que yo soy la responsable única, directa y suprema de lo que es mi hija. Sí. Te guste o no.

Los niños, en edad infantil, bebés y diría que hasta los diez-doce años. Su felicidad es responsabilidad directa nuestra. Si ese niño es feliz, lo estás haciendo bien, si no lo es, y no hay diagnóstico ni patología, somos los responsables de esa infelicidad. Nos lo deberíamos hacer mirar, porque a veces tenemos el ombligo demasiado ancho y grande para mirar nada más, que no seamos nosotros mismos. Y tenemos unas obligaciones y responsabilidades como madres/padres.

No es obligatorio ser padres, pero si decides serlo, apechuga con lo que necesita ese ser que te tiene de referencia, que te va a copiar, que lo que tú seas, digas y hagas, el retoño imitará.

Fui a hablar con la directora de un colegio del que me interesaba saber más sobre su metodología... la conversación fue poco menos que absurda, inocua e inútil, al menos para mí.

Le pregunté.

—¿Cómo gestionan los conflictos entre los niños, en clase, por ejemplo?

—Depende del caso se aborda de una manera o de otra siempre en unión con las familias, que están informadas de todo.

(¿Eso es una respuesta útil?, no para mi)

—¿A los *matones* como los corrigen o gestionan?

—No nos gusta llamarlos así, son niños con problemas especiales.

(Problemas especiales, sin duda; pero repito, sus problemas los sufren los demás; érase una vez mi hija)

—En los patios de mediodía, ¿hay algún tutor o son todo monitores?

—Son monitores diplomados muy profesionales

A mí personalmente me preocupa muy mucho.

Habré visto muchas pelis donde en ese tiempo se encierran en baños donde pasa de todo, y ese *todo* a veces es traumático y muchas, para toda la vida de esa *víctima*; alias, nuestros niños. Hay cosas evitables, pero no les ponen remedio ¿Más? ¿Sigo? Ya sabéis de que os hablo ¿no?

Pues no, no tengo empatía con ciertos comportamientos. ¿Eso me convierte en un monstruo? Creo que no. Lo que sí que me convierte es en una madre preocupada por cómo está la educación

en las escuelas; la educación que reciben nuestros hijos de nosotros, de cómo enseñamos a nuestros hijos sobre la vida, cómo se la enfocamos y en cómo nos convierte eso en responsables directos de ellos.

A mí esa responsabilidad a veces me ahoga como una soga, porque los remordimientos de que lo estoy haciendo mal me torturan; aunque, a veces, presencié horrorizadas situaciones de madres con sus hijos que me ponen los pelos de punta, que veo en nuestro entorno. Y me hago cruces que no haya más enfermedades mentales, ni más mini delincuentes.

Lo siento, pero como decía aquel: *Algú ho havia de dir!**

*Frase catalana coloquial: ¡Alguien tenía que decirlo!

Un objetivo detallado en pequeños pasos de convierte en un plan

Seis meses de terapia despues

E

sta terapia nos ha dado mucho y creo hablar con conocimiento de causa en nombre de los dos.

Nunca, como ya dije, hubiera pensado que de verdad pudiera funcionar; fue más un último cartucho que una convicción de que solucionaríamos algo. Sentía que no quería acabar aquella relación y deseaba hacer una última intentona.

Jamás pensé que allí se nos abriría un mundo de comunicación, dudas, conocimientos, comprensión, empatía y que nos acercaríamos más el uno al otro desde el respeto y la capacidad de entender y perdonar.

Nunca pensé, aunque creo muchísimo en la psicología, que, a mí, hablo en primera persona, se me abriría un cielo de temas por resolver, de traumas sufridos que salían a la luz, de conflictos que casi ni sabía que existían, y muchos o todos con y contra mí.

Jamás pensé que tocar fondo era lo necesario para volver a resurgir de las cenizas. Y que aun habiendo tocado con profesionales algunos temas, en otros momentos de mi vida, ahora eran distintos.

Eran distintos porque yo era otra; había madurado y los traumas que habían existido, si no se habían solucionado, seguían latentes a la espera de darle abertura y solución.

Y que el hecho de no hacerlo podía llevar a provocar enfermedades diagnosticadas que no mejorarían si no abría la caja de pandora y la aireaba.

Ventilar mi caja, que entrase luz, sol y calidez para poder, con las herramientas de adulta que ahora tenía, adquirir la fuerza necesaria y afrontar lo que fuera que estaba pendiente era lo que deseaba hacer.

Y así estaba siendo. Yo sacando mis penurias y él adquiriendo conocimientos y conciencia de quién era, por qué y cómo se había movido por la vida, por su mundo.

Para él fue un descubrimiento ocular brutal. Nunca se había trabajado y tomado conciencia de ciertas actitudes frente a la vida, por lo que había vivido en su infancia. O por experiencias duras en su vida adulta, que, en ningún caso, él sabía relacionar y fue como una iluminación.

Cuando te encuentras con una buena terapeuta, una profesional de vocación, que su objetivo es que tú tomes conciencia de quién eres y por qué actúas como lo has estado haciendo hasta ahora. Y que te ayude, sin darte la solución, pero recordándote quién eres cuando se te olvida, atrayéndote hacia algunas de las herramientas que tienes, y que te enseñe a utilizarlas para poder solucionar ciertos problemas y conflictos, y para darle salida.

Es mágico, es poco menos que un milagro.

Lo hemos tenido delante, somos nosotros y no sabíamos cómo hacer, porque, aunque creemos que nos conocemos, nos hemos adaptado tanto a nuestro ser que hay muchas cosas que no percibimos ni reconocemos. Con ella fue un espejo de dimensiones humanas puesto delante de cada uno de nosotros.

Y brillamos, aunque no siempre nos miremos de frente. Intentad hacerlo, es un maravilloso mundo hacia tu interior muy necesario en la vida.

Vacaciones en el mar

Me había ido de vacaciones con mi hija, una semana en una casita que unos amigos me habían prestado, al sur de Andalucía. Estaba feliz, era justo lo que necesitaba.

Desconectar del mundo, disfrutar de mi hija a solas, sin interrupciones, sin planes de última hora; solas, mi retoño y yo.

Me sentía muy agotada ese verano. En el trabajo las cosas estaban un poco revueltas con mi jefe, se estaba convirtiendo en capataz de los de antes, no lo reconocía, daba órdenes sin derecho a rechistar:

—Porque lo digo yo y punto.

Amenazaba si te quejabas y te recriminaba cada vez que ibas a dar tu opinión sobre las cosas, diciéndote que no te pagaba para pensar, que obedecieras y te callaras. Muy de los años cincuenta, estando cerca de 2020. Por suerte se jubilaría en poco tiempo y tenía claro que cualquiera que viniera como sucesor sería más neutro, centrado y razonable que él. Nada que ver el súper jefe que había tenido hasta hacía relativamente poco, ¿le estaría pasando algo en su vida personal?

La verdad es que le daba vueltas porque no lo entendía, hasta hacía un par de años había tenido una relación que valoraba mucho y consideraba que había un gran aprecio y confianza, pero empecé a ver que sus intenciones eran otras y me alejé.

Esas huidas me habían salido muy caras y me estaban trayendo muchos problemas. Ya no me dejaba ir tanto por libre, no me enviaba a ferias, todo me lo cuestionaba. No sabía qué había pasado, no recordaba que nada hubiera cambiado.

Hacía muchos años que estaba en la editorial, más de una década, y aunque en un principio tuve una jefa, que era poco menos que este jefe, autoritaria, soberbia, impertinente, devastadora, humillante. Una mujer con muchos problemas personales que de alguna forma debía sacarlos y los pagaba con los más débiles. En esos tiempos, más que debilidad era poder. Ella tenía todo el poder sobre mí; era mi jefa directa y abusó de ello tanto como pudo.

Me creó enemistades en el trabajo, me enfrentó a todo el que pudo; incluso intentó que me despidieran. Por suerte, aunque esa pobre mujer pensase que era la directora general, era una simple editora con aires de grandeza, y por fin alguien le paró los pies.

A punto estuvieron de despedirla a ella, por *nazi* e inhumana. Y a mí me salvó de sus garras otro jefe, que vio en mí madera para trabajar y aprovechar mi valía, y mi madera persuasiva e intuitiva, para sacarme partido. Se me abrió el cielo y siempre se lo agradeceré.

Como decía, llegaron las vacaciones y como ese año no me encontraba bien físicamente, había sido un año especialmente duro; mucho trabajo, problemas escolares con la niña, la rotura de mi relación con Pablo; que, aunque habíamos vuelto, íbamos muy poco a poco, y yo necesitaba cambiar de aires y que todo fuera nuevo para mí, no conocer a nadie ni relacionarme con nadie de mi entorno. Convertir mi nuevo destino en un pequeño paraíso, para mi princesa y para mí.

Me apetecía tanto leer, caminar, ir a la playa, descansar, miles de siestas, nada de cocinar, todos los días de restaurante o comida preparada. Relax, relax y más relax bañado de muchos mimos y mucho amor con y para mi niña.

Todos los días bajábamos a la playa, la teníamos a unos tres o cuatro minutos a pie. Me encantaba vislumbrar el mar apacible, azul, intenso, todo para nosotras.

Resultó ser un lugar muy familiar; lleno de mujeres (abuelas) jubiladas que bajaban a media mañana con alguna vecina o amiga, después de dejar lista la comida, que los hijos y nietos venían

a comerse, y se relajaban máximo dos horas. Hablaban entre ellas, con ese acento andaluz gracioso que me tenía el corazón robado.

Me enganché a varias conversaciones que seguía cada mañana; algunas eran muy graciosas y se explicaban con todo lujo de detalles; otras cotilleaban, supongo, de gente del pueblo, y luego había las que hablaban mucho y de todo, pero jamás decían nada que las identificara o se las conociera un poco más.

Había dos hombres que bajaban solos con los niños; las mujeres estarían trabajando o en casa, porque el fin de semana, vi a una de esas mujeres y a un abuelo. El otro no bajó con su mujer, pero no tenía para nada pinta de divorciado (película que yo me monté) y su hijo era muy pequeño.

Los fines de semana había familias enteras y, aun siendo más ruidoso, era bastante entretenido ver cómo se relacionaban, entre ellos y con los hijos.

Hubo una pareja que me llamo especialmente la atención. Eran jóvenes los dos, muy deportistas, porque tenían un cuerpo especialmente atlético y trabajado. Tenían un niño pequeño de máximo dos años, los había visto los dos fines de semana que estuvimos allí, se colocaban muy cerca de nosotras.

La primera vez, los vi venir a los tres e instalarse juntos, y me parecieron una pareja gris y aburrida, con lo que me dio pena porque la verdad es que eran muy jóvenes, no les ponía más de treinta y cinco años a ninguno de los dos.

El siguiente fin de semana, primero llegó ella, con su hijo Lucas y cargada de cosas para el pequeño. Su cara era relajada, contenta, dulce. Se dirigía al niño con paciencia, aunque autoridad, ya que el niño era un poco movido y no tenía miedo a nada, se quería meter en el mar sin protección y solo. Me hizo gracia la falta de filtros que tienen todos los niños, sin miedos, con curiosidad se lanzan sin pensar en las consecuencias; prueban, experimentan. Pensé que a los niños los acabábamos estropeando los padres, con tanta exigencia, tanta poca tolerancia y tanta negativa por todo, yo incluida.

Me sorprendió, y de qué manera, su cara. El rictus de aquella mujer, que además de ser bella, joven y de tener un cuerpazo que quitaba el *sentío*, era diferente a como la recordaba del fin de semana anterior.

Pronto descubriría por qué. Su marido-pareja-compañero-padre de su hijo apareció al poco rato, y la cara de ella cambió; su tez ensombreció, su rictus se endureció, sus labios en vez de estar posicionados hacia arriba, a punto de sonreír, estaban hacia abajo, en sentido contrario y apretados entre sí.

Aquello me hizo reflexionar mucho y durante días. Por mi situación de madre soltera, que, aun no teniendo un ayuda económica ni física ni familiar, tenía decisión absoluta sobre mi hija y su educación. Por la situación de muchas parejas, que desean tener hijos (al menos una parte de la pareja), y que, cuando los tienen, se abandonan los adultos y se centran en los hijos

De cómo de complicado es educar a los hijos, teniendo creencias antagónicas las unas de las otras; a veces dispares, porque se viene de familias distintas, con costumbres diferentes e incluso religiones y celebraciones familiares sin similitud alguna, e intentan superarlo, adaptarse y ceder. Parte del amor, generosidad a raudales.

Pero luego, estaba esa pareja, y tantas como ella, de la que no tuve duda se trataba de ese tipo de relaciones en las que no se comunican con sinceridad, que se ha adaptado uno más que el otro al matrimonio, y que uno ha dejado mucho por el camino por apostar por la familia. Y se encuentra que tiene al hijo y que están a años luz el uno del otro, no de intimidad y proximidad, que también, sino de manera de hacer. Y como no se dice, y se debe actuar rápido y diariamente en un millón de cuestiones, van haciendo... y se va generando una distancia, una frustración, un enfado escondido,

enfrascado..., que miedo da cuando explota.

La cara de aquella chica era un poema, ni lo miraba, evadía sus ojos; si ella estaba en el agua con el niño y él entraba, ella salía; si ellos jugaban en la arena, ella se bañaba o se iba a andar por la arena. Él la buscaba, ella lo rehuía, ¿por qué? Solo su corazón lo sabía.

Estuve tentada de pasarle el teléfono de mi terapeuta de pareja (aunque les quedaba un poco lejos), porque me daba mucha pena que, siendo tan jóvenes, con un inicio de familia, estuvieran tan alejados. Y me hubiera encantado poderles decir que no se perdieran por rabia; que se hablasen, que pidiesen, que expresasen sus necesidades..., pero obviamente no lo hice.

Los remordimientos quitan el sueño, la verdad no

Los ex y La Jaula de Las Locas



¿Los ex deberían ser una especie en extinción? ¿Por qué siempre culpamos a esos seres que han existido, pero ya no están? ¿O es que sí que están?

¡Es como decir que todas las suegras son un coñazo!! ¿Lo son? Vosotras mismas os contestáis.

El tema es muy cachondo, sobre todo, para las parejas que son celosas; que todos hemos tenido alguna cerca, que le notas a la lengua que le molesta que tengas algún contacto con tus ex, el que sea, por pequeño e insignificante que sea la relación, tipo: felicitación de cumpleaños o Navidad, y poco más.

Aunque no te dicen nada, porque ahora cualquiera se atreve a decir según que, con lo modernos, abiertos de mente, comprensivos y tolerantes que somos todos, ¿verdad?

¡Y un cojón de elefante! Como pienso que debe de ser grande, así visualizáis algo grande, muy grande.

Tú, tonta que eres, como sabes que le molesta que mantengas esos pequeños contactos, y tampoco quieres prescindir de tus decisiones, estás en una encrucijada desagradable; al menos, para mí. No quieres prescindir de quién eres y haces lo que te parece adecuado, ya que consideras que no haces nada malo, así que sigues en contacto con tu ex, sabiendo que no le gusta a *tu actual señor*. Pero te niegas a perder tu identidad y la defenderás a muerte.

Aunque lo mantienes mucho menos de lo que te gustaría. Esto ya jode, sobre todo cuando descubres que él hace lo que le sale de sus santos cojones.

Y, además, tú, honesta, sincera e idiota, se lo cuentas siempre, porque tienes como esos remordimientos, de no existencia de hacer nada malo, pero de justificación porque sabes que el otro se raya con el tema.

Esa sensación es un coñazo, es incómoda, crea nerviosismo y, joder, que parece que estás haciendo algo malo cuando no lo estás haciendo. El que tiene el problema es la otra parte, no tú. Pues oye..., háztelo mirar y no me tires tus miserias y tus fantasmas a mí.

Tus miedos, tus inseguridades y tus paranoias las resuelves con un terapeuta, que van de

maravilla, y solucionan muchos problemas, problemillas y problemones. Y dejáis de tocar los huevos/ovarios al acompañante de turno.

Pero ojo al dato, que ahora viene lo más cachondo. Resulta que el *amigo*, porque, me perdonareis, pero a mí me han tocado unos cuantos celosos reprimidos, de esos que no te lo demuestran tal y como lo sienten porque saben de sobra que no se lo vas a admitir, más bien al contrario; que como se pasen de cruce, una enviada de mierda a tiempo te ahorra muchos problemas posteriores. Pero que se les nota a un kilómetro que les está cambiando hasta el color de las pestañas.

Pues resulta que el celoso-reprimido-inseguro de turno tiene los santos cojones de hacer justo lo que a él le molesta sobremanera; que incluso entraría en bucle y estado de pánico-celos, de los de consumirse y no ser capaz de soportarlo.

Pues os cuento, que vais a flipar.

Estábamos el novio, de aquel momento, y yo (de esto hace unos cuantos años) relajadamente en un restaurante, después de una excursión maravillosa, de esas de dominguero de ciudad, que se ha desplazado de la urbe cien kilómetros y se cree Indiana Jones en medio de la encrucijada (porque somos súper arriesgados y trepidantemente aventureros).

Pues esos éramos nosotros, tan felices, y tan ingenua yo. He de decir que yo era más joven y me tomaba las cosas más a pecho, pero el delito tiene el mismo valor.

Estábamos en un entorno maravilloso, en un pueblecito con encanto y en un restaurante que habíamos reservado previamente, *of course*, porque Tripadvisor, ese grandísimo invento que puedes ir donde Cristo perdió la zapatilla como decía mi abuelo Antonio, y comer como un rey. Que casi parece que ha ido a primera hora de la mañana, el mismísimo Ferran Adrià a dar cuatro órdenes y controlar el cotarro, porque comes de lujo, creativo, bueno, y a un precio más que razonable.

Pues en esta ideal estampa familiar, mirando los dos en el móvil del señor alguna publicidad interesante...; justo en ese momento entra un mensaje de su ex, con la que supuestamente no tenía relación alguna hacía dos años, que es el tiempo que llevábamos nosotros juntos.

Quede constancia que tener relación o relaciones con todos los ex, para mí, es lo que menos importancia tiene. Es más, a mí me parece bonito y hasta necesario mantener cierta relación cordial con quien ha sido una persona importante en tu vida, en algunos casos, muy importante y en otros de muchos años de relación, incluso hijos; debería ser obligatorio tener una relación de mínimos, de cordialidad. ¿Y por qué no de amistad?

Dicho esto, tengo miles, no, millones de defectos, pero el ser celosa no es uno de ellos. Más bien al contrario, más de una vez, me han reclamado o medio quejado que podría serlo un poco, por aquello de que la otra persona importa. A lo que yo contesto siempre que no ser celosa no implica que quieras menos. Más bien en una cuestión de confianza y de seguridad en ti misma. Básico.

Cuando estoy con alguien confío mil, hasta que me la pega y pierdo confianza, y en consecuencia el amor se va perdiendo, como si hubiera un pinchazo en una rueda, hasta que se queda tan desinflado que no tira. Esa soy yo.

Empiezo muy fuerte y sumo. Soy idealista, romántica, peliculera..., pero cuando empiezo a desconfiar o ver cosas raras, empiezo a restar y va sumando más la resta que la propia suma; y llega un momento en que las cuentas están muy descuadradas.

Tengo esa buenísima costumbre de confiar en quien decido abrir mi corazón. Si me la pega, ante todo, se la pega a sí mismo; el primero que se miente es a su persona, con lo cual, más pierde él.

¡Los remordimientos quitan el sueño, la verdad no!

Pues aclarado ese concepto, donde he demostrado bastante y en infinidad de ocasiones que no solo no soy celosa, si no que me encantaría que todos los ex fuéramos amigos, y poder hacer cenas y reuniones con las nuevas parejas y agrandar el grupo de amistades. Esto último, he de admitir que no me lo ha comprado nunca nadie, y no he podido ver uno de mis sueños cumplidos.

Estar en una misma habitación, o en un salón de un restaurante, con mis ex más importantes (tampoco son tantos al final). Ha habido muchos buenos novios, y de estos, algunos importantes, pero muy pocos importantísimos; de los que han marcado mi vida, han dejado una huella profunda y a los que recuerdo con un grandísimo afecto.

Pues uno de mis sueños sería cenar con esos dos o tres, no más, con sus parejas actuales, y mi actual *señor*. ¡Guaaaauuu! Sería una flipada para mí y para como soy yo. Quien me conoce lo sabe bien.

Pues como os decía, entra el misterioso *SMS*.

—Anda, Charo te escribe, qué bien, ¿no? —le dije.

—Sí, está todo el día enviando cosas —contestó él.

—¿Todo el día? ¿Qué cosas?

—De política, es muy pesada, es un taladro todo el día. El otro día lo comentábamos en la cena con los chicos.

Hubo conversaciones sobre su ex, hace más de una semana, que no me comentó, cuando me contaba absolutamente todo de todo; incluso información que no necesitaría saber, pues esa también me la explicaba. Pero casualmente de su ex, siempre se olvidaba de comentarme. Curioso, ¿no?

—¿Y qué te cuenta? —pregunté, ya un poco intrigada.

—Bueno, le envié la foto que te envié el otro día de aquel paisaje, cuando fui a Madrid, ¿te acuerdas?

—¿Perdonaaa? ¿Le has enviado a tu ex la misma foto que me enviaste a mí?

—Es una foto, no pasa nada; ya ves tú, una foto de nada...

Se empezó a poner nervioso, eso a mí me puso la mosca detrás de la oreja. Se le cayeron las gafas, apartó la silla. Estaba nervioso.

—¿Tú me has visto a mi cara de idiota?

—Es solo una foto y nada más.

—A ver, ¿me lo dejas ver otra vez, por favor?

El abrió el teléfono, donde se veía la foto que él envió, y ella respondió: «Qué chulo, yo ayer de manifestación», y le envió un video.

Sí, muy formal y de conversación de vecinos en el ascensor. ¡Tócame los pies!

—¿Sabes lo que de verdad me molesta? Que ahora creo que siempre has tenido relación con ella y me lo has escondido durante dos años, cuando sabes de sobra que no tendría ningún problema en que incluso os vierais si de verdad sois amigos, pero resulta que me lo escondes. Eso es lo que me cabrea, lo que no entiendo y lo que me hace pensar un montón de cosas. Eres un mentiroso, los has sido siempre y siempre lo serás, y me estas tocando los huevos más de la cuenta —solté de carrerilla.

—Te estás haciendo una película.

—Solo te digo, y no es la primera vez, porque las mentiras no las aguanto. Y mientes tanto como respiras. Te he avisado muchas veces, te he pillado muchas veces y siempre te digo lo mismo. He aceptado demasiadas de tus mentiras, me estoy empezando a cansar.

—Pero es que es solo eso, ella envía cosas.

(Él no tenía justificación ninguna, y se acogía una y otra vez, repitiendo como un loro, que era una simple foto)

—Que eso es lo de menos. A mí como si quedáis para tomar una copa, no me preocupa; me parecería estupendo, pero desde el principio y con la verdad por delante. Siempre me has dicho que no tenías ninguna relación, y me enteré a los meses de que le habías devuelto los patines, que se los llevaste tú a su casa, al portero. Y me hacías creer que me lo habías contado. En serio, ¿tú me ves cara de imbécil o te crees más listo que yo? Meses después se te escapó, porque las mentiras tienen las patas muy cortas, y resulta que soy una chica lista que te acabo pillando siempre. Se ha de ser ingenuo en querer esconderme algo que no sería un problema conmigo, y ahora sí lo tienes. Porque estoy muy cabreada y no sé cuándo se me va a pasar, y ni si se me va a pasar. No es la primera, ni la segunda ni la tercera vez.

» ¿No entiendes que necesito creerte para amarte? Necesito confiar en ti para enamorarme de ti, necesito saber que no hay fronteras ni barreras para bajar mis propios muros, ¿comprendes? Se ha de ser muy corto de miras para mentir a una mujer como yo. Soy abierta. Si se me explican las cosas, normalmente las entiendo; soy comprensiva y empática joder.

» ¿Eso es una conversación con una ex, con la que no tienes ningún contacto? No dudo de tu amor por mí. No es una cuestión de si se me pase por la cabeza que puedas liarle con ella, de verdad, no es eso. No tengo ese miedo. Me la puedes pegar con ella o con otra; pero, hoy en día, no tengo ese miedo, de ti hacia mí.

Ya ves tú..., qué caro te ha salido el puto mensajito con la fotito.

REFLEXIÓN:

Los mensajes de texto escrito han creado muchos malentendidos desde que existen. Se han descubierto muchas infidelidades e informaciones que se han utilizado contra «los culpables». Pero han abierto muchos ojos y parajes nuevos.

Aunque duela, vale la pena saber siempre la verdad. Aunque al inicio duela, a la larga es una liberación.

Madres diferentes

¿Es una lotería que te toque una buena madre?

El otro día, una amiga colgaba, en el chat compartido de tres, un desahogo y un enfado con su propia madre.

Estaba indignada porque llevaba tres días en cama, con gripe y con tres hijos, separada y no sabía cómo hacer para poder con todo. Estaba desbordada y muy enfadada. Estar enferma le había representado ir arrastrándose por las esquinas. No había ido a trabajar porque no podía casi levantarse de la cama y, aun así, había tenido que hacer las cenas y los mínimos para poder ir llegando a la subsistencia de sus hijos.

Con su exmarido, aun teniendo una relación correcta, esa semana estaba de viaje de trabajo, así que no podía contar con él.

Y su propia madre, y abuela de esos churumbeles, jubilada, divorciada, moderna, libre y dispuesta, no se había ofrecido a ayudarla, y cuando ella le había insinuado que se encontraba francamente mal, su madre no había entrado al trapo; ni caldo le había llevado.

Uno de los días, ni de la cama pudo levantarse, y como no pudo tragarse el orgullo con su madre, prefirió pedir ayuda a su vecina también jubilada y abuela, para que acompañase a sus hijos al colegio porque no se veía capaz ni de salir a la calle.

Pues estaba tan cabreada con esta situación que se había planteado hacer un escrito hacia su madre, dejándola de vuelta y media, y colgarlo en las redes sociales para que todo el mundo viera la clase de madre que tenía y, a su vez, abuela de sus hijos. Ya que, al parecer, a la señora en cuestión le importaba mucho la opinión ajena, el qué dirán y el aparentar ser una gran familia unida y feliz.

Otra vez con las hipocresías familiares.

Las otras dos amigas del chat la frenaron en seguida ante semejante barbarie; cuando se calmase lo vería diferente y, con seguridad, se arrepentiría de tal fechoría.

Parecía más una pataleta que una reivindicación, pero estaba en su derecho. Pobrecita, estaba para el arrastre, tenía familia y estaba sola ante el peligro.

Una de las amigas le decía que tenía que aceptar a la madre que tenía, que no cambiaría y que es la que le había tocado. Que por alguna razón del universo se la había puesto y que tendría que aprender alguna cosa buena de ello.

La otra no hacía más que decir improperios, insultos e iconos de demonios enfadados.

La espiritual seguía en su línea de aceptación y paz. Animando a mantener una conversación cuando estuviera más tranquila, y desde la paz, expresarle a su madre, con respeto, cómo se sentía ante estas situaciones. Abogando por el coloquio y relajación.

La enfadada le decía que tenía el *yin* y *el yang* a tomar por el culo. Que su paz interior se la arrebatada su madre de un plumazo ante situaciones de este estilo, y que si existiera el puñetero Dios le preguntaría por qué coño le había tocado semejante madre, qué había hecho ella para merecer tal castigo.

La tercera salió al trapo, exponiendo cómo era su propia madre y superando con creces a la

enferma e indignada.

Esta última, cuando hubo acabado su explicación con detalles y ejemplos, lanzó su teoría, propia de su experiencia al lado de una mala madre con todas las letras. De una señora que le dio la vida, pero nunca sintió la necesidad ni la ilusión de traer hijos al mundo. La mujer con menos paciencia, más fría, crítica y poco cariñosa de las madres que anduvieran por el mundo.

Siguió diciendo que había tenido que crecer con una señora, a la que llamaba «mamá», que era mentirosa, egocéntrica y nada generosa. Que incluso había llegado a pensar, y lo consultó con un par de profesionales, si su madre podría tener una enfermedad mental o alguna alteración neuronal, por tales reacciones y comportamientos propios de enfermos, no de personas en su propio cauce madurativo. Y de personas con un mínimo de empatía, raciocinio, sentido común y sentimientos comunes universales hacia los más desfavorecidos.

Su grado de egocentrismo era tan elevado, el concepto de sí misma tan alto y su autoestima tan saneada, que había llegado a pensar que su madre tenía un espejo mágico, al igual que la bruja de la Blancanieves, porque, incluso físicamente, su propia mirada estaba alterada con la realidad. Y ella se consideraba bellísima, con un cuerpaceo de desmayo y una inteligencia sublime.

Una joya de mujer para tener al lado y suicidarte.

Los profesionales, todos, le dijeron que su madre no tenía ninguna enfermedad, más bien al contrario, era más lista que todos juntos, y, en consecuencia, a todos nos tomaba el pelo, actuando diferente con cada uno de nosotros, utilizando todo su arsenal de herramientas y armas de chantaje emocional para conseguir sus propósitos.

Mentirosa, embustera, lianta, envidiosa, retorcida, rabiosa, intransigente, poco adaptable, caprichosa, exigente....

Y le preguntó a la enferma si quería que continuase. Que, sin lugar a duda, ella tenía el premio de mala madre.

Además de no ayudarla en nada, ni antes ni ahora, ni cuando estaba soltera, ni cuando estuvo casada, ni con sus hijos..., jamás. Venía a comer y se sentaba en el sofá a quejarse; nunca estaba nada a su gusto, ya le podías preparar ostras, caviar y champagne, o llevarla a un restaurante con estrellas Michelin, que nada estaba a su gusto. Y a los nietos ni se los miraba.

Era una mujer frustrante, desesperante, insufrible.

Ahí hubo un poco de debate, las tres se lanzaron al ruedo, abogando por su propia madre desastre y defendiendo que la suya era peor; poniendo ejemplos concretos de comportamientos absurdos y sin sentido, de mentiras inventadas por las Santas Madres, excusas sin pies ni cabeza para no ayudarlas con sus nietos, ni poder contar con ellas.

Siempre tenían algo mejor que hacer, como hora en el médico (que deberían ponerlas en plantilla laboral si era cierto que iban tanto a los profesionales especialistas), como hora en la peluquería, como que se encontraban peor que ellas, por diez, siempre ellas peor.

Victimismo para regalar.

La espiritual concluyó que eran las madres que les habían tocado, eso no podía cambiar y quizás gracias a ellas, ahora las tres eran lo que eran, habían llegado donde habían llegado y habían conseguido lo que habían conseguido.

Gracias a estas madres y a la vida que les había tocado vivir, se habían convertido en mujeres fuertes, valientes, independientes, nada miedosas, arriesgadas, atrevidas, lanzadas...

Las tres ahora eran madres, tenían unas bonitas relaciones con sus hijos, lo contrario a lo que habían vivido con sus madres, e intentaban remendar lo vivido, construyendo una familia unida, generosa, sincera, cariñosa, comunicativa; en resumen, una familia equilibrada, estable y feliz.

La enfadada y enferma, pobre, no acababa de estar conforme, aunque aceptó esperar un par de

días a encontrarse mejor, y decidir si quería hacer ese escrito incendiario, ofensivo y aplastante, y enviarlo masivamente.

Habían acudido a la llamada de auxilio de amigas, habíamos hecho una terapia de choque improvisada y maravillosa, de esas que no pueden esperar, y que es el mejor antídoto que existe.

Amiguis para siempre, qué gran medicina para todo.

Amiguis de corazón, de abrazos de barriga y besos ruidosos.

Amiguis de porcelana, que se cuidan y protegen como de una figura china se tratase.

Amiguis de infancia, de compartir los primeros novios y las confianzas más profundas.

Amiguis de terapia, de risas tontas, barbaridades pronunciadas y noches de baile.

Amiguis que son familia, incluso a veces más, y que cuando alguien pronuncia su nombre, tú sonrías con orgullo, sí de esa hablamos, mi amiga.

Amiguis que son familia de la escogida, protegida y conservada porque hay pocas cosas mejores que esos momentos vividos, esos recuerdos compartidos, esas vivencias de experiencias locas y ese amor sin fin.

Amiguis, amiguis del alma, las entrañas y el infinito, *amiguis* para siempre.

De esas que tengo la suerte de conservar y me lleno de orgullo al nombrarlas.

Las propias leyes de la vida

Cuánto injusta es la vida a veces; incomprensible a mi entendimiento, que traiga desgracia y dolor a familias y personas que no han hecho nada. ¿De verdad tenemos algo que aprender de ciertas desgracias?

Hace falta arrancarle la vida a una persona y llevársela. ¿Para qué? Joven y llena de vida, ¿hacia dónde? ¿Por qué? ¿Qué podremos sacar de positivo y de aprendizaje de esto?

Aprenderemos a vivir sin esa persona, y eso nos hará duros y seguramente un poquito más infelices. ¿Esa es la finalidad? Conocer en propia carne la infelicidad.

Era un sábado por la mañana, uno de esos tranquilos y maravillosos días de inicio de otoño; de esos sin planes y con ganas de estar en casa y disfrutarla. De hacer un poco de orden por la mañana y de acomodarnos en el sofá por la tarde, negociar con Mia qué serie ver de Netflix hasta que nos doliera el culo de estar sentadas. Un día maravilloso.

En el chat familiar que tengo insonorizado, y sin aviso, porque a veces entran tantos y entramos en bucles de conversaciones que me estreso; prefiero mirarlas de vez en cuando y leer toda la historia del momento de una vez y del tirón.

Me sorprendió que siendo tan temprano hubieran más de cuarenta *wasaps* por leer de un mismo grupo; era el de grupo de familia íntimo, no el global.

Comentaban que una prima, de cincuenta y tres años, estaba ingresada, que llevaba unos días y que en lo que un momento no parecía muy grave, pero de necesario tratamiento, pruebas y control, se había complicado en las últimas horas y había entrado en paro cardíaco. Había estado unos minutos, demasiados, fuera de nuestro mundo y, al regresar, se tendría que ver las lesiones que había provocado tal parada del corazón. Ahora estaba en coma inducido a la espera de la reacción del propio cuerpo, su maquinaria y organismo debían reaccionar y ponerse en marcha.

Me quedé muy patidifusa, ¿cómo?, ¿qué?, ¿por qué?, ¿a santo de qué?

Ella, tan joven, sin problemas de salud hasta ahora, con dos hijos pequeños y responsabilidades familiares.

Ya sabemos que la salud es la que es y a veces te da sustos, pero no sé por qué no me esperaba que ella, mi prima, aun viéndonos poco, y compartiendo solo los momentos justos, nos teníamos un gran cariño y éramos de las pocas personas que quedábamos de sangre de la familia auténtica.

En los últimos tiempos, ya habíamos enterrado a nuestros dos últimos tíos, ahora merecíamos todos tener un respiro. Sobre todo, ellos, que esos mismos tíos, habían casi vivido con ellos de siempre, muy unidos, y les habían hecho un poco o mucho de padres.

Se habían quedado huérfanos en parte, y ahora la hermana mayor de los primos, caía en paro cardíaco; operación de urgencia, coma inducido y a la espera de las próximas cuarenta y ocho horas, porque había varias posibilidades, por no decir un índice importante de probabilidades de que no despertara, que sus órganos no reaccionaran y que tuvieran que parar las máquinas porque vivía gracias a ellas.

¿Cómo narices se le dice eso a unos niños de quince y doce años? Su madre que estaba en casa hace una semana, riéndolos porque habían dejado tirados los pantalones por el suelo,

haciéndoles su comida preferida y ayudándolos con los deberes que no entendían; que no solo no iba a volver a casa, sino que nunca más volverían a verla.

Solo de pensarlo se me encoge el estómago y me entran unas ganas de gritar y de llorar... Que la vida se vaya a la puta mierda, que ya está bien de desgracias insanas, incomprensibles e innecesarias; que nosotros no hemos hecho daño a nadie, que somos una familia normal, bonita y buena gente, que aun no viéndonos habitualmente nos queremos, nos respetamos y nos preocupamos, aunque no nos ocupemos directamente de los problemas de los otros.

Que estamos al día de la novedades buenas y malas, y que nos alegramos de lo lindo cuando hay buenas noticias, viajes, competiciones, libros publicados, hijos en camino, nuevas parejas, estudios, encuentros. Y que no nos merecemos volver a pasar penas.

Que ahora que esta familia, en la que mi prima es el puntal absoluto, ya que cuida del marido y de los hijos, y también de su madre, la abuela, que está invalida de su propio cuerpo y la cabeza un poco perdida hace años, y que, si no fuera por ella, la vida de los otros hermanos sería mucho más compleja de lo que ya es. Y que están bien organizados y avenidos. ¿Y por qué cojones esta vida tiene que venir a joderlo todo?

¿Para qué? ¿Qué vamos a aprender todos de esto?

No hay derecho.

Que ya sé que hay muchas familias que tienen auténticas desgracias y que incluso me dirían que ojalá a ellas les pasara esto y no lo que de verdad les ocurre a ellos; muertes de niños, cánceres irreparables, maltratos constantes, pobreza...

Pero resulta que esta es mi familia, y a esta es a la que yo quiero, la que me duele en el fondo del alma verlos sufrir, y sufrir con ellos.

Sabemos que la vida viene y va, que hay infinidad de cosas que no entendemos, que sobrepasa nuestra comprensión. Pero algunas son tremendamente injustas y esta es una de ellas.

Yo no me atrevo ni a ir, prefiero recordarla hablando sin parar, dicharachera y sonriente, tranquila y positiva, que verla llena de tubos. No quiero guardar eso en mi retina.

Aún no he aceptado que eso pueda ocurrir de verdad, aunque lo veo tan cercano y posible, que si voy es como hacerlo realidad del todo, y darle salida a esto..., no quiero. No he aceptado ni quiero aceptar que en unos días podamos estar enterrándola. No puedo imaginármelo, aun sintiéndolo en mi estómago.

Qué mierda tan grande que a cierta edad y con ciertas experiencias, tu propio cuerpo te informa y avisa de lo que está por venir, ya que, por desgracia, hemos pasado por esto demasiadas veces, y sabes, puedes predecir el futuro breve que está por llegar, el cuerpo nos avisa de cuando la desgracia nos va a invadir.

No creo en Dios, así que no sé a quién pedirle esto; pero, por favor, Vida, no te la lleves.

Sus hijos la necesitan más que nunca, uno está en plena adolescencia, construyendo su personalidad, y teniendo muchísimas dudas por resolver sobre la vida, las mujeres, el futuro, la familia; va a necesitar tantas cosas de ella, que no me puedo hacer una idea de lo que va a ser de este niño sin su madre.

Vas a destrozar a una familia entera; sin ella, van a estar perdidos, no tienen la valentía ni la fortaleza, ni los conocimientos, ni el saber cómo tirar adelante sin ella. ¿Qué no ves que aún no es el momento?

Por favor, ha sido un buen susto, seguro que ahora se tomarán la alimentación, la salud y escucharán a los médicos de diferente manera, dales la oportunidad de hacer un resumen de la situación y valorar lo que han estado a punto de perder, que la vida les ha dado un aviso, y que no da dos.

Pero es el primero, ¿cómo no vas a darles una segunda oportunidad de vivir, cuidar y mejorar las vidas de estas personas, mi familia?

¡Por todos los dioses existentes, ¡Vida, no te la lleves! Aún no.

Relaciones Falsas

El otro día, una compañera de trabajo, me contaba cosas; unas cuantas reflexiones suyas, teorías creadas de sus propias experiencias, opiniones sobre las personas y el porqué de los comportamientos que tenemos.

Divagaciones varias, que cuando nos ponemos no hay quien nos pare.

Es curioso y bien cierto aquello que a veces es más fácil hablar con un desconocido o con personas que no tengas implicaciones emocionales.

Con esta compañera, Lidia, no hace tanto que nos tratamos; llevamos las dos muchos años en la editorial, pero, estamos en departamentos distintos y por no coincidir, no lo hacemos ni el *office* compartido para todo el edificio.

Sí, nuestra empresa es una de esas casitas antiguas del Barrio del Clot (un barrio barcelonés); peatonal, esquinera, con ventanas altas de manera vieja, con rejas de hierro forjado amarillas y blancas (muchas son de este color) y que, en sus tiempos, cuando aún no había tanta normativa sobre la construcción, siendo de dos plantas, hicieron dos más, una hacia abajo, que es donde tenemos el archivo y los Racks y otra arriba, lo que sería un segundo piso.

Parece más pequeña desde fuera que una vez dentro, ya que estamos todos, unas quince personas, distribuidas por departamentos, salas de reuniones, pasillos, distribuidores. Es como estar en la casa de pueblo de tus abuelos, pero resulta que trabajas, y encima te pagan por hacer algo que te encanta en casa de tu abuela. Mola, ¿no?

Con Lidia, aquel día, coincidí en una misma sala, teníamos que acabar un proyecto y los dos departamentos estábamos implicados. Yo maquetando, y ella corrigiendo.

En ese espacio solo estábamos nosotras, el chico que se sentaba en unas de las mesas estaba enfermo, y la jefa que tenía la mesa del fondo estaba de reuniones fuera de la oficina.

Así que estábamos solas, lo sabíamos y además esta vez teníamos que trabajar conjuntamente. No nos quedaba demasiado por hacer. Estábamos en la segunda revisión y eso para nosotras era coser y cantar.

Solo vernos en el despacho que no era el nuestro, nos pusimos al día de las órdenes que habíamos recibido cada una, de nuestros respectivos jefes, nos miramos y dijimos, casi a la vez:

—¿Un café?

—¿No vamos a empezar la mañana estresadas?

—Claro que no; además, hoy no me ha dado tiempo de tomármelo y mato por llenar mis venas de cafeína —dijo Lidia, a la vez que cogía su móvil de encima de la mesa donde pensaba trabajar aquel día.

Yo la seguí, sonriendo y diciéndole que no tenía claro qué me apetecía tomar.

—No sé si lanzarme al *gin-tonic* o tomarme un cortado.

—¿De buena mañana? Vas fuerte, niña.

Soltamos una carcajada las dos al unísono y bajamos a la planta donde se encontraba el *office*.

Estuvimos charlando con otros compañeros, nos tomamos el café sin prisas y volvimos a nuestros sitios.

Aquella mañana, Lidia tenía ganas de hablar; se lo noté en cuanto dejó el bolso tirado sobre la silla de delante de su mesa de trabajo.

Así que, sin vaselina, me soltó:

—¿Te has parado a pensar en la cantidad de relaciones que mantenemos, en los diversos entornos en los cuales nos movemos?

—Alguna vez he pensado en lo diferentes que eran unas relaciones de otras, pero no en la cantidad. No las he contado nunca. Bueno, es un decir. Digo *contado* acercándome mucho a lo que tu acabas de decir.

—Lo dispares y antagónicas que son unas de las otras, ¿no crees?

—Eso sí que lo he pensado y, la verdad, si te soy sincera, a veces me he asustado.

—¿A que sí? —soltó de golpe y se levantó muy teatral—. Yo sí las he analizado y me he horrorizado. Es que el fin de semana tengo mucho tiempo, no tener hijos y las amigas emparejadas, mis sobrinos estaban con su padre, y mi hermana de pendoneo con las amigas. Me ha sobrado un día entero del *finde*, ¿sabes? Voy a pedir hacer horas extras los domingos —dijo.

Yo solté una risotada, y contesté:

—Anda, ya te busco yo otros quehaceres, ya trabajamos suficiente, la vida no es solo el trabajo.

Empezó diciendo que las que más la habían impresionado eran las relaciones del trabajo; que al final, las familiares te generarían estrés por Navidad, conflictos, peleas con los hermanos, discusiones constantes con los padres, pero siempre sabías que estarían allí, que no te clavarían una estaca por la espalda. Y se les perdona todo. Sabes que son sangre de tu sangre.

En el fondo, sabes que incluso las disputas son con cariño.

Luego, están las relaciones con tus ex, o el entorno de los ex. Con los ex, no siempre se mantiene el contacto y, si se conserva, siempre hay alguna espina por el ambiente, que lo hace muy divertido y estimulante. Aun sabiendo y no queriendo volver ni acercarte a su boca. Eres conocedora de esa boca, ese cuerpo, esa saliva, esas manos, ese olor, ese sexo..., vamos que no olvidas ciertas cosas. Mal iríamos.

Más complicado, según ella, era el entorno, estaba muy decepcionada con ese tema. Ella decía que había querido a muchos familiares y amigos de sus ex, e independientemente de quién hubiera dejado a quién, desaparecían. Eso al principio, los primeros ex, para entendernos, le habían dolido profundamente. Algunos porque los echaba de menos, incluso los necesitaba.

Una vez, con una suegra que tuvo, las dos llorando se despidieron con muchísima pena, porque su hijo (el ex de Lidia), lo estaba pasando muy mal y saber que ella seguía en contacto con su madre, le hacía daño. ¡Manda cojones! Aunque si lo pensamos fríamente, tenía la razón la pobre suegra, ¿qué iba a hacer?

¿Y los amigos? ¿También? ¿Todos? Ella se sentía estafada. Pensaba que era amigos de ella también, o así los consideraba, y nunca se le había pasado por la cabeza pasar de ellos. Pero parece ser que los otros no opinaban lo mismo.

Esas reacciones la habían llevado a plantearse si alguna vez la habían, ni tan solo, apreciado.

—¿Quizás les caía hasta mal y años estuvieron tragando conmigo!

Aunque cuando empezó a hablarme de los otros trabajos donde había estado, lo mal que lo había pasado... Se puso hasta seria y todo, por un momento pensé que se pondría a llorar, pobrecita.

Empezó diciendo que las decepciones habían sido tridimensionales y que los esfuerzos por fingir en ese espacio de tiempo donde pasas más horas de tu vida, era donde podías estar peor con las personas que cohabitaban allí.

Era contradictorio, porque bien es sabido, que, si te gusta el trabajo y lo disfrutas, no te es un

problema ir a trabajar, e incluso en momentos difíciles, sobre todo emocionalmente, el trabajo era una salvación.

Pero era una salvación en cuanto a tus horas, tu trabajo, tu tiempo ocupado y, en cambio, ese mismo espacio, podía llegar a ser un infierno con los compañeros.

Eso a mí me costaba mucho de entender. Si estás a gusto con lo que haces, en la empresa donde estás contratada, ¿cómo no vas a estar bien con los compañeros? Hay buenas energías, buena sinergia.

Aunque también hay una regla que nunca se debe quebrantar: «En el trabajo no hay amigos, hay compañeros de trabajo», dijo.

Ante esta afirmación cabría esperar muchas opiniones contrarias, pero esta era su experiencia y así lo había vivido ella.

—Uy, veo que has tenido muchos malos rollos laborables (empezaba fina).

» En una empresa donde hay muchas mujeres que, además, llevan muchos años, que tiene muchos derechos adquiridos, que la envidia y mala saña se respira desde la calle, y donde el compañerismo brilla por su ausencia. Porque lo que desean es perderse de vista las unas a las otras (y habló de unas cuantas).

» No era un mal rollo de una a una. Eran grupitos. Bandas. Unos egos que daban miedo. Donde todas se creen que lo saben todo, que tú no sabes nada y que además solo trabajan ellas, las demás no hacen el huevo en todo el día. Compíte con eso. Ya puedes ser todo lo generosa, simpática, amable posible, se te follan por arriba y por abajo. Mientras se ríen de ti, te dan las mierdas de trabajos, no te ayudan ni te enseñan cómo hacerlos. Tu tardas un huevo porque te has de buscar la vida, y aprovechan cualquier desliz para dejarte de vuelta y media y apuñalarte con saña para que las demás suban al carro y tener otra en un bando o en otro.

Lidia me contó que tuvo la poca inteligencia femenina, porque si hubiera sido más *puta* en todos los sentidos, estaría en otro puesto, con otro sueldo y posiblemente hubieran despedido a la hija de la gran p... por mala, mentirosa, retorcida y poco profesional.... De cambiar de bando. Con la cabecilla más antigua, más retorcida. El cáncer de la empresa.

Pero ella no quería tener ese peso sobre su conciencia y confesó, pero no quiso ni denunciar ni que hubiera represalias. Sabía que se lo harían pagar mucho más caro; incluso, el miedo que llegó a creársele en la cabeza la llevó a hacerla pensar que fuera de allí también le harían daño.

Le costó un año de psicólogo; crisis de ansiedad, miedo y paranoia constante. Fue uno de los peores episodios de su vida laboral.

A partir de entonces, no se fía de nadie. Me miró y dijo:

—No te lo tomes a mal, no va por ti. Me caes súper bien y creo que eres una buena tía, pero nunca seremos amigas. En el trabajo no existen las amigas, se te acaba girando en contra y acaban utilizando la información que han tenido desde la confianza y la «amistad» para tirar ellas adelante o pisarte.

—En cualquier caso, la vida continúa y se ha de trabajar para vivir, no desvivirse por trabajar.

Después de aquellas confesiones, se me quedó como mal cuerpo, creo que el cortado que finalmente me había tomado, se me cruzó, y me dejó muy pensativa ante todo aquel sufrimiento por el que había pasado Lidia; y que, al parecer, nadie se había percatado, de hecho, ni tan solo concienciado de lo que pasaba en unas cuatro paredes cualquiera.

Dicen por ahí que en el trabajo te tienes que poner la máscara profesional e implicarte emocionalmente lo justo y necesario.

Yo soy de las que pienso que no hay gente mala en el mundo porque sí, que se han convertido por el sufrimiento vivido y que, si rascamos un poco, sale la capa de su bondad y su esencia.

Quiero y necesito pensar esto porque si no el mundo sería demasiado gris, y lo quiero bonito.

Aunque tenga una amiga maravillosa, bondadosa, inteligente y generosa, que el día que me dijo estas palabras, se me seco la garganta porque no podía creer que de su dulce boca salieran esas frases:

—Hazte a la idea, Olivia. En el mundo hay gente mala, malas personas, y con tu bondad no van a cambiar. Aléjate de ellas porque te pueden dañar mucho, no tienen compasión, son mala gente.

¡Sigo queriendo pensar que el mundo está lleno de buenas personas y estas superamos a las malas!

Definición: El anillo de compromiso era la señal de la promesa de matrimonio, con su entrega y recibo se aseguraba el esposo a la esposa, uniéndose con esta prenda sus corazones

Anillo de compromiso

Y después de este polvo tridimensional o de otro planeta, ahora háblame de compromiso, de anillo de diamantes y de boda. ¡Hay que joderse!

¿Qué diantres quiere decir que te han regalado un anillo de compromiso?

Porque claro, las connotaciones pueden ser de muchos tipos; de una declaración de intenciones, de pedirte en matrimonio (muy interesante también), de que me pertenesces, que eres mía, que sepan que estas comprometida. Perdona, ¿cómo dices?

Esto no hay por dónde cogerlo. ¿Cómo se interpreta esto?

De un compromiso a lucir (marca a lo vaca ganadera) ya eres mía, o es de otro.

Más o menos, o a menos como yo lo veo. El anillo de compromiso. ¿Qué coño significa eso?

Según Wikipedia:

El uso de los anillos estaba muy extendido entre los romanos, no por mero adorno, sino con objeto de sellar las [cartas](#), instrumentos y otros elementos, pues en ellos llevaba cada uno abierto su [sello](#) y se los solían dar mutuamente en la celebración de sus contratos en lugar de prendas y de [arras](#), porque era una cosa que siempre tenían en la mano.

De aquí vino la costumbre de dar su anillo el esposo a la esposa en prenda y señal de los esponsales que contraían, significándole al mismo tiempo con esta entrega que le encargaba la custodia del menaje.

Así que, el anillo era señal de la promesa de matrimonio y con su entrega y recibo se aseguraba el esposo a la esposa, uniéndose con esta prenda sus corazones.

Quién ha inventado una alianza que, dependiendo de qué comunidad de tu país, en mi caso España, Cataluña a la izquierda y el resto del país a la derecha. Que ya me dirás tú...

Es decir, tú estás de lujo y feliciana con tu churri de turno, y va pasando el tiempo y, hala, ya han pasado dos años que, hoy en día, y entre tanto Tinder, Meetic, Darling, Uniq..., y diversiones varias, una se pierde entre tanta frivolidad.

Y resulta que ya conoces a algún amigo, has coincidido con su madre alguna vez, de tropiezo y/o de encerrona; que «si mi hermana me dice que a ver cuándo quedamos», que «si mi cuñado dice de vernos, que quiere conocerte». «Tanto Olivia para arriba y tanto Olivia para abajo, pues tienen curiosidad».

Y tú, ahí escuchando, sin saber mucho qué decir; porque claro, una ya tiene una edad. Ha conocido a unas cuantas suegras, a unos cuantos hermanos y cuñadas, a unos cuantos amigos... (que, dicho sea de paso, cuando se acaba la relación, ni para Navidad te felicitan).

Lo que viene siendo «no les has importado una mierda en todo este tiempo». Vamos, que te han hecho un papelón de que *te querían un huevo*, que eres la mejor novia que le han conocido a su amigo, hermana y cuñado, que ganas tenían que estableciera raíces, y además con una mujer de bandera como tú. Bandera, mientras estés por ahí y todo sean rayos de sol y flores silvestres, que cuando vienen borrascas, aquí no queda ni el Tato.

Y todo ese rollo queda en agua de borraja en cuanto has dejado al cachorro y le has hecho pupa a su hijo, hermana, cuñado, que para qué van a tratarlo como a un humano adulto.

¿Hola? ¿Cuántos años tenemos? La hipocresía es el rezo de cada día en vuestras casas, amigos.

¿Sabéis por qué me indigno tanto? Porque yo había querido, apreciado, respetado, valorado y tenido en consideración a todas esas personas que ahora han desaparecido de mi vida.

Por supuesto han de apoyar a su amigo o familiar, es de justicia.

Pero, eh, que no he asesinado a nadie; el amor se ha acabado, que vuestro angelito ha resultado ser un capullo, o un inmaduro, o un infiel, o un idiota..., y que eso pasa, sí; pero no lo he inventado yo.

Yo soy la misma, la Olivia de hace dos años, o de tres, o de cinco o de seis meses. ¿Qué ha pasado con eso?

Entonces, visto lo visto. Una ahora va con pies de plomo, porque soy ingenua de naturaleza, creo que todo el mundo si te muestra una sonrisa es de corazón, si te cuentan sus cosas te dicen la verdad, porque entiendo que confían en mí y que son ciertas, y si han demostrado estima, es que la sienten. Pero oye, que se ve que a veces no, y yo ahí ando, bajando de los laureles.

Pues, la verdad, hasta que no sepa un poco más de cada uno, vea un poco las intenciones, conozca las costumbres de la familia o grupo de amigos. Ni me involucro ni me acoplo, porque luego a mí me sabe mal, porque yo solo sé querer de una manera, y es sinceramente y de cara, ¡y mucho, joder!

Que yo soy muy sensible y muy sentida. Además de un poco idiota y demasiado auténtica, y eso no se lleva. Lo de encariñarte, se imita y se hace ver, pero se pasa igual de rápido.

Y seguimos con otra incoherencia de esta sociedad, el anillo maravilloso de compromiso.

Que creo que a la mujer se le regala un anillo y al hombre un reloj. ¿Por qué? A saber.

Por gastar y consumir, digo yo, o por aparentar que eso entre amigos ya se sabe que vale un dineral y algún que otro jornal. O que, en el Corte Inglés, quedaba algún mes del año suelto sin promoción y se inventaron el mes del compromiso.

Volviendo a esa alianza rodeada de diamantes, que dicen que tiene que ser de un importe similar a dos mensualidades de quien lo regala. No está nada mal, ¿no?

Y te la regalan. Guau, genial, qué bonita, nos queremos *un huevo*. ¿Y ahora qué?

Si te han pedido que te cases, tú tienes la pelota en el tejado y tienes que responder. Si es un sí, fueron felices y comieron perdices. Pero si es un no, ¿qué haces? Devuelves el anillo y allá el pobre con el marrón de volver a la joyería.

Si le devuelven el importe, además del disgusto sentimental, volverá a tener dos mensualidades en la cuenta; que mira, el disgusto se pasa de otra manera.

Pero si te lo regalan con una declaración de amor y de intenciones, una carta preciosa (que pierdes esa misma noche, porque el alcohol te confunde), y muchos besos, brindis y miradas con brillo a los ojos, pero ¿y qué? ¿Algo más? ¿Cómo se interpreta esto?

1) Te lo crees y confías en que es cierto; que te quiere *un huevo*, pero ahora no es el momento.

2) Que te calla unos meses, te da el anillo para que el entorno vea que eso es cosa seria; pero, ojo, ni te pide que te cases, ni te habla del tema. ¿Te lo crees? ¿Te está tomando el pelo? ¿Está haciendo tiempo hasta verlo claro?

Y casi que agradeces no te hiciera la preguntita de turno, porque con las circunstancias del momento y pensando un poco con madurez y cabeza..., ¿y las responsabilidades que cada uno tiene de vida e hijos, qué vamos a hacer?

¿Es eso lo que queremos?

¿Esa pregunta se la hacen las parejas o siguen el protocolo que corresponde? Pareja, tiempo prudencial, ahorro, compromiso, piso, boda, convivencia, hijos.... No ha variado tanto de los últimos cien años.

Que te regala el anillo para que te calles, para que las amigas no hablen, porque es lo que toca al cabo de cierto tiempo (o el que se considera razonable dentro de una relación estable), o para ganar tiempo..., yo que sé.

Pero ¿y? ¿Qué haces?

Das las gracias, alabas tal joya maravillosa, lees la carta con dedicación y cara de cordero degollado, besos, caricias, abrazos, sonrisas, más brindis.

Otro buen polvo y, hala, *pa* casa; que mañana dicen que refresca.

Mis divinas chicas

Y un día más de celebración, otra de las chicas que cumple años; con once, pues casi cada mes hay algo, y cuando se nos acumulan, que en un mes hay más de uno, pues no pasa nada, juntamos dos o tres y celebramos a lo grande, ¿por qué? Porque somos divinas, porque nos lo merecemos, y como dice Penélope Cruz en el anuncio de L'Oreal: «¡Porque yo lo valgo!».

Pues yo también, y tú, si quieres, también.

Ha sido una noche magnífica como siempre, de las que se empieza comiendo, relajada, preguntando discretamente, hablando de cosas superfluas y sin importancia, mientras van llegando todas las que esta noche han podido venir.

Como comprenderéis, coincidir las once es toda una hazaña difícil, difícilísima de conseguir. De momento solo lo ha conseguido Carola con su súper boda individual en Formentera.

Y yo, este año, he conseguido casi un doblete, ocho a la sesión de yoga que nos dio Marion, y diez a la comida. No cabía dentro de mí de la emoción, pero eso lo contaré otro día.

Hoy ha sido el cumple de Sofía; que, aunque nos llevamos dos semanas, a las dos nos gusta preparar algo especial y celebrar nuestro día individualmente, sin compartir protagonismo de cumpleaños, solo se cumplen años una vez cada año, y solo eres protagonista ese día, que, si eres madre, ya casi ni eso. Así que yo reivindico mi día hasta la saciedad.

Hoy, en las confesiones ha habido un poquito de todo. Una pareja reciente que ha roto; ella disgustada, enrabiada y sin entender, otra vez los cobardes y los Peter Pan de turno que no quieren arriesgarse y avanzar, ¿y a ver qué pasa?

Vaya preguntita para los chicos que con combinar tejanos con camisa ya tiene un faenón, ni digamos si es invierno y también ven que han de combinar el jersey.

Que se ha de ser tarugo para pensar que nosotras, a nuestra edad, todas en edad de merecer; merecer, más bien, una mecedora o un tacatá..., vamos a querer tener hijos o casarnos.

Chicos, que las que hemos querido tener hijos, ya los hemos tenido, y ni vosotros estabais por ahí, ni se os esperaba; es más, seguramente no os hubiéramos escogido como buenos candidatos de padres para nuestros retoños.

No os flipéis cuando os digamos que queremos saber en qué nivel estáis de comprometeros y adónde llegan vuestras expectativas o adónde os gustaría encaminar la relación.

No os estamos pidiendo matrimonio, esperamos de vosotros una clara intención hacia algún lugar, el que deseáis, y ver si coincide con el nuestro, ya que también cuenta nuestra opinión, ¿sabéis?, para ver si llegamos a un acuerdo y esto funciona o no.

¿A que no es tan difícil de entender, *chatín*?

Que lo que os pensáis que es una declaración de amor, compromiso y necesidad, es para nosotras una cuestión de practicidad, de no perder el tiempo, de ver si hay sinergias para continuar con esto o no.

Como habréis notado, chicas, mantener una relación es muy cansado; se le tiene que dedicar mucho tiempo, energía y sexo; estar divina siempre (depilación, manicura, pedicura, peluquería), que una tiene una edad y se cansa, oiga. Ya ni comentamos todo lo que llevamos encima, eh:

trabajo, familia, niños, casa, economía... ¿sigo?

Así que no toquéis demasiado los ovarios porque os encontrareis tocándoos vosotros mismos vuestros huevitos, ¿y a ver qué encontráis por ahí?

Chicos, que lo único que preguntamos es si hay exclusividad, que mientras yo me estoy depilando para estar mona para verte de aquí a dos días, porque nos vemos una media de dos-tres veces por semana. No quedes como una ingenua, viendo que los otros días restantes él está pasando la mano por las partes depiladas de otras.

Que la exclusividad, señores, es para todos o para ninguno. Y que nosotras, por suerte, tenemos más vida que vosotros en nuestro mundo; no nos llega el tiempo, ni el cansancio para tener más de una relación.

Pero, claro, queremos saber si vosotros, aunque os sobre más tiempo, tengáis más energía y menos preocupaciones en la cabeza, ¿estáis combinando relaciones o intentando que la nuestra funcione?

Chaval, que tienes más de cincuenta años. ¿Te has mirado en el espejo?

En fin, despotricamos un poco sobre los hombres, como es habitual, que *desestresa* mucho, y seguimos con las demás conversaciones.

Continuó otra de las chicas con problemas en el trabajo, que, si se fusionan dos empresas y sobran puestos de trabajo, porque se duplican los departamentos. Y preocupada porque qué va a hacer ahora, a su edad y su vida de cincuenta. ¿Volver a empezar? Solo de pensarlo le cogía urticaria a la pobre.

Otra está deseando que hagan alguna fusión de esas, o una crisis financiera; que como cree y acostumbra a ser cíclica, cuando le toque, de aquí a unos seis u ocho años, tendrá una edad magnífica para prejubilarse y a viajar como una loca. Lo que más le gusta.

La otra solo está centrada en sus hijos y su bachillerato. Desde hace un par de años lo están haciendo internacional, y se le va la nómina, las horas y la vida con tanta exigencia, trabajo y estudio. Y ella con ellos, vayan a olvidarse de algo.

Y nuestra maravillosa cumpleañera Sofia, que esta *in love* y *happy* con su amorcito, viviendo juntos hace poco, de luna de miel constante, menos cuando aparece la hijita de él. Que como es hija único, tuvo algún problemilla de salud cuando era pequeña, y su mujer que es para darle de comer a parte, que no tiene otro oficio que tocar los huevos a su ex, porque está aburrída y aún se siente abandonada en el cuco.

Sí, él la dejó por Sofia; la vida es así, no la he inventado yo. Mejor ser honesto y reconocer que te has enamorado de otra persona, que mentir a las dos y llevar una vida paralela.

Así que toca lo que no suena día sí y día también, llamando a su amada hijita, al que tiene consentida, mimada y muy maleducada, unas tres veces al día. Estresando a la niña, estresando al padre, estresando a mi divina amiga.

Así que ella muy resuelta, cuando se quedan solos, le da alguna charla que otra sobre la buena educación, en su posición de *madrasta* y bajo su propia perspectiva profesional como logopeda que es; aun no siendo madre, se ve de lejos que le están haciendo un flaco favor a su hija.

Le explica que el chantaje emocional que ejerce su exmujer sobre él y sobre la niña es de Goya, aunque la niña ya ha visto dónde está la fisura y lo aprovecha; aunque ese ya sería otro estudio, también por ver.

Y aunque él lo ve y lo reconoce, y Sofia, está claro, que no es ninguna bruja, sino que quiere ayudar, al final ahora esa es su familia. No lo debe hacer tan mal, cuando la niña la adora, y cuando está con ella, no quiere volver con su madre.

Es que los niños no solo necesitan normas y disciplina, necesitan coherencia, mamás, mucha

coherencia. Yo me lo aplico a diario. Porque ellos aprovechan cualquier resquicio de luz con nuestras dudas y nuestros miedos para aprovecharse. En ningún caso por maldad, sino porque parte de su crecimiento, conocimiento y aprendizaje es saber dónde están sus límites, y donde están los nuestros.

Pero lo más importante para nuestros retoños es sentirse queridos, protegidos, que los tenemos en cuenta a la hora de tomar decisiones. Que sientan que son parte de algo, no ser una peonza e ir de casa en casa, y de maleta en maleta. Saber que tienen su espacio, sus familias duplicadas y su lugar, que se les espera con ilusión porque se les ama.

Maravillosa vida la de los niños de nuestras parejas, que no son los nuestros y que, si lo fueran, otro gallo cantaría. Pero no lo son y a callar.

Después de una noche de confidencias más, de cotilleos, de risas, críticas a los hombres, pobres; cagarnos en el trabajo, los hijos y hasta en nosotras mismas, la noche llega a su final y con ella, las divinas se dirigen a su portal. A sus casas, todas diferentes, y todas con situaciones familiares distintas. ¿No es genial tanta diversidad? Y lo que se aprende de todas.

A unas cuantas las acompañamos al metro; las que viven en la Barcelona centro, ¿para qué quieren coche ni carné?, si fuera de la ciudad no existe mundo exterior.

Las otras tres forasteras de ciudades cercanas se dirigen a las rondas, y en un *pimpam* estarán en casa. Divina estampa. Tipo la de Formentera con los tres monovolúmenes a lo expedición de Lego. Aunque ahora hemos mejorado la puntuación y es superior en divinidad, un Mercedes, un Audi y un Volkswagen Polo. Monisimos los tres, en orden. Primero el Mercedes, marcando el paso; en medio, el polo protegido por sus mayores, y detrás el súper Audi, a lo papá oso, cerrando el círculo familiar infranqueable.

Bonita estampa. Iban las tres por las rondas, y ninguna se despistaba parecía que llevaran una cuerda de guardería, entre un coche y el otro, para no perderse.

Maravillosas *amiguis*, siempre juntas.

A mitad de la ronda ya se han empezado a disipar; una ha cogido los túneles de Vallvidrera y las otras dos han continuado, siguiendo el ritmo. La cuerda seguía sujeta.

Cuando han llegado a la última curva de la ronda, a punto de coger la autopista A-7, la del Audi ha pegado un acelerón que se le ha perdido la pista, las luces y la existencia en *zero coma*. Yo creo que ha despegado hacia la luna que tienen allí un estudio para los fines de semana.

Y la del *polito*, ha continuado por la autopista apretándole fuerte, intentando ver donde ésta el águila voladora, llegando a 160km/h por la autopista con una sonrisa en los labios y diciéndose:

«Esas son mis chichas, pisando fuerte. Os adoro, sois lo más; mujeres emprendedoras, mujeres valientes, mujeres que huyen de la cobardía y luchan contra lo cotidiano y mundano, mujeres creativas, mujeres formadas, mujeres forjadas, mujeres vivas, mujeres que sufren, mujeres que luchan, mujeres que se caen y se levantan sin pestañear, y que eso no las hace caer de los tacones (las que los llevan), mujeres limpias de mirada, y claras en palabras, mujeres concisas en decisiones, mujeres madres sacrificadas, mujeres decididas, mujeres divertidas, mujeres que escuchan, y mujeres que hablan, mujeres que gritan, y mujeres que se protegen».

Mujeres que también tienen miedo, porque cuando llegan a casa y aparcan sus coches, o bajan del metro, o han decidido dar un paseo y acercarse caminando a casa, miran a su espalda, andan a paso ligero, están atentas a los ruidos que les llegan y no sueltan de las manos el móvil y las llaves de casa...

Porque ese miedo con el que hemos crecido sigue existiendo, y aun conociendo nuestro barrio, y saber que no es peligroso, o aun siéndolo, tienes miedo. Que salga de la nada un grupo de desgraciados, alias La Manada y te desgracien la vida.

O quizás salga solo un hombre, más fuerte que tú físicamente; quizás bebido, o quizás con un arma blanca, o quizás nada y tú te lo imagines al verte intimidada por él, y tengas pesadillas durante años, no vuelvas a salir de noche sola, temas a los hombres, a la oscuridad y a la noche de la calle.

Seguimos teniendo miedo, aun habiendo sido una noche maravillosa. Corremos hasta llegar a casa y solo cuando cerramos con llave y estamos dentro, respiramos y nos decimos: «Ya has llegado a casa. Estás a salvo».

¿Cuánto tiempo más?

¿Cuántas más? ¡Basta! ¡Ni una más, por favor, señores! ¡Ni una más!

¡Vibrar en mi rincón favorito, tú!

Cada rincón de tu ser

Qué me dices cuando un hombre te pone un dedo encima y vibras entera, de arriba a abajo y de lado a lado. Una corriente recorre tu cuerpo y la parte baja de tu vientre, dándole un calambrazo a la parte más interior de tu ser. Y reaccionas casi de un salto, porque hasta a ti te sorprende esa sensación que ya conoces, que ya has experimentado otras veces, pero a la que no te acostumbras, porque es demasiado buena para olvidarla y demasiado grande para recordarla.

Te falta el aliento para poder tragar saliva, la tienes retenida en tu garganta, mientras imaginas como ese hombre sigue deslizando ese dedo por todo tu cuerpo, recorriendo cada curva de tu carne, cada onda de tus formas, cada hueco de tus indicios, buscando solamente tu placer.

¿Existen hombres así? Sí, pocos, pero existen.

A los que les gusta más verte disfrutar y que les hagas una coreografía de baile con tus movimientos, mientras él, te observa a la vez que sigue poniendo a prueba cada músculo de tu cuerpo.

Que cuando quieres darte cuenta, estás perdida, acariciándote incluso a ti misma a la espera de su próxima escena, dejándote descubrir en tu cuerpo lo que es capaz de darte en tan poco tiempo y tan intenso, sin parecer que hace ni un solo esfuerzo. ¿Cómo será cuando se esmere? Deseas descubrir más, que será capaz ese hombre de hacer con mi cuerpo.

Las puertas de éste, mi palacio, están abiertas de par en par, a la espera de cubrir todas mis expectativas, e incluso las tuyas. Todos mis deseos, mis sueños eróticos de todas las eras, las experiencias vividas y recordadas de nuevo, las repetidas porque gustan, las que se hacen sin más y porque son parte del proceso y de avanzar en ese camino del placer humano, tan sano, tan necesario y tan castrado por la mayoría de las religiones. Qué lástima por Dios (este nombramiento de un Dios creo que tampoco es el lugar apropiado).

El nivel de exigencia a nuestra edad es curiosamente más alto. Para qué empezar, si no ha de valer la pena. ¡Ni empiezo!

Hay polvos y polvos, y los ves venir.

Si en medio del meneo ves que la cosa no pinta demasiado bien, tú ya tienes experiencia, ya estás de vuelta de unos cuantos. Así que, si ya ves el percal, prefieres airear la situación y ya te arreglaras tu solita y tus juguetes maravillosos, dándote ese placer sublime que solo tú sabes darte, antes que estar ahí un buen rato para un final poco feliz.

A estas alturas expresa qué deseas y cómo lo quieres, sin más y sin menos, y rápidamente ves si va a llegar tal dicha o no.

Con lo que me cuesta últimamente ponerme, no voy a ir ahora con timideces. No sé por qué, pero pasan por delante tantas cosas antes de un mal polvo... No sé a vosotras, pero a mí me acompaña un cansancio permanente que no se va con nada y satisfacerlo, a veces, me parece mejor plan; una buena copa de vino y una serie de Netflix, o una conversación sugerente con mi amiga por teléfono (y sus detalles con su nuevo amiguito), o unas risas con el grupo de WhatsApp con las *amiguis* y sus cotilleos al canto. Hasta hacerme las uñas pasa por delante de un mal polvo ahora mismo.

Aunque nada que ver, como cuando este pedazo de hombre se acerca a mi cuello, y hasta el aire del desierto siento por mi cogote. Que sus labios calientes y carnosos me hacen temblar las piernas, sentir un latigazo bajo el vientre que me asusta. Notas como tus braguitas empiezan a chorrear, que lo que deseas de verdad es quitártelas porque sientes una humedad interna que necesita respirar y un placer que quiere salir a navegar.

Perder las formas. Ese cuello rapado y ese pelo a medio crecer, donde puedo agarrarme y tirar de él, como a mí me gusta; tener donde coger y tirar, mientras controlo a lo caballo desbocado mi deseo, y me vuelve loca.

No puedo resistirme a tal hombre, a tales manos, a esa boca y a ese movimiento de cadera, que, si algún día frena en seco dentro de mí, no lo dejo salir en la vida de mi ser.

Que, sin amarlo, lo amo. Que, aun amándolo, lo quiero solo para mí. Que el deseo y las ganas de ser suya, de estar entre sus brazos, de sentirme de él, aun siendo yo muy mía. De esa fuerza masculina humana, en este caso, por supuesto, tengo claro que no *corro* ningún peligro. (Un verbo muy oportuno justo aquí).

Deseo estar retenida por esos brazos y ese cuerpo, que sin esfuerzo me bloquea y hasta paralizarme puede, si quiere. Él no lo sé; **yo sí quiero**. (Esa frase tampoco presta aquí).

Y ese bloqueo y esa retención bajo su cuerpo, me vuelve loca, me sigue...

Sí quiero, sí más, sí ahora, sí siempre, sí así, sí a todas horas, sí todos los días, sí contigo, sí con nadie más, sí sigue así, así, sin más y con todo tu ser. Más y más, sin frenar. Continuar y alargar, a donde sea, pero contigo, por favor.

Y llega el momento donde todos nos tenemos que ir, esto no puede durar eternamente porque moriré de placer, y no quiero. Porque quiero pasar por esto un millón de veces más.

Y cuando llega ese momento, siento morir de dolor y de placer; una mezcla aterradora y atractiva a partes iguales. Juguetona y peligrosa, apetecible y embriagadora. Toda mía, todo mío. Esto solo es mío y así ha de seguir siendo.

Remuevo mi cuerpo al ritmo de un baile sin frenesí, arqueo mis piernas y mi cadera sin concesión, y grito, no puedo callar. Siento a quien pueda oírme en una situación antagónica o diferente a la que yo estoy viviendo ahora, puede molestar y hasta ofender.

Pero mi placer no sería igual si no gritara como una loca desenfrenada y encantadora, porque ver vida en otros da alegría, aunque tú no sientas lo mismo.

Y gimo casi sin respirar, porque entre el movimiento de mi cuerpo, los gritos y los jadeos, no puedo más, voy a morir de placer, y creo que también de amor.

Porque el sexo con amor es mucho mejor, dónde vas a parar. Las sensaciones son tan distintas que, aun no siendo comparables, no tengo duda de elección.

Prefiero esa asiduidad con la calidad del amor, que cantidad, novedad, experimento y placer, pero sin él. El amor tiene un componente añadido, la entrega es total, es entera, es con nuestras normas, sin concesiones, es auténticamente real y sincera.

Yo creo que hay una gran diferencia y yo abogo por mi esencia.

Las propias leyes son lo que vale

Las Madres justificadoras

S

oy madre, y tengo muchas amigas que también lo son, y otras tantas y, cada vez más numerosas, que no lo son, quede dicho de paso y olé por todas.

Al ser madre y, aunque suene a *topicazo*, hay cosas que solo, o seguramente solo, podrán entender las madres. Alto, las reivindicativas feministas, porque yo soy de las que más y, por supuesto, voy a favor de la mujer, sus derechos y su lugar. Estoy de nuestro lado, resumiendo.

Así que empecemos a respirar, no vayamos a hiperventilar demasiado.

Como decía, puedo entender perfectamente a las madres, digamos en este asunto, porque siempre he tenido la misma sensación, desde que me inicié en el mundo maternal; es más, incluso antes de dar a luz. Por ejemplo, ¡con el tabaco y todo lo que se mueve a su alrededor!

Siempre andamos justificándonos; como pidiendo perdón por existir, por respirar y ya ni te cuento de hacer, de actuar, de volar, de vivir, de gobernar por el mundo como nos plazca sin sentirnos mal o sentirnos malas.

Yo fumaba estando embarazada; menos, aunque demasiado para estar embarazada. Me pasé el embarazo intentando esconderme y, cuando ya no podía más, y me fumaba un cigarro por la calle, con mi pedazo de bombo tridimensional, o cuando estaba sentada entre amigos, en alguna terraza, siempre era con remordimientos, por el bebé, por lo que dirán, por la no aceptación, por la crítica... ¡Qué coñazo de vida, siempre pendiente de los demás!

Por suerte, no me sentía sola, ni en fumar, ni con la justificación constante que me pasaban la vida dando, ni por sentirme siempre terriblemente egoísta cuando hacía aquello que me apetecía, como beberme una copa de vino o una cerveza.

O salir de noche a celebrar algún cumpleaños con las amigas, aun teniendo un bebé en casa; o trabajar más horas laborales, las mujeres que tienen empresa propia, que no cumplen las bajas porque no les salen los números a final de mes. Así es la vida de dura, señores, y la de las mujeres también, o más.

Ir al *gym* a relajarme y, en vez de eso, estar una hora justa de clase y ni ducharme en las instalaciones, para no perder tiempo, e irme volando a casa, donde, por supuesto, en cuanto llegaba y antes de poderme dar una ducha, había que apagar unos cuantos fuegos y me acababa duchando dos o tres o cuatro horas después de haber acabado el ejercicio.

Ya ni hablamos de ir a la peluquería, depilación, uñas y/o masaje anti-estrés. Las miradas de algunos, familia o no, te sentenciaban en plan:

—Pues si no se puede, pues no se puede; ser madre no es coser y cantar. Tendrás que cambiar algo de tu anterior vida, no puedes seguir el mismo ritmo..., etc., etc., etc., un larguísimo *etc.*

—Pues sí, ¿por qué no?

1) Porque me da la real gana.

2) Porque sigo siendo persona en el momento de nacer mi retoño. Yo no desaparecí del planeta, sigo aquí.

3) A mi hijo/a no le falta de nada; está atendido, cuidado, protegido, alimentado y amado, sobre todo y no menos importante esto último, amado por encima de todo.

4) Si yo estoy relajadita y contenta, tendré más paciencia, experimentaré aquello tan maravilloso de... echar de menos a mi bebé. Si estoy todo el santo día observando sus cacas, pedos y eructos, un día, juro que un día, pongo la cabeza en una de esas cacas pestilentes inhumanas y me quedo allí hasta que me muera de intoxicación.

Porque de no seguir siendo mujer, si no puedo mantener y ser la misma persona, con mi esencia, mis necesidades..., además de madre, entonces moriría en vida, sobre todo de pena.

Como os decía tenía algunas amigas/conocidas que se sienten, mejor dicho, lo verbalizan; porque creo fervientemente que el setenta por ciento de las mamás se sienten así, como yo.

Mi amiga Nina, que tiene su propia empresa; vamos, que es autónoma hasta las trancas, la pobre. Ella es terapeuta, licenciada en Psicología y en Bellas Artes. Había iniciado su empresa antes de ser madre, que resulta que antes de eso ya era mujer, amiga, hija, esposa y empresaria, y por suerte, es muy buena, le funciona muy bien, pero claro, le dedica muchas, muchísimas horas. Quizás por eso también le funciona, que a veces se tiene que explicar todo. Y normalmente las cosas requieren de esfuerzo, tiempo y mucho amor.

Pues ella no puede ver a sus hijos tanto como le gustaría. Ella es el caso contrario, quisiera estar más con sus retoños, pero entonces su negocio se iría a pique. Y con eso también le llegan los remordimientos y mala conciencia que la acompañan.

Si estamos mucho, queremos airearnos, nos sentimos mal, y la sociedad no nos ayuda demasiado. Si estamos poco, porque el trabajo nos requiere, nos sentimos mal, porque nos perdemos muchas primeras veces de nuestros retoños, que ven los que los cuidan, mientras nosotras trabajamos.

Siempre nos acabamos sintiendo mal. ¡Ya basta, señoras!
A los hombres no los he oído nunca quejarse de estos menesteres, ¿por que? ¿Me lo pueden explicar?

¿No es una relación bien íntima y dedicada tener una empresa? Hoy en día, ser autónomo es dedicar gran parte de tu vida a trabajar si quieres ver algún fruto y no ahogarte, o colgarte, a ti mismo con las facturas, permisos e impuestos que se tienen que llevar al día.

Nina y yo somos amigas hace unos quince años, nos habíamos conocido haciendo formación sobre alguna rama de Psicología, hemos investigado las dos por varios caminos. En un período donde yo me quedé sin trabajo, antes de entrar en la primera redacción, luego ya entré en la editorial donde aún habito.

Siempre nos hemos entendido muy bien y nuestras almas se encontraban y conectaban sobre lo que nos rondaba por aquel entonces, en lo más profundo e íntimo de nuestras esencias. Divagábamos, nos confesábamos y filosofábamos sobre la vida, el amor y nuestros deseos. Nos pusimos de acuerdo, sin planearlo, en ser madres el mismo año, y a las dos se nos cumplió el sueño. Había una conexión imperceptible y transparente, pero muy auténtica y completa.

Éramos dos perfiles de mujeres completamente diferentes. Ella estaba casada hacía más de diez años con Jonás, su novio de la universidad, que entendía de maravilla su espíritu libre y volátil; y la dejaba volar, la comprendía en su búsqueda siempre ansiosa e inconformista. Es más, la acompañaba si era preciso y si ella lo requería, él correspondía, siempre estaba a la altura de las circunstancias. Era una pareja extraña y a la vez admirable. Su marido, tenía una madurez muy especial, y una sensibilidad femenina irracional, que lo hacían un ser único, y ella lo sabía, aunque muchas veces tomaba conciencia cuando veía que se le escurría entre las manos. Sobre todo, cuando ella había volado demasiado alto o demasiado intenso, él la bajaba a la tierra. Eran una gran pareja.

Tuvimos a nuestros hijos con tres meses de diferencia, ni habiéndolo planeado, hubiera salido mejor.

Yo madre soltera, sola y novata. Nina casada, con buen círculo familiar y un marido al pie del cañón. Que, si por él hubiera sido, hasta parir se hubiera atrevido a hacer por ella, por él y porque la vida no asustaba a aquel hombre, que creía en sí mismo.

Fueron circunstancias muy diversas y, además, durante los cinco primeros años de la vida de los niños, yo no tuve pareja estable. Así que quedábamos las dos familias y hacíamos actividades con los peques, siempre reservando un espacio de conversación y divagación que tanto necesitábamos nosotras, y el único hombre del grupo asumía el cargo de los peques si se despertaban de la siesta. Fueron grandes momentos.

Yo tenía la suerte de ser una asalariada, con un buen horario y aunque un sueldo normalito (nunca es suficiente), no me podía quejar de la situación en mi empresa y las facilidades que me habían dado para que pudiera tirar con todo, sabiendo las circunstancias de vida reales que tenía.

Nina tenía la consulta y, aunque estaba con otra socia, hacía más horas que un reloj. Eso quería decir que Jonás estaba siempre o casi siempre con su bebé.

Cogió más baja paternal él que ella, se arregló el horario en su empresa, para poder tener todas las tardes libres.

Y aunque Nina se dijo a sí misma y prometió hacia fuera que una tarde sería para su bebé, muchas veces no era capaz de cumplirlo; el trabajo la apremiaba.

Eso le representó una relación con su hija muy amorosa pero complicada, que aun siendo su retoño una buena niña, le hacía pagar, rechazando a veces sus besos y sus brazos, sus ausencias tan prolongadas.

A ella se le rompía el alma y siempre llevaba el corazón dañado y partido, que se le convertía en miedo cuando entraba por la puerta de casa, mientras rezaba para que la niña aquel día la dejara acunarla.

Hubo temporadas que su hija se lo puso especialmente difícil, y a punto estuvo de rendirse; de hecho, alguna tarde de las que podía haber estado, prefirió seguir trabajando a recibir tanta ignorancia por parte de su retoño.

Hiciera lo que hiciera, siempre se justificaba. Era muy injusto que por querer ser mujer empresaria, querer tener una carrera profesional brillante, le resultará tan amargo.

Por supuesto contaba con el apoyo de su familia y la absoluta confianza de su marido, que jamás se quejaba; la comprendía y sabía que ella hacía lo que podía, pero ella seguía sintiendo ese peso constante sobre su espalda.

Lo hablábamos muy a menudo y nos hacíamos cómplices y conecedoras de los sentimientos de la otra.

Nosotras seguíamos luchando y actuando como creemos y pensamos que debemos hacerlo, y eso implica ser diferentes a las *madres tradicionales* y a lo que se espera de nosotras. A las anegadas, caseras, niñeras, atentas a su rebaño y dedicadas en cuerpo y en alma, y sobre todo en tiempo, toda una vida a ellos; a sus hijos y maridos.

Hay otro perfil de mujeres, tan respetables o más que cualquier otra, y éstas sí que acostumbran a tener marido. Primero porque no conciben la maternidad sin un hombre, segundo son familiares y hogareñas, necesitan hacer hoguera con los suyos. Los hombres hacen el relevo de sus madres a estas maravillosas y abnegadas esposas. Y muchas, lo sé, son felices. Es lo que querían, su objetivo era ser madre y construir una familia.

Tengo una amiga que una vez me dijo:

—Si no hubiera podido ser madre me hubiera sentido muy infeliz y muy frustrada, mi marido tenía clarísimo cuando empezó a salir conmigo que me tendría que dar hijos.

Nosotras no entramos en éste *pack*, ni en ningún otro. Somos nosotras, para bien o para mal, y otras muchas mujeres, que empiezan a soltarse, que se han destapado la cara y que dicen sin miedo, o si lo tienen lo disimulan, pero sueltan aquello que piensan y luchan por aquello que creen. Eso quiere decir, poder ser madres y algo más. Muchas cosas más.

Hay mucho trabajo por hacer aún, pero poco a poco sentiremos menos vergüenza por algunas miradas que seguimos recibiendo de no aprobación a nuestra conducta, tachada de egoísta.
¡Viva el egoísmo, por bien mutuo, sin hacer daño a nadie, solo por sentirnos vivos!

Terapia estancada

Después de casi un año de terapia, parece que estamos en punto muerto, que no avanzamos ni para adelante, ni para atrás. Que lo que parecía que cogía forma, ya no lo hace; que la comunicación tan abierta y necesitada que reclamábamos ha desaparecido.

Que ni se habla con la claridad parsimoniosa que se exigía, ni el agua es tan clara como la de una cascada; que cada uno se vuelve a encerrar en su mundo de cristal, o de fantasmas, y ahí se guarda su sufrimiento o disconformidad. Yo, la primera.

Que la confianza a veces parece que ni era real ni era de verdad, sino más bien un ejercicio sugerido por la terapeuta; que, aún cogido con muchas ganas, se ha ido disipando con el tiempo. Esto es como los idiomas, si no los practicas se olvida. Yo necesito sinceridad y honestidad de todo y para todo y justamente, todo eso, ha vuelto a desaparecer.

Que sigue mintiendo como lo hacía para huir de los conflictos y no tener problemas. Porque cuando no estás acostumbrado a hablar claro, a poner las cartas sobre la mesa, a decidir en equipo, a negociar, a pactar situaciones y el hoy por ti y mañana por mí, todo esto cuesta cambiarlo y eso nos estaba pasando.

Oigo, veo, tomo atención a las relaciones de mi alrededor, ya sabemos que no tenemos que copiar, que las comparaciones son odiosas y que cada pareja es un mundo.

¿Y sabéis a qué conclusión llego?

Que no somos como los demás, y aunque muchas veces me pese, porque tendimos a compararnos con el mundo entero, pues concluyo que lo nuestro es diferente, para bien o para mal.

Quizás debería pensar en otro concepto de relación, de los que, ya teniendo cierta edad, muchas obligaciones, familias partidas y compartidas, ¿para qué vamos a añadir más complicaciones al logaritmo? Y si vivimos, nos amamos, disfrutamos y vamos construyendo una base, que, aunque no sea tangible, sí es emocional; y algún día, si tiene que venir otra situación, ya veremos cómo toreamos al toro en la plaza Mayor.

Nosotros somos una pareja estable, aunque no convencional. No lo somos, ni nos hemos comportado nunca como tal, ni creo que nunca lo hagamos.

Mis sentimientos han ido variando en estos años de relación y he tenido momentos de auténtica montaña rusa, pero ¿sabéis que?; me cansé de tanta intensidad. Busco paz, armonía, mucho amor, sonrisas placenteras, miradas de complicidad, muchas caricias, siempre estoy rellena de besos con Pablo, porque no hay hombre más cariñoso que él. Y entonces me pregunto: ¿Necesitas lo que tienen todos? Y me contesto rápido. No, no quiero aquello tampoco, pero esto tampoco.

Si yo hubiera querido, Pablo y yo estaríamos casados, viviendo juntos y con una niña en brazos que es lo que él siempre ha deseado tener. Pero resulta que yo esperaba no tener que decidir todas esas cosas sola, y como me he negado a ordenar nuestra vida amorosa..., nuestra vida amorosa sigue en *stand by*. Pero ¿y qué?

Siempre había creído y he defendido hasta la saciedad que, si no hay proyecto, la relación no avanza hacia ningún lado, no se sabe hacia dónde va esa pareja, hacia dónde se dirige..., van sin

brújula, sin mapa, van perdidos, es una relación superflua. Ahora lo empiezo a ver ligeramente diferente.

Nos pasamos la vida yendo y viniendo de un lugar a otro, de una formación a otra, de un trabajo a otro, de una casa a otra, de un hijo, a dos, a tres, viajes, coches, amigos....

¿Y adónde llegamos? A ninguna parte o al mismo sitio. ¿Por qué no movemos tanto si la esencia está dentro? Si el bienestar y la deseada felicidad está en ti, en nosotros; en no siendo conformista, aceptando tu vida, tu yo. Al final, es la vida que tú has decidido. Y si no te gusta, cámbiala, pero no des por saco.

Y mientras todo esto no pasa, nuestra vida sí. Y yo me planteo cosas. Muchas cosas, y como dice nuestra terapeuta:

—Ustedes son los eternos novios, no hacen nada para cambiar eso.

Así es y así será, porque después de romper dos veces por lo mismo y no avanzar ni un ápice, tomo conciencia de que eso siempre será así.

¿Qué quiero yo? Ahí tendré que decidir

¿Qué quiere él? Ahí tendrá que decidir.

¿Y adónde me lleva esto?

Dependiendo de la decisión de cada uno, seguiremos andando juntos o nuestros caminos dejaran de ir unidos para emprender nuevos horizontes.

La vida siempre es tener que tomar decisiones.

Las apariencias no engañan lo que engañan son las expectativas

Expectativas Alarmantes

D

e todo tenemos expectativas, a todo le ponemos un valor, una ilusión, un objetivo, en resumen, más expectativas.

Eso es como el juzgar y criticar, que sumándole las expectativas que le sumamos a todo, y añadiéndole la sal de las mentiras, conseguimos un resultado, no sé si bueno o malo, pero de eso sale algo.

Es lo que más me molesta de la raza humana, empezando siempre, por mí misma.

¿Quién este a salvo de cualquiera de estos cuatro defectos que levante la mano?

EXPECTATIVAS – MENTIRAS – JUICIOS DE VALOR

CRITICAS GRATUITAS

Como decía nuestra terapia de pareja estaba en punto muerto, nuestras expectativas no parecían que se estuvieran cumpliendo; al menos, no tan rápido como esperábamos. Debíamos seguir avanzando, andar hacia algún lugar, evolucionar de la manera que fuera; pero desarrollar nuestra relación o nuestra vida en juntos o en individual; es decir, si llegaba el caso, seguir cada uno su vida por caminos distintos.

Teníamos que decidir si acogernos a los frutos que habían dado los últimos meses y confiar con paciencia en seguir avanzando o rechazar tal avance. Quizás la que estaba en punto muerto era yo y le echaba la culpa a la terapia o a Pablo, que siempre le acababa cayendo el muerto encima.

No sabíamos hacia dónde dirigir nuestra relación, ni tan solo si queríamos saberlo. Él estaba bien, era feliz. Ya estábamos juntos de nuevo y para él, que necesita poco, viéndome a mí sonreír y todos juntos, tenía de sobra.

La inconformista por naturaleza era yo. Lo sabía y por eso no quería precipitarme.

No había nada definido, pero había ilusión, una lista de buenas intenciones y ganas de construir un futuro juntos. Eso estaba claro.

Habíamos aprendido a comunicarnos desde la empatía y la honestidad (hacia uno mismo y hacia el otro), a comprender lo que cada uno sentía y a respetar los deseos y necesidades de cada uno. Aunque no coincidiéramos ni en las ideas ni en los tiempos.

Podía haber cosas que no compartíamos, claro que sí. Cada uno era un individuo independiente, con unas ideas diferentes, unas expectativas y proyectos personales diversos y, además, y no menos importante, y uno en común, la pareja.

Ese se estaba construyendo, no sin esfuerzo y con mucha paciencia, y con grandes dosis de amor, amor del bueno, del que te hace crecer y del que saca de ti lo mejor de tu esencia, porque te sientes en el lugar adecuado, en el momento oportuno y con la persona (sí, él había llegado, por fin); lo sentía, lo sentía muy adentro.

Con él había sentido, sino lo mismo, algo muy parecido, por segunda vez en mi vida. La primera fue con un novio de hacía quince años, con el que estuve a punto de casarme, pero la inmadurez de él y la juventud de ambos hizo que, aun queriéndonos a rabiar, tuviéramos que romper una relación de dos años que nos dejó huella y buenos recuerdos para siempre.

Entre ellos sus maravillosos padres. Me trataron desde el primer día como a una hija; mi suegra se preocupaba por mí siempre, estaba atenta a lo que me gustaba para sorprenderme. Me cocinaba y me compraba regalos maravillosos (que, aun no teniendo un gran valor económico para muchos, a mí me demostraba cuánto me apreciaba), al igual que a sus dos hijos; nos cubría a todos de amor.

Eran una familia súper bien avenida, muy cariñosos los unos con los otros, había muchos besos, abrazos y bromas entre ellos y muchísima complicidad entre padre e hijos. Les gustaba el mundo del motor, fans de las motos e introducidos en ese sector profesional dos de ellos, era una alegría oírlos. Me fui aficionando también para poder entrar en la conversación y porque descubrí un mundo que me fascinaba; siempre me habían gustado las motos, pero a ese nivel no, claro.

Su madre nos miraba a todos con cara de orgullo, de amor incondicional, mientras entraba y salía de la cocina y nos deleitaba con maravillosos platos que hacían los encuentros familiares inmejorables.

Habían pasado muchos años desde entonces y aún seguía teniendo una bonita relación con mi ex

y mucho cariño, pero nunca había vuelto a vivir algo parecido. Durante diez años, después de ésta ruptura, estuve divagando de amor en amor, de pasatiempo en pasatiempo y de ilusión en desilusión, por qué no decirlo; buscando a ratos algo serio y otros muchos huyendo del compromiso, boicoteando yo misma las relaciones que me podían hacer temblar las piernas.

Hasta que tuve que empezar a digerir lo que nunca había experimentado hasta entonces, y es que no gustaba a todos los hombres en los que yo me fijaba, y para colmo (porque me costó llegar a esa conclusión), muchos se fijaban en mi físico. Solía atraer a los hombres, vale; pero algunos, cuando me conocían, habían desaparecido. Alguno de ellos se había molestado en explicarme lo que no les gustaba de mí, y el porqué no se habían enamorado. Esa sinceridad siempre la agradecí, aunque en su momento dañaran mi ego, no lo negaré.

En algunos casos me disgusté más que en otros, pero los que tuvieron el valor de confesarme honestamente sus *no sentimientos* hacia mí, lo comprendí y me sirvió como crítica constructiva para ser mejor persona, o eso intento.

Había explicaciones de diferentes índoles: Que era demasiado independiente, y no parecía necesitar a ningún hombre; otros, que salía demasiado de noche y no les gustaba; otros, que vivía demasiado lejos de la gran urbe y eso los limitaba; otros, y ya cuando era madre y soltera, que les quedaba grande el papel. Como si yo estuviera buscando un padre. Esos egos...

Nunca lo insinué, más bien al contrario, pero ellos se montaron su película. Pensarían que una mujer necesita a un hombre cerca, o que no puede ser capaz de tirar adelante sola y, mucho menos, ser madre. Como si no hubiese muchísimas mujeres, que sí tienen pareja, están súper casadas y bien atadas a su hipoteca, a su marido y a sus hijos; pero están, se sienten y van solas por el mundo.

Porque hay muchas personas que tienen una pareja al lado, sí, por llevar un bolso de compañía añadida y por tener en casa un mueble más, porque no saben ni quieren estar solas. Y a veces se pagan precios muy altos por esas compañías.

Yo debo de ser más rarita, yo estoy por amor y, por amor, quiero seguir estando, no por otra cosa y menos por un sucedáneo.

Y como dicen que vigiles con lo que desees, porque se puede cumplir, pues debería desearlo grande, porque un día apareció...

Un buen día llegó Pablo, sin buscarlo, pero deseándolo. Un amigo en común nos presentó en el portal de un edificio, cuando él salía y nosotros (mi amigo y yo) entrábamos a su casa, para organizar una cena de amigos que aquella noche celebraríamos.

Era un viernes cualquiera de finales de verano, cuando los transeúntes empiezan a aterrizar en sus casas de la ciudad de sus viajes y vacaciones veraniegas, y cuando se organizaban encuentros para explicarse, con todo lujo de detalles, como había transcurrido el verano.

Yo estaba descargando comida del coche, cuando oí hablar a mi amigo. Desde mi postura curvada, giré la cabeza para saber si se dirigía a mí o a otra persona, y vi un torso delgado, marcado en tableta de chocolate, con una camiseta azul cielo y con una Vespa blanca dibujada, y me dije: ¡No está mal!

Aunque seguí con mis cosas y ellos se despidieron sin más. Ahí quedó todo.

Al cabo de un rato y mientras colocábamos la comida entre la nevera y los armarios, mi amigo me comentó:

—Ah, el chico al que he saludado antes se ha quedado soltero hace poco, ¿sabes? Y es muy buena persona.

Arqueeé una ceja, había dicho la palabra mágica. Parecerá una tontería, pero no todo el mundo es *una buena persona*. Es una descripción muy ambigua y muy genérica, pero resumiendo diré que

para mí una buena persona es alguien que no tiene maldad; que, en un momento dado, se puede defender de un ataque, pero sin mala leche ni estrategia. Un humano que es empático, que piensa en los demás y es generoso.

Cuando vio cierto interés en mi cara, me habló un poco más de él, y me gustó lo que me contó.

—¿Le doy tu teléfono?

A lo que yo salté rápidamente:

—Ni hablar. Le das, en todo caso, mi Facebook, que es abierto, y si le interesa que se busque la vida para encontrar mi teléfono.

—Vale, vale, Matahari —contestó mi amigo.

Nos reímos y seguimos a nuestras cosas y organizando la cena maravillosa con la que íbamos a deleitar a nuestros invitados.

Pablo contactó conmigo a las dos horas de aquella conversación con mi amigo, me escribió por la red y me pidió el teléfono.

Cuando volví de vacaciones, nos vimos y ya nunca más nos separamos. Empezamos a salir desde el primer día como pareja formal. Era muy gracioso; siempre les decía a mis amigas «¡tengo novio!», porque con él, que es tan tradicional, enseguida supe que teníamos una relación; no como las relaciones de hoy en día, que nunca sabes si te va a llamar, si sabrás más de él, si además de contigo está con otras diez y si te tiene, tan solo, cierto respeto.

Nosotros fuimos lentos pero seguido, regular y estable; y aquí seguimos, superando nuestras crisis, caminando de la mano de la terapeuta y con ganas de seguir amándonos por este paseo que la vida nos ha brindado. Aunque, a veces, encontramos espinas, muchas otras encontramos hermosos amaneceres, donde el sol siempre nos alumbra y nuestro amor sigue creciendo cada día.

A las duras y a las maduras, en eso consiste andar unidos y ser un equipo.

No seamos un Sueño, seamos una Realidad.

Si la vida es corta, al menos usemos zapatos bonitos

De la Montaña a los Tacones

O

oohhh, ahora me viene a la cabeza el día que celebramos uno de los cumpleaños de las *amiguis* maravillosas, os va a encantar.

Era verano, y nosotras teníamos unas ganas locas de salir de la ciudad, porque la mayoría aún estábamos trabajando y las vacaciones estaban por llegar. Cuando Valentina nos hizo la loca propuesta, nos dejamos llevar por la ilusión de la cumpleañosera. Aquel año le dio por invitarnos a hacer un ritual femenino en las faldas de la montaña de Montserrat.

—¡Con faldas y a lo loco! —soltó una.

Y las demás le seguimos la broma que, entre risas y las barbaridades que decimos cuando nos juntamos y tenemos ganas de sarao, se podría escribir una nueva Biblia. ¿Sería el Nuevo Testamento Femenino?

Valentina había decidido que todo era una sorpresa. Estábamos encantadas con tal ataque de generosidad y todas súper motivadas con la causa.

Nos dio indicaciones:

—Tenéis que llevar ropa cómoda, algo para abrigar y un conjunto de *divina*.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Tina? ¿Que vamos a pasar de las chirucas a los Manolo Blanich?

—*Ecco* —contestó ella—. No lo has podido explicar mejor.

Empezamos a divagar, a sacar conclusiones y a decir un montón de tonterías, una detrás de otra. Aunque Tina se reía a carcajadas, no soltó ni una pista más.

Llegó el día, y era para vernos; era julio y hacía un calor que te morías. Algunas llegaron tipo safari, no sea que nos fuésemos a Kenia y nosotras sin estar preparadas y a la última tendencia. Otra, vino con un vestido de flores largo y un sombrero, al más puro estilo *La casa de la pradera*. Una, vestida de ibicenca, toda de blanco y chancas; justo para ir a la montaña. Así fuimos desfilando una a una delante de Tina, mientras ella se desternillaba de la risa.

Total, que tres coches nos dirigimos a la aventura, con nuestras *trollers* cargadas en el maletero y siguiendo al 4 x 4 de Valentina. Ella marcaba el paso, los horarios, las actividades, el día, la noche. Estábamos en sus manos y nosotras encantadas como niñas yendo de colonias.

Al cabo de un rato de autopista, nos metimos por una carretera comarcal y de ésta a un camino de tierra. Íbamos subiendo la montaña, veíamos perfectamente las curvas marcadas y la *serralada* de Montserrat. Era una vista privilegiada la verdad.

Llegamos a una casa en medio de la montaña, y un chico salió a recibirnos. Parecía que conocía mucho a nuestra Tina porque se abrazaron, él nos miró y sonrió, y nosotras lo fuimos saludando a medida que nuestra amiga nos presentaba.

Nos indicó una habitación donde dejar nuestras pertenencias y cambiarnos. Nos recalcó que debíamos llevar piernas y pies tapados, muy cómodas y alguna prenda de abrigo, porque luego refrescaría. Así que nos dirigimos a cumplir sus órdenes y fuimos desfilando a medida que estuvimos listas.

Cuando volvimos a salir de la casa, había seis chicos más. Ellos eran siete con el guía y nosotras también.

¿Valentina nos habría preparado una orgía con desconocidos? No sería capaz...

No todas teníamos la misma apertura de mente, las mismas necesidades sexuales, ni las mismas prácticas.

Mientras nuestras cabezas elucubraban, nos dábamos codazos las unas a las otras, y esperábamos interesadas y acojonadas a partes iguales. ¿Qué diablos iba a pasar?

Al final nos lo contaron, y todas respiramos

—Hoy vais a vivir un ritual femenino.

Nos taparon los ojos a todas; nos colocaron en un camino, íbamos todas cogidas de una cuerda en fila india y nos llevaron, dando un paseo, hacia la cima de la misma montaña; superándonos a nosotras mismas con un ejercicio de confianza absoluta y dejándonos llevar. Estábamos en las manos de aquellos siete chicos que no habíamos visto en nuestra vida.

El guía iba en caballo, a nuestro lado, y llevaba un instrumento que emitía unos ruidos como un silbido. Era una sensación muy extraña, cuando oías el sonido de la música de ese instrumento, te sentías arropada, cuidada, protegida; cuando ese sonido se alejaba, te sentías un poco desamparada.

Llegamos a la cima de una montaña, y nos encontramos con una cuerva. Sí, muy fuerte. Al más puro estilo siglo XVI.

Frente a la cuerva había un fuego avivado, enorme. Dimos dos vueltas alrededor de él, con los ojos vendados y dejándonos llevar, confiando en aquellos desconocidos que esa noche nos estaban cuidando, tal como nos habían explicado.

Al entrar en la cueva, nos quitaron con delicadeza las vendas de los ojos, y ahí sí que flipamos. Parecía que estábamos en otra dimensión, en otra época; pero de muy atrás, de los indígenas.

Allí continuó el ritual más extraño y maravilloso que he vivido en mi vida. Nos dieron para beber un agua pura, tratada y hervida con alguna planta que supongo debía de ayudar a entrar en trance. Os podéis imaginar que nos tiramos todas en plancha a beber de aquel mejunje, no fuéramos nosotras a perdernos tal globo o donde fuera que nos llevara aquel elixir.

Nos invitaron a tumbarnos en esterillas; preparadas para cada una de nosotras, con cojines y mantas para estar lo más cómodas posible. Mientras ellos tocaban instrumentos, según nos contaron después, de poder, nosotras debíamos relajarnos y disfrutar de aquel *viaje* de ruido y sonoridad.

Delante de nosotras estaban ellos vestidos de indios, medio desnudos, con plumas, y sentados en la posición de cruce de piernas.

Cuando acabaron los sonidos de diferentes instrumentos de cuerda, cuencos, tambores (algunos no los había visto en mi vida), y los utilizaban en su círculo indio. Se levantaban y nos los acercaban a los oídos, nosotras estábamos en trance (unas más que otras) y levitando con todas esas sensaciones.

Cuando consideraron que el ritual había llegado a su fin, nos hicieron incorporar y compartir nuestra experiencia, si nos apetecía.

Una de las nuestras, que como ya sabéis a estas alturas, los filtros y la diplomacia nos los dejamos en la escuela cuando éramos pequeñas, soltó:

—Perdonad, pero ¿puede ser que vosotros también hayáis entrado en trance con nosotras? Es que me ha parecido percibir, por ese taparrabos que lleváis, que tú —señaló a uno de ellos— has *tremado*.

Todas soltamos una carcajada, a la vez que la recriminábamos.

—Marian, por Dios, que hoy estamos místicas. Haz el favor de dejar esas imaginaciones para esta noche.

El chico en cuestión, que no había conocido tampoco la vergüenza en su vida, dijo:

—La verdad es que tienes razón. He sucumbido a vuestros encantos y, como me he dejado llevar, mi cuerpo ha fluido y se ha expresado de igual manera.

¡Halaaaaaaaaa...! Ahí lo dejó. Cada cual que lo interprete como quiera y pueda.

Cuando acabó el ritual, nos incorporamos y nos despedimos para ir a cambiarnos, unas más rápidas que las otras. Porque no todas tenemos el mismo grado de parte mística o mucho menos desarrollado. Así que no a todas les gustó ese desenlace; además, de lo que tenían ganas era de salir de copas, bailar y reír entre nosotras, no entre desconocidos.

Y así lo hicimos. Nos fuimos todas predispuestas a quemar la noche, la pista y a vaciar la coctelera del pueblo de al lado de esa montaña. Lo que no sospechábamos era que ese pueblo, por muy verano que fuera, era muy pequeño y de todo menos turístico.

Nosotras todas puestas, de tacones y lentejuelas, y nos encontramos en un bar de cafés de carretera, que, al fondo, había un billar y máquinas tragaperras. Y detrás de las máquinas, una cortina negra que te conducía a la parte oscura de la noche..., nunca mejor dicho. Sí, a la discoteca del pueblo, con bola en el centro y, supongo, tendrían radio casetes de los años 80, que no dejaron de sonar y nosotras de bailar como locas.

Ya debéis suponer que en la discoteca estábamos nosotras, ¿hacía falta alguien más?

Nosotras y nuestras anécdotas que siempre tenemos que contar porque somos demasiado imperfectas, divinas y maravillosas para no vivir.

En medio de la pista (justo bajo la bola de cristales de colores, que no sé cómo había empezado a dar vueltas y lo hacía al estilo Estudio54), de repente, Ana, muy dulce ella, pequeñita, rubita de ojos azules, su melena de primera comunión, divina y que estaba animadísima (aún le duraba el efecto de la bebida del ritual, sin duda), levantó una pierna. No sé bien por qué ni para qué, pero bailaba al más puro estilo *Flashdance*, emocionada, borracha, payasa, y las demás la vitoreábamos, con lo cual, estaba que se salía.

Con su sandalia de tacón de aguja rozó el vestido de Valentina, que aun sabiendo ella a los parajes donde íbamos a parar aquella noche, no perdió detalle tampoco en su vestuario y llevaba una casaca sin mangas cargadita de lentejuelas. Bueno, no solo le rozó el vestido, sino que el zapato se quedó enganchado en la falda, y ella empezó a dar saltos a la pata coja...

Valentina que solo hacía que decir: «Oh, oh, oh. Ay, madre. Ay, madre...», intentando coger a Martina porque se iba a caer de culo (desde esa altura de tacón se hubiera hecho daño). Al final, entre todas las pudimos desenganchar como a dos siamesas.

Tina, se miró el vestido y se encogió de hombros; aquello no tenía arreglo. Así que siguió bailando con una raja que casi le llegaba a la cadera. Por suerte, la raja no fue a más y no enseñó sus paños menores a los invitados y mirones del bar, que estaban viendo un espectáculo de aquella categoría... y gratis.

¡Ay, cómo nos reímos!

Recuerdo esta anécdota del verano, a punto de llegar la Navidad, con la melancolía de que llegue el buen tiempo, cervecita en terrazas, fuera abrigos y botas, y disfrutando de la playa y las vacaciones.

Seguiré soñando, mientras le doy la bienvenida al nuevo año, que seguro será bueno como éste, o mejor. Porque la vida es un carrusel lleno de movimiento; movimiento que desliza el agua; agua que es vida; vida como las buenas amigas y la familia escogida.

¿Que sería la vida sin las relaciones auténticas, nobles y de pura raza como son las amistades??

En la vida, como habréis visto a lo largo de todo esta historia y sus innumerables capítulos, os he hablado de muchísimos temas. Algunos con dureza extrema porque hay cosas que no tienen

medias penas; son penas completas.

Otros han sido relatos graciosos, espero os haya divertido, entretenido y haberos hecho desconectar de vuestra vida diaria. En otros, me gustaría haber acercado un poco de reflexión a nuestras vidas, a todas ellas; porque somos muy importantes para nosotros mismos, solo nos tenemos a nosotros, en realidad; vale la pena darnos la mejor vida posible. Bonita, dulce, amorosa, confortable, a tu gusto; como las muñecas recortables que las vestías y colocabas donde se te ocurría.

Porque la vida es demasiado bonita y corta para estar amargados o aguantando situaciones que no deberían existir.

Sé que han sido historias reivindicativas, y espero que hayáis estado tantas veces de acuerdo como en desacuerdo; esa es la diversidad humana y divina. Solo con saber que no ha sido un libro inocuo para ti, me doy por satisfecha.

Sin filtros, sin miedo, de cara, con mi verdad. Porque todos tenemos libertad de expresión, de pensar, de sentir, y os animo a que también lo hagáis. Es un auténtico desahogo y un *lujazo*.

¡Y porque las mujeres, cuando queremos, nos subimos a unos tacones y volamos alto!

Siempre llega el Final, de algo...

Este libro ha querido describir y explicitar las vidas de cualquiera de nosotras. Mujeres con todas esas virtudes que nombré al inicio, y muchas más, y que he ido describiendo a lo largo de todas sus páginas.

Mi deseo es llegar a todas y a cada una de vosotras, porque, aunque sé que me leerán hombres, y espero que también ellos lo disfruten; y se puedan sentir identificados.

Espero les ayude a entendernos un poco más, llegando a esa mente psíquica apasionante y compleja que tenemos las mujeres dentro de nuestro cerebro, estas Maravillosas féminas.

Que es como a mí me gusta llamarnos, porque me imagino a esas mujeres, que pueden llegar a ser tan femeninas y implacables, como leonas luchando en plena selva. Y esa mezcla de dualidades y contradicciones, me hace admirar nuestro género profundamente. Porque somos capaces de todo por proteger a los nuestros, y porque podemos con todo.

Pretendo llegar a vuestras almas, rascar un poquito en ellas, hacer vibrar alguna parte de vuestra esencia, tocar alguna zona que os dé urticaria, mientras os reís, espero, con mis tonterías y mi verborrea sin medida ni control. De cómo la vida nos va poniendo a prueba, nos hace algunas bromas de mal gusto y no deja de examinarnos constantemente.

¡Aprobadas todas, Señoras!